

CLUB DEL MISTERIO

WILLIAM PEARSON



UNA HERMOSA TRAMPA

1

se

¿Qué haría usted si fuese periodista y una importante revista le encomendase una nota sobre el misterio de las personas desaparecidas? El inquieto protagonista de esta novela resuelve... “desaparecer” él mismo. Así como suena: desaparecer por treinta días. Si la policía no lo encuentra antes, nuestro periodista verá su nota publicada y recibirá una gruesa suma de dinero, por añadidura. Si, en cambio es hallado, el premio será entregado a quien lo descubra. Lo que no esperaba el héroe de este fascinante relato, es la sucesión de aventuras, robos, enredos... y asesinatos con que se vería confrontado.

Y lo que no esperaba el lector es el sorprendente y magistral desenlace que el autor le reserva en las últimas páginas.

OceanofPDF.com



William Pearson

Una hermosa trampa

Club del misterio (Jacobo Muchnik) - 1

ePub r1.8

Titivillus 25.12.2021

OceanofPDF.com

Título original: *The Beatiful Frame*

William Pearson, 1955

Traducción: Mario Muchnik

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

CLUB DEL MISTERIO





ORDEN DE APARICIÓN *de los personajes*

VANCE WESTFALL, un periodista con ideas originales, que es el relator de los acontecimientos

FRED DAVIS, que pasó quince años buscando personas desaparecidas, y perdió su puesto

DEE FRANCIS, agente de Vance Westfall

ROBERT STRUTHERS, empleado en la oficina de préstamos del Securities Exchange

FRED DAWSON, vicepresidente de dicha institución

HARRY FITZPATRICK, amigo de cuando Vance Westfall trabajó en otra empresa

ED BROCHA, comisario de policía que no ve con muy buenos ojos a los periodistas entrometidos

Una cantidad de “shriners”, congregación de ciudadanos norteamericanos que desempeña su parte, sin saberlo, en el desarrollo del asunto

LAURA STRUTHERS, hermana de Robert

GINNY OLSON, maestra de ceremonias

PHIL BARTLEY, agente de prensa de un club nocturno

MISTY THOMPSON, una rubia muy interesante, secretaria de Mr. Dawson en el Banco

Un borracho sucio y de nariz bulbosa, que en determinado momento le roba la cartera a Vance Westfall

FISK, empleado de la Gibraltar Fidelity and Guaranty

HAROLD WATSON, que en un tiempo fue actor

JOHNSON, estudiante de la Escuela de Policía

Señora de WATSON

GOLDIE TAYLOR, empleada en la sección Avisos Clasificados del "Sentinel".

OceanofPDF.com

I

Estuve parado en la vereda de enfrente durante treinta minutos antes de juntar coraje para intentarlo a plena luz del día.

Pero era un hombre bravo; en cuanto vi salir a alguien por la entrada de servicio, disparé a través de la calle y atajé la puerta antes de que se cerrara. Porque no pretendía entrar por la puerta principal. No: *tan* bravo no era.

Subí las escaleras de a dos en dos hasta el tercer piso. El departamento era el segundo contando desde la escalera. Me detuve un minuto afuera, escuchando, y luego pensé: “Qué diablos, no van a tener un hombre ahí esperando veinticuatro horas por día. Ni por mil quinientos dólares”. Puse la llave en la cerradura, y me escurrí adentro.

“Es una locura”, pensé, pero hasta ahora marchaba. Probablemente me buscaban en todas partes menos aquí. En todas partes menos en *mi* departamento.

Eché una ojeada. Este era el sitio del cual había partido hacía veintinueve días. El mismo sitio, sin lugar a dudas. Salvo que algún otro guardara una botella de whisky añejo bajo la piletta de la cocina, una botella alrededor de la cual una etiqueta improvisada dijera, en beneficio de eventuales policías que revisaran el lugar:

“Esta botella contiene aún cuatro pulgadas de whisky. Si llega a contener menos cuando yo regrese, presentaré un informe al jefe de policía”.

Esa clase de humorismo no me ganaría muchos amigos en la policía. Pero después de aquel artículo mío publicado en *True*, no debía tener muchos. Abrí la botella, puse un poco de hielo en un vaso, y vertí.

Llevé el vaso a la sala y me senté a planear mis actividades de las próximas veinticuatro horas y a especular sobre qué haría con el succulento

cheque que recibiría una vez transcurridas esas veinticuatro horas. Lo cual sólo demuestra lo poco que uno sabe sobre su propio destino.

El mayordomo había dejado la correspondencia sobre el estante junto a la silla; comencé a revisarla. Mi vista se detuvo ante un sobre del Securities Exchange Bank y lo abrí, pensando en que probablemente se relacionaría con los trescientos que había pedido prestados antes de aceptar la misión.

Pero no. Era una notificación del tipo de las que se adjuntan a las declaraciones de réditos, donde se especifica el salario recibido y el impuesto deducido del mismo. Esta indicaba que el Securities Exchange Bank me había pagado ciento veinticinco dólares en calidad de salarios durante las últimas dos semanas de diciembre. Estábamos a 14 de enero. Y yo jamás en mi vida había trabajado allí ni un día.

Me concentré. Examiné la nota de nuevo y vi que la dirección anotada en ella no era la mía. Me fijé entonces en el sobre. La dirección era la misma que la de la nota. Alguien había tachado con lápiz el número de la calle, y escrito “No se encuentra”. Luego mi verdadero domicilio había sido escrito en el sobre, con tinta. Me sentí mejor. Había alguien en la ciudad que se llamaba como yo, y yo había recibido por error su nota de retención. A veces se dan coincidencias de ese tipo. Pero para más seguridad revolví el departamento hasta encontrar mi tarjeta de seguro social. Comparé mi número con el que figuraba en la nota. *Eran idénticos, cifra por cifra.*

Quizá —pensé— he padecido de amnesia durante los últimos veintinueve días; y a lo mejor sí he trabajado en el banco sin saberlo. Tal vez esta teoría fuera interesante; pero no soportaba un análisis cuidadoso. Los últimos veintinueve días habían sido todo lo enrevesados que quisiera; pero sabía que no los había pasado trabajando en el Securities Exchange Bank. La verdad es que no había trabajado en nada. Porque sólo sin trabajar tenía posibilidades de salirme con la mía.

Todo comenzó a raíz de un artículo acerca de la corrupción en la policía que escribí para *True*. Un artículo que me llevó sus buenos meses, y me hizo pisar muchos pies importantes en Middleburg, incluso los del intendente y el jefe de policía. El tipo que me dio la clave fue Fred Davis. Fred había pasado trece de sus quince años de policía en la Sección de Personas Desaparecidas; y algunas noches mientras en el café de Murphy

reformábamos el mundo frente a una botella de cerveza, me contó algunas historias de aquellos trece años.

La mayoría de las personas desaparecidas, me dijo entonces Fred, eran registradas como casos de amnesia. Pero Fred era un cínico, y sabía que nadie se perdía de vista porque sí. Y era, además, una enciclopedia andante de las razones que los hombres tienen para desaparecer. Así es que, cuando a Fred le tocaba ir a la caza de un desaparecido, comenzaba presuponiendo que su presa se empeñaba tanto en esconderse de él, como él en encontrarla.

Lo que fascinaba a Fred (y luego de oírlo a Fred comenzó a fascinarme a mí también) era el simple hecho de que gente sin experiencia previa de fugitivos pudiera desaparecer sin dejar rastros. Lo fascinaba porque sabía cuanto hay por saber de la maquinaria que se ponía en marcha cada vez que llegaba la noticia de un caso de éstos, cómo se hurgaba el pasado del individuo y de sus allegados, los mensajes que se enviaban a los Departamentos de Personas Desaparecidas de todo el país, el dinero que se gastaba siguiendo todas las pistas posibles.

Así es que cuando terminé el artículo sobre la corrupción policial y me dediqué a buscar otro tema, fue natural que tentase en varias revistas la posibilidad de hacer una nota sobre la gente que desaparece. Pero a nadie le interesaba el asunto. Ya iba a renunciar a la idea, cuando se me ocurrió un truco que convenció a los del *Saturday Evening Post*. Una cosa muy simple. Yo mismo me convertiría en víctima de la amnesia —de esa “amnesia” a que aludía Fred—, la del tipo que no está perdido, sino que sólo *trata* de perderse.

Desaparecería por treinta días. El *Post* enviaría circulares a todas las comisarías del país, con mi foto y mi descripción, y veríamos si podía escaparles durante treinta días enteros. Ahí fue cuando chocamos contra el primer obstáculo. La policía del país ya tenía bastante que hacer como para ocuparse de buscar falsas víctimas de la amnesia. Fue entonces cuando mi agente, una chica llamada Dee Francis, se apareció con la idea de que el *Post* ofreciera mil quinientos dólares a la asociación policial de socorros mutuos de la ciudad que me encontrara. Y para interesar al público, el *Post* publicó un aviso propio ofreciendo otros quinientos a quien me descubriera.

Si yo era capaz de pasar los treinta días sin ser capturado, recibiría los mil quinientos y los quinientos, además de lo que obtuviera por el artículo.

Ni siquiera la oferta de mil quinientos dólares se ganó la simpatía de la policía, pero conseguimos la participación de suficientes ciudades como para hacer factible el proyecto. El *Post* estableció una serie de reglas de juego para mí; por ejemplo, sólo podía esconderme en las ciudades que participaban; y, estando en esas ciudades, no debía ponerme en contacto con ningún conocido ni buscar su protección. Tenía que desaparecer, hacerme invisible, y esfumarme literalmente en el paisaje.

Todo había comenzado hacía ya veintinueve días. La noche anterior había regresado a Middleburg; dormí en un establecimiento de caridad de Skid Row. Cuando desperté, mis últimos cinco dólares se habían ido. No tenía ganas de pasar las próximas veinticuatro horas allí. Fred Davis me había prevenido que la policía suele registrar esos lugares en busca de personas desaparecidas. Supongo que me las habría arreglado hasta el día siguiente sin dinero; pero se me ocurrió que nadie vigilaría mi departamento, y que sería un toque de ironía pasar las últimas veinticuatro horas en casa. Y aquí estaba.

Sí, aquí estaba, sin duda, con una nota de retención de ciento veinticinco dólares por parte de un banco en el que había estado sólo una vez en mi vida —seis semanas atrás, cuando pedí prestado el dinero para financiar mi viaje de treinta días—. Y cuanto más miraba a esa nota más quería saber qué sucedía. Podía haber aguardado veinticuatro horas, supongo, pero pensé que nadie del banco me denunciaría. Habían invertido dinero en mí.

Fui al dormitorio, me cambié la ropa, extraje de un cajón mi billetera con algún dinero, metí en ella mi tarjeta de seguro social y la nota del banco, y me dirigí al Securities Exchange Bank. En la esquina llamé un taxi y traté de desentrañar el asunto mientras nos abríamos camino entre grupitos de chicos horribles que jugaban a la rayuela en la calle, y taxis que parecían balas de cañón.

Cuando visité el Securities Exchange Bank, seis semanas atrás, lo había hecho enviado por Dee Francis, mi agente. Según ella, el presidente del directorio se había portado como un *ángel* con media docena de productores teatrales, lo cual autorizaba a pensar que correría enorme riesgo de prestar

dinero sin garantías a un *escritor*. Dee tenía infinidad de conocidos; en esta oportunidad, el encargado de empréstitos del Securities Exchange. Cuando llegué, esa primera vez, Dee ya había allanado el camino mediante una llamada telefónica.

Aún después de llenar la solicitud, sólo esperaba una negativa. Pero el tipo de los empréstitos me llevó a ver a uno de los vicepresidentes adjuntos. Este me escuchó y se interesó en conocer la historia de mi vida. Le dije que antes de la guerra había sido contador, que el ejército me había asignado un puesto en la revista *Yank*, que una vez había escrito una “columna” porque el encargado de ella estaba enfermo, que eso me llevó a redactar los artículos de fondo de *Yank*, y que desde entonces me había ganado la vida con colaboraciones periodísticas.

Cuando mi relato llegó a la parte de la misión del *Post*, se entusiasmó más que yo. Al principio no creyó que yo pudiera conseguir lo que me proponía, pero debo de haberlo convencido. Cuando terminé, sonrió, ordenó a su secretaria que le trajera un pagaré en blanco, me lo hizo firmar y me entregó los trescientos dólares.

Estaba dándole vueltas al asunto cuando llegamos al banco. Pagué el taxi y entré a la réplica estilo siglo veinte de un templo griego. Crucé lo que parecía ser media cuadra de piso de imitación mármol, y llegué a la oficina de préstamos. Aún estaba allí el hombre que me atendiera hacía seis semanas. Su nombre, según leí en la chapa de bronce que había sobre su mesa, era Robert Struthers.

—¿Míster Struthers? —dije.

Me miró con ojos vidriosos.

—Sí.

—Mi nombre es Vance Westfall. Hace seis semanas solicité un préstamo de trescientos dólares.

Me miró como si tuviera lepra.

—Sí —repitió.

Hurgué en mi billetera y extraje la nota del banco.

—Mire esto, por favor. Según esta nota gané ciento veinticinco dólares aquí el año pasado. Pero sucede que nunca trabajé aquí. Si es un error desearía aclararlo. No quiero que la Oficina de Réditos piense que he

ganado ciento veinticinco más de lo que en realidad gané. Y si no es un error..., si alguien está usando mi nombre, quisiera aclarar eso también.

—¿Quién es usted? —preguntó Struthers.

—¿Cómo quién soy? Se lo acabo de decir: Vance Westfall.

—No —replicó—, usted no es Westfall. A Westfall lo conozco bien. Tiene bigote. Usted no. Tiene pelo largo. Usted lo usa casi al ras. Tiene mejillas lisas. Usted tiene una cicatriz púrpura en la derecha.

—Míster Struthers —dije—, me parece que tiene usted muy buena memoria para haberme visto sólo una vez. ¿Cómo se explica eso?

La sombra de una sonrisa cruzó su cara, pero no había sonrisa en su voz.

—Exactamente, ¿qué es lo que quiere insinuar con ello?

—No importa —agité la nota bajo sus narices—. Volvamos a esto. Quiero saber qué pasa. Está claro que aparezco diferente ahora. No pensará que me iba a embarcar en esa misión periodística sin antes disfrazarme de algún modo, ¿no?

—¿Qué misión periodística? —dijo él.

O era un buen actor, o estaba totalmente desconcertado. Pero yo no tenía tiempo para averiguarlo. Lo hice a un lado.

—Un minuto... —protestó.

Pero yo ya me dirigía a la oficina privada del vicepresidente adjunto que conociera la primera vez. Al llegar a su puerta casi me estrello contra una rubia deliciosa. Llevaba su block de dictado como si estuviera exhibiéndose en un desfile de modelos.

—¡Oh! —exclamó, al verme.

—Hola —dije—. ¿Por qué tanta sorpresa?

—Perdón —contestó, y se dirigió a su escritorio. Me quedé mirándola unos diez segundos y cuando se dio vuelta hundió la cabeza rápidamente al ver que yo aún estaba allí. Golpeé en la puerta de la oficina privada y entré. El nombre escrito en la puerta decía *Míster Dawson*; y aquel hombre pesado, algo calvo, sentado detrás del escritorio con tapa de vidrio era el mismo con quien había hablado durante mi primera visita. Estaba cuidadosa y conservadoramente vestido con un traje azul rayado; llevaba un clavel en

el ojal, y en este momento me miraba fijamente desde detrás de unos gruesos anteojos de armazón negra.

—Sí, señor —dijo.

—Míster Dawson, soy Vance Westfall —contesté—. Estuve aquí hace seis semanas. Usted me concedió un préstamo de trescientos dólares.

Se puso de pie y se acercó a estrecharme la mano.

—Claro que sí. Recuerdo. Usted es el joven escritor. ¿Cómo le fue?

—Me fue bien. Pero estoy un poco intrigado por algo. Usted me reconoció. ¿No tengo aspecto distinto?

Sonrió.

—Sin bigote. Pelo corto. Una cicatriz reciente en la mejilla derecha. Pero el parecido subsiste.

—¿Y entonces cómo es que Struthers, ahí afuera, no me reconoció?

—Struthers —masculó— es un tonto.

—¿Cómo dijo?

Agitó una mano, al acaso.

—Nada. Discúlpeme.

—Míster Dawson, he estado aquí sólo una vez, antes. Sin embargo, Struthers conocía mi descripción de memoria. Y usted también. ¿Cómo se entiende eso?

Rio.

—Gran parte de nuestro negocio consiste en prestar dinero; y como el carácter de un hombre se dice que está escrito en su cara, nuestro negocio, en realidad, consiste en estudiar caras.

—No está mal —dije—. Pero no me convence. Míster Dawson, he regresado hoy y encontré esto entre mi correspondencia —le entregué la nota de retención—. Quizá pueda usted explicarme. Parece que tengo un hermano mellizo.

Examinó la nota. Rio amablemente.

—Me imagino su molestia, pero no creo que sea nada como para preocuparse. Tenemos alrededor de cuatrocientos empleados en este banco. Y evidentemente hay uno que se llama Vance Westfall.

—Humm... un poquito más que eso. Esa nota tiene mi número de seguro social.

Me miró con una expresión de total confusión.

—¡Imposible!

Le mostré mi tarjeta. Dijo:

—Verificaré con nuestro tenedor de libros. ¿Le molestaría esperar un momento?

—No. Esperaré. ¿Por qué no hace entrar a esa rubia?

Volvió a reír amablemente y salió de la habitación. Saqué mi pipa del bolsillo y la encendí. Quizá estuviese haciendo trabajar demasiado a mi imaginación, pero no podía dejar de pensar en la forma como me habían recibido Struthers y Dawson; en la forma como uno había rehusado reconocermé y el otro lo había hecho apenas traspuse el umbral de su oficina. De ahí a deducir que si Dawson me conocía tan bien quizá yo debía tratar de conocerlo *a él* un poco mejor, no había más que un paso. Observé la habitación; una acuarela con una cabaña junto a un lago colgaba en la pared opuesta; y había una biblioteka con libros sobre temas bancarios y colecciones de discursos. Sobre el escritorio, a mis espaldas, había un portarretratos triple, de cuero; seguramente, pensé, las fotografías usuales con grupos familiares. Advertí una pila de papeles en la esquina del escritorio más cercana a mí, y entonces mi reacción fue automática. Con un ojo en la puerta comencé a revolver los papeles. No imaginaba lo que podía encontrar.

Me quedé frío.

Ahí, escondida entre los papeles, había una gran fotografía mía, de medio cuerpo; y no se trataba de la clásica fotografía que el *Post* había hecho circular entre los Departamentos de Policía. Era una foto que yo jamás había visto.

OceanofPDF.com

II

Me quedé mirando la foto durante un largo rato. Era yo, sin duda, hasta en el más mínimo detalle.

Finalmente la doblé cuidadosamente y me la metí en el bolsillo. Volví a colocar los papeles sobre el escritorio, y esperé. A los cinco minutos regresó Dawson. Sonreía como el Gato de “Alicia en el País de las Maravillas”.

—Bueno —dijo—, ya está aclarado. Hay una muchacha nueva en la teneduría de libros y se le ordenó preparar las notas de retención del año pasado. Estaba tomando los nombres de la lista de salarios y al llegar a un Vance Westfall derramó la tinta sobre la columna que registra los números del seguro social. En lugar de informar a sus superiores sobre lo sucedido, se dirigió al fichero y dio con su solicitud de préstamo, donde figura *su* número de seguro social. Como correspondía al mismo nombre, lo anotó. El resto de la historia es que aparentemente sí, tenemos un empleado con su nombre, míster Westfall —abrió sus manos en un gesto de resignación—. Así fue todo. Una pasmosa serie de coincidencias, ahora totalmente aclaradas. De todos modos, quiero disculparme por el inconveniente y la preocupación que le hemos ocasionado.

Tomó un cortapapeles y se puso a jugar con él.

—Graciosa, ¿no?, la manera como el curso de nuestras vidas es determinado a veces por lo inesperado...

—Sí..., graciosa. ¿Estará por aquí ese otro Westfall? Quisiera hablar con él.

—No, no está. Hoy dio parte de enfermo.

—¿Podré verlo mañana?

—Sin duda, si viene.

—¿Cuál es su domicilio?

—El que figura en la nota de retención —me devolvió la nota y agregó, cordialmente—: ¿Así que realmente consiguió eludir a la policía?

—Sí.

—¿Y dónde estuvo?

—En... lugares.

—¿Y estableció algún contacto con sus editores mientras estuvo ausente?

—No.

—Pero sin duda le escribió a alguien. ¿A sus padres, a algún amigo?

—¿Para qué?

Se encogió de hombros, extrajo un cigarro de un adornado recipiente de plata que había sobre su mesa, le mordió la punta, lo encendió, y giró en su sillón de modo de quedar mirando por la ventana.

—Estoy atónito —dijo—, completamente atónito: no sé cómo lo ha conseguido. Pero aún así no puedo creer que no haya dejado usted alguna pista. En sitios en los que pasó la noche, por ejemplo. Tenía que firmar en los registros de hotel, ¿no es cierto? No con su nombre, claro, pero con su letra.

—Cuando tenía que quedarme en algún hotel, me vendaba el brazo derecho como si estuviera enyesado. Si el empleado me pedía que firmara algo, no hacía más que enseñarle las vendas y ahí terminaba la cuestión. Pero la mayoría de las veces me alojaba en dormitorios de caridad. Ahí no usan el registro. La clientela objeta.

—Muy hábil. Parece que usted sabe lo que hace.

—No tocaba de oído... por decirlo así. Me basé en algunos consejos de Fred Davis, un tipo que trabajó en la Sección de Personas Desaparecidas hasta que lo obligaron a jubilarse hace unas ocho semanas.

—Pero de toda la gente que usted vio, sin duda alguien, algún empleado de algún hotel, podía recordarlo...; un muchacho con el pelo cortado casi al ras y con una cicatriz púrpura en la mejilla...

Dawson me estaba estudiando, me di cuenta, pero no podía imaginar por qué. Pensé que si le seguía la corriente tal vez lo averiguara. Dije:

—Cuando utilizaba hoteles, usaba una peluca, o me fingía calvo. En los alojamientos de caridad, en los restaurantes y otros sitios así, mi aspecto ya

no importaba. Nadie se fijaba en mí. Era una cara más entre la muchedumbre. En cuanto a la cicatriz, hace pocos días que la tengo.

Dawson se echó hacia atrás, riendo.

—¡Una peluca! Es un poco melodramático, ¿no?

—Quizá.

—Debiera guardar esa peluca. Colgarla de la pared o algo así. Como recuerdo.

—Aún la tengo. En mi valija. En el departamento.

Asintió.

—Otra cosa. ¿No ha regresado usted un día antes?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Mientras hablaba con el tenedor de libros, recién, releí las notas que tomé durante nuestra primera conversación. Usted fue muy explícito acerca de los treinta días a partir de diciembre quince. Supongo que eso significa que seguirá escondido durante otras veinticuatro horas.

—Seguramente —entonces pensé en la foto que tenía en el bolsillo, la foto *mía* que había tomado del escritorio de Dawson—. Quizá mate un poco de tiempo yendo a ver a este otro Westfall. ¿No tendrá usted una foto suya en el archivo, para verle la cara?

—No, no fotografiamos a nuestros empleados. Quizá debiéramos hacerlo, como medida de precaución. En caso de robo a estafa o algo así, sería una ayuda tener una foto a mano. Claro que, naturalmente, tenemos impresiones digitales de todos...

Entonces fue. Comenzó a hojear descuidadamente los papeles de su escritorio, y cuando levantó la mirada supe que *él* sabía que *yo* tenía la foto. Fue digno de verse el modo en que ambos comenzamos a fingir.

—Bueno —dijo suavemente—, me alegra verle de regreso y permítame disculparme ante usted una vez más por este pequeño incidente.

Extendió su mano.

—No quiero entrometerme, por supuesto, pero en realidad no es necesario que vaya usted a visitar a su tocayo. Estoy seguro que estará de regreso mañana. Mejor aún, para ahorrarle tiempo será un placer enviarlo a él a que lo vea a usted.

—Si es así, quizá pueda pasarme sin él hoy.

—Es lo que yo haría. —Me acompañó hasta la puerta y nuevamente me dio la mano. Miré a la rubia. Escribía a máquina. Miré a Struthers. Hablaba con un cliente. Todo parecía endiabladamente normal.

En la calle, el sol de invierno brillaba como si fuera mediados del verano. La gente se atropellaba en una salvaje batalla contra el tiempo, en la que cada extraño era un enemigo y cada roce un insulto. Cerca de mí, una chica ojerosa y pálida, con demasiado lápiz labial le decía a su acompañante:

—Tengo que volver, Joe. Nos vemos esta noche, ¿eh?

Un policía discutía con el chofer de un Cadillac largo y negro. Sonaba las bocinas, chirriaban los frenos, y los pies se movían... Todo el mundo tenía que ir a algún lado, y todo el mundo tenía que ir de prisa.

Tomé otro taxi y di al conductor la dirección que figuraba en la nota de retención. Era en el bajo, una dilapidada trampa de incendios perdida en una selva de acero y cemento. Entré; los miasmas me envolvieron la cara como una máscara y sentí náuseas; encendí un fósforo en el oscuro pasillo para ver dónde estaba. Las paredes, a punto de desmoronarse, estaban tatuadas con mensajes obscenos garabateados a través de los años por borrachos y mocosos harapientos del vecindario. Golpeé en la primera puerta, y una mujer monstruosa, desfigurada, de ojos vidriosos como el mármol y aliento alcohólico de cien grados, me husmeó, sospechosa.

—¿Qué quiere? —masculló.

—¿Es usted la encargada, señora?

—¿Qué quiere?

—Busco a míster Westfall.

—No vive aquí.

—Me dijeron que lo podría encontrar aquí hoy.

—No vive aquí, le digo. ¿Quién es usted?

—Empleado de seguros, señora. Uno de nuestros clientes lo atropelló y yo quería entregarle un dinero.

—¡Dinero! —sus ojos se encendieron como árboles de Navidad. Abrió un poco más la puerta. Ya iba a entrar, pero ella interpuso su mano y me rechazó—. Un minuto, compañero. No invito extraños a mi departamento.

—Míster Westfall vivía aquí, ¿no es verdad?

—No.

—Nuestros registros indican que éste es su domicilio.

—¿Cuándo sucedió ese accidente?

—Hace una semana, más o menos. Es muy importante que lo localicemos —sonreí confiadamente—. Quisiéramos llegar a un acuerdo con él antes de que hable con un abogado —extraje un billete de cinco dólares—. Si usted llegara a tener alguna información...

Asió el dinero.

—Nunca lo vi, pero alquila una habitación aquí —mover la cabeza—.
Arriba. Tercer piso.

—¿Cuánto hace que tiene la pieza?

—No sé. Seis semanas, ocho semanas.

—¿Y cómo no lo conoce?

—Su hermano la alquilaba.

—¿Qué aspecto tenía su hermano?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Cómo le pagaba?

—Por adelantado, amigo, por adelantado.

—¿Cuánto adelanto?

—Usted hace demasiadas preguntas, compañero.

—En la oficina necesitan saber todo eso. Si vuelvo y les digo que no pude hallar a Westfall, querrán saber cómo es eso, cuándo estuvo por última vez, cuál era la dirección que dejó para que se le mandara la correspondencia, cosas por el estilo. Tengo que hacer un informe de cinco páginas. Lo siento, señora, pero así me gana la vida. ¿Qué hay del correo? ¿Recibía algo?

—Sí, una vez llegó una carta. Hace unos días.

—¿La tiene aún?

—No. Escribí “No se encuentra” y el cartero se la llevó.

—¿Está segura que nunca estaba aquí?

—¿Cómo quiere que esté segura? ¿Qué se cree que soy? ¿Un detective?

—No recuerda el aspecto de su hermano, ¿no?

—No.

—Bueno, gracias señora. No le robo más tiempo.

—Cierre la puerta de entrada al irse —gruñó.

El taxi me esperaba; indiqué al conductor que volviera al banco. Eran las tres y media cuando llegamos: ya estaba cerrado. Le pedí al conductor que diera unas vueltas a la manzana. Tomé la foto mía y miré al dorso. Había un sello: *Hudson Studios*, con una dirección debajo del nombre.

Eso de inmediato me trajo un recuerdo, claro y demasiado vívido. Hacía unas seis semanas, poco antes de salir de viaje y luego de haber estado en el banco por el préstamo, me llamó el encargado de relaciones públicas de una de las editoriales grandes. Me dijo que iban a editar una antología de literatura de posguerra, y que una de las notas que yo había escrito para *Collier's* había sido elegida. Me pidió que fuera a Hudson Studios y me sacara una foto para incluir en el libro.

Le di al conductor la dirección de Hudson Studios; llegamos en cinco minutos. Estaban situados en un edificio de piedra marrón, que hacia fines de siglo había sido seguramente la casa de un millonario y ahora albergaba profesores de baile, contadores públicos, *coiffeurs* y estudios fotográficos. Los Hudson Studios ocupaban el segundo piso; al entrar a la sala de recepción una secretaria pelirroja con anteojos “arlequín” me dio la bienvenida con todas las de la ley.

—Buenas —ronroneó—, ¿desea tomarse una foto?

—Ya me la han tomado —le dije—. Hace seis semanas. Quisiera saber qué pasó con las pruebas.

Se puso de pie, alisó su ajustada pollera verde, y pasó contoneándose junto a mí hacia los ficheros del rincón, como las chicas en la pista de baile del viejo “Palace”.

—¿Cuál es su nombre?

—Vance Westfall.

Se inclinó sobre unos papeles y dijo:

—Nuestro registro dice que usted vio las pruebas y pidió una copia de cada una hace seis semanas.

—¿Les pagué?

—¿Se burla?

—Sí, me burlo. Ahora dígame si les pagué.

—Verdaderamente, míster Westfall, no hay necesidad de enojarse —pasó un rato revisando el registro nuevamente—. Sí, las fotos fueron pagadas contra entrega.

—¿Vino alguien a buscar las fotos o las enviaron?

—No hay constancia de eso.

—Bueno. Otra cosa: ¿tienen aquí una guía telefónica?, ¿y puedo usar su teléfono? —asintió y extrajo la guía de un estante. Hallé el número y llamé a la editorial que me había buscado hacía seis semanas. El encargado de relaciones públicas estaba. Le dije quién era y le pregunté si iban a publicar una antología de literatura de posguerra o si alguien de esa sección podía haberme llamado con el propósito de tomarme la foto. La respuesta a todo *fue no*. Colgué.

La pelirroja me miraba con desconfianza.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Su “tono para clientes” había desaparecido.

—¿Usted de qué trabaja? —dijo.

—¿A qué viene eso?

Tenía un negativo en la mano y era el mío, y no era difícil suponer que había estado mirando el bigote y el pelo largo en la imagen del negativo.

—Usted no es Westfall —dijo.

—Muy bien, no soy Westfall. Aparte de que soy un mentiroso, ¿qué otra cosa significa eso?

—No sé. Que la policía se ocupe de esa otra cosa.

Ay, pensé, lo que es la gente de este mundo. Sería formidable que me pescaran justo un día antes sólo porque este arlequín pelirrojo quiere pasar por perspicaz.

—Linda pollera verde, esa que lleva puesta —dije.

—¿Qué tiene que ver eso con el precio de los huevos?

—Una pollera verde tan linda merece un lindo par de zapatos verdes para hacer juego.

—Sí, ¿y sabe cuánto cuestan los de cocodrilo? Los más baratos, veinticinco dólares.

Saqué quince y se los di.

—Espere a que haya una buena liquidación y cómprese los más baratos de todos. ¿Conforme?

—Conforme —dijo—, pero sólo porque usted tiene cara de honrado...

Salí rápidamente. Caminé hasta llegar a un bar. Entré y pedí alguna bebida. Analicé toda esta historia de locura. Mi nombre y número de seguro social en una nota de retención. Una fotografía mía sobre un escritorio del Securities Exchange Bank. Una foto para una antología que nunca existió. Mi nombre utilizado para alquilar una habitación en un tugurio, donde nadie vive. Dawson que me succiona como una bomba de agua tratando de averiguar qué hice durante los últimos treinta días. Struthers, su mano derecha, que me ve una sola vez y, sin embargo, conoce mi descripción de memoria. Formidable. Me había metido en algo... pero no sabía en qué.

Pedí otra copa. El bar comenzaba a llenarse con los clientes usuales del atardecer, gente que se arrastraba desde las oficinas y negocios a las cinco de la tarde, como escarabajos de debajo de una roca, y alimentaba sus frustraciones con inyecciones alcohólicas mientras vertía sus preocupaciones al sudoroso psicoanalista de detrás del mostrador.

Miré mi bebida como si fuera una bola de cristal y traté de imaginarme por qué querría alguien hacerse pasar por mí. Entonces pensé en todo el dinero que debía de haber en el Securities Exchange Bank, y que si una empresa como el Securities Exchange Bank tomaba un nuevo empleado pretendería algunas referencias. Así es que fui al teléfono y llamé al sitio donde yo trabajaba como contador antes de la guerra. Era pasada la hora de cierre, pero tuve suerte. El hombre que yo buscaba estaba aún allí.

—Harry —dije—, habla Vance Westfall.

—Hijo de una gran perra. ¿Cómo te ha ido?

—Me estoy emborrachando.

—Como en los viejos tiempos.

—Harry, necesito unos datos en seguida.

—¿Tienes miedo que ella se vaya antes de que tú regreses?

—Harry, ¿no sabes si el viejo recibió alguna carta pidiendo informes acerca de mí, cartas de referencia, cosas así?

—¿Vas a ganarte la vida de nuevo, hijo de una gran perra?

—¿Recibió alguna carta?

—Al diablo, estás borracho. Estás gritando.

—Contéstame.

—No sé, Vance. ¿Te puedo llamar a la mañana?

—No, no puedes llamarme a la mañana. Necesito saber *ahora*.

—Pero no puedo entrar a la oficina del viejo y revisarle el archivo.

—¡Ya lo creo que puedes!

Entonces hubo una pausa.

—Está bien, no cuelgues —dijo Harry.

Esperé. La cabina sofocaba. Abrí la puerta, y el trompeteo proveniente del fonógrafo, combinado con risas penetrantes, flotó desde el bar.

Oí que Harry decía desde el otro extremo:

—Así que ahora eres banquero.

—¿Qué quieres decir?

—Hay una carta aquí, sí, sí. De Fred Dawson, del Securities Exchange Bank. Quiere saber si eres digno de confianza. El viejo te dejó muy bien.

—Harry, debes hacerme un favor. Retira esas cartas del archivo.

—¡Pero no puedo hacer eso, Vance! ¿Quieres que me enjaulen? ¿Por qué quieres que las robe?

—No sé.

—¡Cielos! ¿Quieres que me arriesgue por ti y ni siquiera sabes por qué! ¿Cuántas copas bebiste?

—Harry, tienes que sacar esas cartas del archivo porque alguien me quiere meter en un lío.

—¿En qué lío?

—No lo sé aún.

—Oye. Tengo que ir a casa. No puedo discutir con un borracho toda la noche.

—Te hablo en serio, Harry. Alguien ha gastado un montón de energías para dejar huellas que indiquen que he estado en la ciudad todo este mes. Tengo que borrar huella por huella. Por eso es que tienes que quitar esas cartas del archivo.

—Vance, si Betty se llega a enterar de lo que hago por ti me echa de casa.

—Gracias, Harry. Algún día haré lo mismo por ti —colgué antes de que se arrepintiera.

El sudor me corría por la cara, pero no a causa del encierro en la cabina telefónica. Saqué otra moneda del bolsillo y llamé a la operadora.

—Deme con la policía —dije.

Esperé. Una voz dijo:

—Departamento de Policía.

Dejé que hablara. Una campana de alarma sonó en mi mente. Colgué.

No era sólo el recuerdo de que completar la llamada me costaría los dos mil dólares de premio que llevaba ganados por no caer en manos de la policía. Era también el pensar en Ed Brocha sentado en su oficina, ahí en la Central, con los pies sobre la mesa y un cigarro en la boca, recibiendo del propio Vance Westfall la noticia de que quería que la policía lo ayudara a él. Y lo imaginaba a Ed tomando la situación en sus manos. Ed no había podido acusarme de difamación: yo me había documentado muy bien antes de ponerme a escribir aquel artículo sobre corrupción policial de Middleburg. Pero si ahora se enteraba de que yo andaba en líos..., si cualquiera de ellos se enteraba de que yo andaba en líos..., ¿no sería culpa suya si no me agarraban!

Ed era un policía avezado, y seguramente bueno; pero no se construyen piletas de natación privadas con el salario que gana un policía avezado...

Sé que después que apareció mi artículo, Fred Davis me dijo —y él aún estaba en la Sección de Personas Desaparecidas— que me convendría no ser sorprendido en el acto de cruzar una bocacalle con la luz roja en contra, porque si me pescaba Brocha me haría meter preso. Al principio creí que Fred bromeaba, pero pronto cambié de idea al ver lo que le pasó al propio Fred. A Brocha y a su gente les llevó unas dos semanas, nada más, deducir que yo había obtenido mucha información por el lado de Fred y le dieron a elegir: renunciar o afrontar una acusación. Fred sabía leer entre líneas y aunque podía refutar los cargos, también sabía que así sólo se abriría camino hacia abajo, hasta llegar a patrullero de la Fuerza Policial. Se retiró y regresó a su pueblo natal, y abrió una pequeña agencia de detectives privados.

Así es que ahora ni siquiera podía llamar a Fred en busca de ayuda.

Pero no iba a cruzarme de brazos y esperar que alguien me metiera en un lío. Por ahora parecía que ese alguien era Dawson. Busqué su número en la guía y traté de dar con él. No hubo respuesta.

Entonces busqué el número de Struthers. Disqué. Alguien dijo “hola”.

—¿Struthers? —contesté.

Hubo una pausa.

—Sí.

—Habla Westfall, el tipo que estuvo en el banco hoy.

—Por Dios, hombre, me alegro de que llame. ¿Puede venirse ahora mismo?

—¿Para qué?

—Por lo mismo por lo que usted me acaba de llamar.

—¿Y cómo sabe usted para qué lo llamo?

—¿Es por la nota, no es así?

—Ya lo creo que es así. Quiero saber qué hacía mi foto en el escritorio de Dawson.

—De acuerdo. Yo puedo responder a sus preguntas. Mejor que se venga para aquí cuanto antes. Habitación 602. Wellington Arms.

Colgó. Salí y esperé un taxi en la temprana oscuridad del anochecer. Tardé diez minutos en conseguir uno. Y nos topamos con luces rojas en todas las esquinas entre el bar y el Wellington. Una vez ahí, me llevó casi cinco minutos atravesar el *hall* y llegar a los ascensores. El Wellington es una combinación de hotel y de departamentos de residencia permanente, y en este momento el *hall* era el Cuartel General de una Convención de “Shriners”, una de esas congregaciones de ciudadanos tan comunes en los Estados Unidos. Estos llevaban como distintivo característico un fez rojo y cada vez que pasaba un par de mujeres, dos “shriners” salían detrás rociándolas con pistolas de agua o tratando de levantarles el vestido con el viento de un fuelle.

A unos dos metros de un ascensor un “shrinker” de unos ciento cincuenta kilos atacó, con una sonrisa propia de Andy Devine a una morocha buena moza que salía del aparato. La muchacha estaba pálida como una hoja de papel, pero no fue eso lo que me hizo abrir la boca de sorpresa, sino el hecho de que era Dee Francis, mi agente, y que era ella quien me había

enviado a verlo a Struthers cuando yo gestionaba el préstamo para cumplir la misión del *Post*.

Le grité, pero había demasiado batifondo. No me pudo oír. Una par de personas me empujaban hacia el ascensor y fui arrastrado por la avalancha. En ese momento ella se volvía para darle con la cartera al “shriner” que la acosaba, y volví a gritar. Esta vez miró en mi dirección y me reconoció.

—¡Vance —gritó—, aguarda!

Pero era demasiado tarde. Fui impelido hacia el fondo del ascensor mientras ella luchaba inútilmente contra el gentío que salía hacia el *hall*. La puerta del ascensor se cerró herméticamente y comenzamos a ascender. Esperé a que quedara sólo un pasajero y me ubiqué detrás del ascensorista, un individuo pequeño y fornido cuyo rostro, a fuerza de haber mascado tanta goma, se había convertido en una máscara cínica: un muchacho que seguramente no había pasado más de dieciocho veranos en este mundo. Cuando bajó el otro pasajero en el último piso, le pasé un par de dólares, diciéndole:

—¿Te fijaste en la chica que corrió por ese “shriner”, abajo?

—Sí.

—¿En qué piso subió?

—Sexto.

—Bueno, llévame ahí entonces.

Bajé en el sexto piso y caminé por el alfombrado corredor hasta el departamento de Struthers. Golpeé con fuerza, pues alcanzaba a oír una radio puesta a todo volumen, adentro. Esperé tres minutos pero nadie apareció. Decidí probar la puerta. Se abrió y entré. Era un lindo departamento. Había en el centro del cielo raso una luz que proyectaba pálido brillo sobre el mobiliario moderno de la habitación.

Y en mitad del piso y mirando fijamente al techo, con los brazos abiertos como un espantapájaros y un prolijo orificio azulado abierto en el medio de la frente, vi a Struthers.

Me incliné sobre él y mecánicamente busqué el latido de su corazón. Luego le registré los bolsillos.

Y de pronto una frágil voz femenina dijo detrás de mí:

—¡Arriba las manos! —las levanté—. ¡Dese vuelta!

Erguida en el vano de la puerta había una chica de cabellos negros, con un vestido rojo de “cocktail”, muy escotado. En cualquier otro momento me habría parecido hermosa; pero ahora, con un revólver casi tan grande como ella en su enguantada mano derecha, se me ocurrió una bruja de tres metros de altura.

Comencé a bajar las manos.

—¡Pero: un minuto! —protesté—. ¡Acabo de llegar!

Comencé a acercarme a ella.

—¡Un paso más —dijo— y disparo!

Se volvió hacia el cadáver. Luego, siempre apuntándome con su revólver, retrocedió hacia el teléfono. Al pasar junto a la radio, la apagó. Levantó el auricular y habló:

—Operadora, deme con la policía.

Esperó. Unos segundos después, con voz cansada, como en estado hipnótico, volvió a hablar:

—Quiero informar sobre el asesinato de mi hermano. Mi nombre es Laura Struthers. Vivo en el Wellington. Al llegar a casa encontré una nota de mi hermano donde me decía que estaba en peligro. Subí y lo hallé tirado en el piso, muerto. El asesino todavía está aquí. Le estoy apuntando con un revólver —hizo una pausa—. Sí, entendido. Habitación 602. Gracias.

—Le agradezco todos esos datos —dije yo—. Por un minuto creí que usted era la asesina.

—Por mi parte, lo que quisiera es matarlo a usted —me contestó, furiosa.

—Se equivoca, señorita. No fui yo.

“No fui yo”... pero mis impresiones digitales estaban en la puerta y en las ropas del hombre muerto. No había sido yo..., pero llevaba conmigo una nota según la cual yo había trabajado en el mismo sitio que el muerto. Difícil explicar todo esto. No era yo..., pero hacía sólo treinta minutos, yo había telefoneado a un viejo amigo para pedirle que eliminara unas cartas porque andaba en líos. Ya me veía frente a la policía tratando de explicarles por qué no podía ser yo el asesino.

Le dije a la hermana de Struthers:

—Si fui yo, debería tener un revólver. ¿Dónde está? No llevo ninguno. Revísame —me acerqué.

—¡Quédese donde está!

—¿Sabe? Usted me impresiona como demasiado tranquila, para alguien que acaba de entrar y encontrarse con su hermano muerto en el suelo. Lindo cuento el que le hizo a la policía. Bastante bien pensado, quiero decir. La gente, en general, cuando informa sobre un asesinato no cuenta historias completas. Y no se acuerda de apagar la radio antes. ¿Qué pasó? ¿Le había cortado los víveres? —añadí, mirando a Struthers.

Se acercó y me abofeteó tres veces con toda su fuerza. Oí rechinar sus dientes cuando su mano dio en mi mejilla.

—Siéntese —siseó.

Me senté en un sofá y ella comenzó a pasearse de un lado a otro sobre la alfombra. Parecía un tigre enjaulado —si no fuera que los tigres no vienen de ese tamaño—. Cada vez que me movía, me apuntaba con el revólver. Oí las sirenas a unas cuadas de distancia.

—¿Puedo fumar? —dije.

—¡No hable!

Miré al suelo y mis ojos descubrieron el borde de la alfombra. Miré a la muchacha. No me quitaba la vista de encima. Le hice una mueca. Comencé a introducir un pie debajo de la alfombra. Moví el otro pie por encima. Cuando tuve unos veinte centímetros de alfombra agarrada entre los dos, tiré fuerte.

La alfombra voló. También la chica. El revólver se disparó con un rugido. Salté del sofá y corrí a la puerta. Apagué la luz, di un portazo detrás de mí y me largué a correr por el pasillo. Se abrieron puertas de uno y otro lado. Un hombre de edad mediana se paró frente a mí.

—¿Qué sucede? —dijo.

—¡Un tiroteo en el 602! —grité—. Llamen a la policía. Traeré un médico.

Y seguí corriendo. Llegué adonde el pasillo doblaba para ir a desembocar en los ascensores. Al llegar tropecé con dos policías uniformados.

—¿Por qué tanta prisa, amigo? —preguntó uno de ellos mirándome con sus ojitos de puerco.

—¡Cielos —dije—, me alegro de verlos! Hay un hombre y una chica a los tiros en el 602.

Me dejaron ir y corrieron por el pasillo a lo de Struthers. Yo, a los ascensores. Oprimí el botón frenéticamente. El indicador no señalaba ascensores cerca. El ascensorista debía estar en el subsuelo tomándose la licencia correspondiente a las cincuenta incursiones. El alboroto del otro lado del corredor aumentaba por momentos. Vi un letrero que decía *escaleras*. Corrí hasta allá, abrí una puerta, y me lancé hacia abajo. No se necesitaba ser adivino para saber que los policías avisarían abajo y que habría todo un comité de recepción cuando llegara. Perdí la cuenta de cuántos pisos había dejado atrás cuando las escaleras terminaron repentinamente. Busqué frenéticamente y hallé una puerta. La abrí y me encontré rodeado de cientos de fastidiosos “shriners”. Formaban fila en la galería del hotel, esperando entrar a la gran sala de baile, donde parecía desarrollarse algún espectáculo. Miré a través del mar de caras y descubrí la escalera que debía llevarme a la planta baja... si es que conseguía llegar a ella.

Me zambullí en aquella muchedumbre de “shriners” y traté de abrirme paso a codazos hasta la escalera. Estaba en mitad de camino cuando me vi arrastrado por la correntada hacia el salón de baile. Miré hacia la puerta por la que había entrado a la galería. Nadie había aparecido aún. Extendí un brazo hacia adelante y atrapé un fez. Lo traje hacia mí y me lo puse. Después me hice el desentendido. Alcancé a oír al hombre a quien le había sustraído el fez tratando de hacerse oír por sobre el ruido y la confusión. Un “Noble”, junto a mí, se reía. Opinaba que había sido un buen chiste. Me ofreció un frasco que sacó del bolsillo.

—¿Amigo suyo? —preguntó, señalándome al hombre sin fez.

—De la misma Fraternidad, —le dije—. Me quitó el mío esta mañana. Ojo por ojo...

—Gran asamblea —dijo—. Gran muchachada.

—¿Qué va a haber en el salón?

—Mujeres. Creo que se quitan todo lo que llevan puesto.

Ya estábamos casi en la puerta del salón. Saqué tres dólares para la entrada, y entré. El abigarramiento era enorme y el humo de cigarro tan denso que a duras penas podía ver lo que tenía lugar en el escenario improvisado allá al fondo. Un montón de borrachos de nariz enrojecida en las primeras filas, tenían a maltraer a la maestra de ceremonias que trataba de hacer proseguir la función. Detrás de ella había ocho coristas con polleritas cortas, negras. La maestra de ceremonias gritó algo en el micrófono, la multitud se rio, y las chicas comenzaron a moverse a lo largo de los pasillos, mientras manos anónimas trataban de asirlas. Del otro lado del salón vi un letrero que decía *Escape de Incendios*. Comencé a abrirme paso. En ese momento alguien me tomó del brazo. Giré. Era una de las chicas del escenario.

—¡Te agarré! —dijo con una risita—. ¡Vamos!

Tironeé, pero se había colgado como un fox-terrier.

—No tengas vergüenza —agregó, siempre riendo.

Se acercó, me rodeó con sus brazos, y aplicó sus labios en mi mejilla. Los hombres de los asientos cercanos silbaron y gritaron. Un brazo se extendió hacia la cintura de la chica. Se zafó ágilmente.

—Busca a algún otro —susurré, urgente.

La chica sacudió la cabeza.

—Te tengo a ti, “Noble”. Vamos, ganaremos el premio.

—¡Es que tengo que salir! ¡Mi señora está dando a luz!

Nuevamente rio.

—A mí no me engañas, vergonzoso. ¡Vamos!

—¿A hacer qué?

—A bailar.

—No sé bailar. Búscate otro.

Comenzó a arrastrarme hacia el escenario. Me empujaron. Subí. Un par de mozos del hotel habían colocado dos altos postes en el escenario. Cada poste tenía perforaciones que llegaban al suelo. A un metro y medio de altura más o menos, una maderita había sido introducida en cada poste y un travesaño descansaba en ellas. Éramos, ahí arriba, siete parejas.

—Quedamos en que las reglas son —gritó la maestra de ceremonias en el micrófono— que cada hombre tiene que mantener el fez en su sitio. Todo

el mundo pasará bailando debajo de la vara. A cada vuelta la haremos bajar un poco más. El que suelte a su compañera queda descalificado. Bueno, muchachos, ¡vamos!

El trío que estaba en el rincón atacó una rumba. Pasamos “rumbeando” bajo la vara. Dimos una vuelta y nuevamente nos tocó el turno. El conjunto ejecutaba ahora un vals. La vara estaba a un metro del suelo. El público encontraba todo esto formidable. Lo mismo opinaban los demás bailarines. Planeé golpear la vara esta vez, y huir; pero en ese preciso instante vi a tres policías que observaban el público desde la puerta del salón. Hundí la cabeza y pasamos por debajo de la vara. Dos parejas la hicieron caer. Las chicas llevaron a sus compañeros a sus sitios.

Yo no quería que mi compañera hiciera lo mismo, ya que mi lugar estaba a escasos tres metros de los agentes. Mientras me mantuviera en el escenario no habría peligro. El fez escondía mi peculiar corte de pelo y no podrían verme la cicatriz mientras mantuviera mi mejilla derecha en la otra dirección. La vara descendió a sesenta centímetros. Otras tres parejas fueron eliminadas. Sentí el sudor corriéndome por la cara. Mi compañera lo secó con su mano.

—¿Nervios?

—Si supieras, querida...

En ese momento pasábamos por debajo otra vez; ahora quedaba una sola pareja más. La vara estaba a unos treinta centímetros y el trío tocaba una polca. Nos deslizamos poco menos que arrastrándonos. Con éxito. También la otra pareja. Eché una mirada hacia la puerta. Los policías miraban en nuestra dirección.

La vara descendió a veinte centímetros. Arrastrándonos centímetro a centímetro pasamos nuevamente. La otra pareja intentó hacerlo. El hombre no podía conseguir que pasara su trasero. La vara osciló un poquito, y cayó. Uno de los músicos hizo redoblar el tambor.

La maestra de ceremonias nos condujo hasta el micrófono y levantó mi mano en el aire.

—¡Los vencedores! —proclamó—. ¿Su nombre, Noble?

—Tom Smith —dije.

—Tom, te presento a Ginny Olson. —Y luego, hacia el público, riendo —: Pero supongo que los dos ya se conocen un poco...

—Sí. —Traté de esconderme tras el micrófono para que los muchachos de la puerta no vieran la cicatriz en mi mejilla derecha.

—Tom —decía ahora la maestra de ceremonias—, te has ganado el premio: esta noche sales a pasear con Ginny. Les hemos reservado dos mesas y una cena con champaña en el Club Fondu.

Ginny ya se había escurrido detrás de un pequeño biombo, al fondo del escenario, y en unos treinta segundos estaba de regreso, vestida de noche y con un abrigo de visón. Su regreso fue la señal para que una pareja de fotógrafos se nos echara encima. Ginny se me acercó y sonrió en el momento de los fogonazos. Entonces me tomó de la mano y comenzó a correr a lo largo del pasillo, en línea recta hacia los policías.

Al pasar junto a ellos, alguien me tomó del hombro. Nos detuvimos. Un hombre se interpuso entre nosotros. Le ofrecí las muñecas esperando que me pusiera las esposas.

—¿De qué logia eres, Tom?

Señalé mi fez:

—Ahí arriba dice.

Leyó:

—El Cabello. ¿Te gusta esta ciudad?

—Sí, me gusta esta ciudad.

—Phil, ¿por qué no dejas esto para el Club? —intervino Ginny; y dirigiéndose a mí, agregó—: Tom, éste es Phil Bartley, agente de prensa del Fondu.

Tuve ganas de besarlo. Comencé a caminar. Bartley se nos pegó.

—¿En qué consiste la cosa? —pregunté cuando mi voz dejó de temblar —. ¿Por qué la cena con champaña?

—Publicidad —dijo Bartley evasivamente—; las chicas bailan en el Fondu. —Miró desde la galería—. ¡Cuántos policías! Me gustaría saber qué pasa.

—Quizá un asesinato —dije.

Bajamos las escaleras hasta el *hall*. La policía había apartado a la muchedumbre, y un agente de civil y dos uniformados cuidaban la entrada

del hotel, controlando a todos los que salían. El corazón me golpeaba el pecho como en un “punching-ball”. Tomé a Ginny y a Bartley del brazo.

—Oigan —les dije—, no eran cuentos que mi mujer estaba dando a luz. Tengo que llamar a casa —indiqué las cabinas telefónicas—. Aguarden, vuelvo en seguida.

Me encaminé hacia una cabina, entré y cerré la puerta. Desde ahí podía ver todo el *hall*, con la policía en la puerta de entrada y Ginny y Bartley en el centro. Bartley se dirigió hacia uno de los oficiales de policía, junto al mostrador. Extraje una moneda y la introduje en la ranura. Cuando la operadora contestó, pedí:

—Deme con la policía.

Pasó un minuto y una voz contestó:

—Departamento de Policía.

—Me llamo Sidney Arthur —dije—; hablo desde una farmacia, a dos cuadras del *Wellington Arms*. Estaba esperando que cambiara una luz de tránsito cuando un tipo alto y rubio, con el pelo al ras y una cicatriz en la mejilla derecha, se acercó a mi coche con un revólver en la mano. Me hizo descender, subió y huyó. ¡Tienen que dar con él, por favor! ¡Hace sólo tres semanas que tengo el coche y no tiene ni una rayadura! Un Buick verde convertible, chapa dos, uno, seis, seis, R, siete.

—A ver ese número otra vez.

—Dos, uno seis, seis, R, siete.

—¿Su domicilio, míster Arthur?

—Boulevard Bellevue veinticinco noventa y cuatro.

—Muy bien. Estese frente a la farmacia. Mandaremos un patrullero. Estará ahí en cinco minutos.

—Muchas gracias —dije—. Corté la comunicación pero mantuve el auricular contra mi oído. Miré hacia el *hall*. A los tres minutos entró un policía corriendo a decirles algo a los de la puerta. El de ropas civiles asintió y pasó por la puerta giratoria junto con el que acababa de entrar.

Abrí la puerta de la cabina y me acerqué a Ginny y Bartley.

—Acertó —dijo Bartley.

—¿En qué?

—Es un crimen. En el sexto piso.

—¡No diga! Ya tengo algo para contar en casa.

—¿Su esposa?

—Está bien. Duerme. Hablé con su madre. Parece que no hará falta de que vaya al hospital por unos días.

Caminamos hacia la puerta de entrada. Me puse el pañuelo contra la cara como si fuera a estornudar. Eso taparía la cicatriz. El fez escondía mi corte de pelo.

—Hola, sargento —dijo Bartley a uno de los policías.

—¿Qué tal, Phil? —contestó el policía.

—Tomen —dijo Phil alcanzándole cuatro entradas—, vénganse con señoras al Fondu la noche que estén francos. La casa paga la cena.

—Gracias, Phil.

—¿Adónde fue tan apurado el teniente?

—Hubo un llamado de la Central. El asesino se alzó con un coche a unas cuadras de aquí.

—Parece que les está dando trabajo, muchachos —comentó Bartley.

Nos metimos en la puerta giratoria y salimos a la calle.

OceanofPDF.com

III

El Club Fondu funcionaba en la planta baja de un antiguo depósito; por la noche, la exacta combinación de humo, vapores de alcohol, mujeres caras y risas estruendosas conferían al lugar el frenesí de un Mardi Gras. Mozos ceñudos de chaqueta roja y pantalón negro, llevaban abundantes porciones de whisky aguado desde el bar hasta las mesas que rodeaban la elevada pista de baile, como si fueran altos sacerdotes oficiando en una coronación.

Bartley nos condujo hasta una mesa al frente, y desapareció entre la multitud. Ginny se quitó el tapado y acercó su silla a la mía.

—Huy —dijo—, así que realmente estás casado.

—Sí.

—Seguro que a tu mujer le encantaría ver la foto tuya conmigo en un diario.

—No lee diarios. Es una india de la tribu de los Seminole. Nos hablamos por señas.

—Uf —dijo—, ¿por qué dices esas cosas? Tranquilízate. Diviértete. ¿Tienes algún problema?

—Me persiguen por un asesinato. Es un problema, ¿no?

—Oye, ¿no sabes que los tipos que a toda costa insisten en hacer chistes a la larga cansan? ¿Qué tengo de malo? A tu mujer le gusta divertirse de vez en cuando, ¿no?

—Según qué clase de diversión.

—Otra vez. Es que tú crees que porque una chica trabaja en un sitio como éste, tiene que meterse en la cama con el primer tipo que aparezca.

—Comprendo —dije y comencé a ponerme de pie. Una mano se apoyó en mi hombro y me hizo sentar. Era Bartley. Un reflector nos enfocó con su haz amarillo desde lo alto. Bartley hizo un discurso presentándome. Todo el mundo aplaudió. Yo agradecí.

—Ginny dijo:

—Te iría mucho mejor si fueras bueno conmigo.

Los dos policías con quienes Bartley había hablado cuando salimos del Wellington entraron al club. Me volví rápidamente hacia Ginny.

—¿Quieres bailar?

—Vamos.

Trepamos a la plataforma y nos mezclamos con otras cincuenta parejas que se movían indecisas al ritmo apagado de *Begin the beguine*. Busqué la salida que llevaría a las bambalinas y los camarines. Esos policías no habían venido a escuchar música. Pero el escenario tenía uno de esos telones que abarcan del techo al suelo y se habría necesitado un mago para encontrar el pliegue que escondía la salida.

—¿Sabes qué es lo que verdaderamente me gustaría? —dije de pronto a Ginny—. Te reirás de mí, pero me gustaría poder contar en casa que estuve en el camarín de una estrella de *night-club*.

—Yo no soy ninguna estrella. Sólo estoy en el coro.

—Para mí eres la estrella. ¿No me llevarías?

—¿No intentarás nada malo?

—Prometido.

—Bueno, pero primero bebamos algo. Después te llevo.

Comenzó a conducirme hacia la mesa. Los policías se nos acercaban. Giré a Ginny hacia atrás.

—Oye —dije—, vamos ahora. Así luego no interrumpimos la cena.

—Es que tengo que buscar mi capa de visón. Me la pueden robar.

—Yo te compro otra.

—No me hagas reír.

—Hay dos policías que van para allá. Estando ellos nadie te la va a robar.

Se alzó en punta de pies mirando el salón.

—Oh, son los agentes que estaban en el Wellington. Phil está con ellos.

—Han de haber aceptado el ofrecimiento de Phil. No me sorprendería que trataran de hacerse amigos con nosotros. Esquivémoslos.

—Phil me hace señas —dijo Ginny—. Será mejor que vayamos a ver qué quiere.

—¡No, no iremos! —la agarré—. Ginny, lamento hacer esto pero éste es un mundo en que los perros se comen unos a otros y yo debo encontrar una salida rápida de este lugar. —Tomé uno de los breteles de su vestido de noche y tiré fuerte. Lo arranqué. El vestido cayó, Ginny lanzó un grito de sorpresa y recogió su vestido. Con la mano libre me abofeteó y luego se abrió paso rápidamente entre las parejas que bailaban, hasta el fondo del escenario. La seguí. Parejas sonrientes nos miraban. Ginny halló en seguida la abertura en el telón y yo me filtré tras ella. En cuanto estuvimos del otro lado, la aparté y corrí a lo largo de un pasillo pobremente iluminado. Doblé una esquina y me fui encima de un gordito de cara grasienta.

—¿Cómo se sale a la calle? —jadeé.

Señaló una puerta detrás de él. La probé. Estaba cerrada. El gordo se quitó unas cenizas de su camisa.

—¿Por qué tanta prisa, Paco?

—Apareció mi mujer con dos detectives privados. Yo había organizado una fiestita. ¡Tú sabes cómo son estas cosas!

Miró mi fez de “shriner”, gruñó, y extrajo unas llaves del bolsillo. Dijo:

—Por aquí saldrá a un pasillo. Doblando a la izquierda irá a parar a la salida más lejana del club.

La puerta se abrió.

—Gracias —le dije. Me sumergí en la noche y me largué a correr. Llegué al final de la cuadra, crucé la calle y me metí en otro pasaje. Seguí corriendo. Al llegar a otra calle doblé a la derecha. Vi un taxi que pasaba lentamente y le grité. Se acercó al cordón. Subí y le di una dirección cercana a casa. Cuando me dejó, pasé de largo dos veces frente a mi casa. No había coches al frente. No había luz en mi departamento. Subí.

Una vez adentro fui al tercer cajón de la cómoda de mi dormitorio y palpé bajo las camisas buscando la Luger que me diera un soldado en París. Había desaparecido. Esto me hizo sentir bien. La pistola estaba registrada, junto con mis impresiones digitales en la Policía Estatal y en la local. De modo que podía apostar a que una bala de mi Luger encajaría como un guante en el pequeño orificio que había visto en la frente de Struthers.

Busqué la valija. La peluca que mencionara a Dawson, también había desaparecido. El tipo se estaba metiendo en grandes líos con el fin de

impedir que yo probara que no había estado en Middleburg durante los últimos veintinueve días.

Entonces me di cuenta de que, si por algún milagro, aún conseguía demostrar que *no* había estado en Middleburg todo ese tiempo, tampoco me hallaría a salvo. Un hombre que se había esmerado hasta el punto de hacer parecer que yo había trabajado en el Securities Exchange Bank sin duda no cometería deslices. Seguramente mi doble había faltado al trabajo en algunas ocasiones, de modo que si la policía se tragaba el cuento de que había estado en el banco pudiera suponer que había usado los días de ausencia para preparar la coartada en otras ciudades. Todo lo cual significaba que yo tendría que dar cuenta detallada de todos y cada uno de los veintinueve días pasados.

Y aun si probaba que no había estado trabajando en el banco, ello no demostraba que yo no había matado a Struthers: porque habían usado mi propia pistola.

Pero no podía imaginar por qué Dawson se tomaba tanto trabajo para ubicarme en el banco durante los últimos veintinueve días, si todo se limitaba a acusarme de un asesinato. No lo podía imaginar, digo..., hasta que mi débil cerebro recordó repentinamente qué es lo que se guarda en los bancos: ¡dinero!

Posiblemente faltaba dinero del banco, y un cierto Vance Westfall sería el hombre que lo había robado.

Abrí la cama y abulloné la almohada. Saqué una navaja y una brocha; enjaboné aquélla, y dejé ambas cosas en el lavatorio. Abrí la ducha, mojé las paredes y humedecí una toalla. Si la policía no llegaba hasta mañana, parecería que hubiera pasado la noche en casa.

Telefoneé a la Y.M.C.A. y reservé una habitación para Henry Beaglohoff. Tomé un poco de algodón y gasa del botiquín, y los acomodé sobre mi ojo derecho y la cicatriz de mi mejilla derecha. Me cambié el traje, salí al corredor y escribí con lápiz una nota que fijé en la puerta. Decía: “Joe, volveré al mediodía. Vance”.

Me dirigí al teléfono público de una farmacia cercana y llamé al *Wellington Arms*.

—Quisiera hablar con Miss Struthers, habitación 720 —dije.

—Hay una Laura Struthers en el 540, pero nadie de ese nombre en el 720 —dijo la telefonista.

—Oh, disculpe —me excusé—. Buscaba a *Helen* Struthers. —Colgué y me dirigí al *Wellington*. Bajé del taxi una cuadra antes y me encaminé hacia la entrada de la cocina, en los fondos del hotel. Golpeé a la puerta y un chef de gorro blanco la abrió.

—¿Qué se le ofrece?

—Busco a Bruce Fisher.

—No hay ningún Fisher aquí.

—Es un botones. Amigo mío. Me dijo que lo encontrara en el vestuario.

—El vestuario queda en el sótano.

—¿Por dónde se va al sótano?

Me hizo pasar.

—Siga este pasillo. La primera puerta a la derecha da a la escalera. No se puede perder. Abajo, a la izquierda.

—Gracias —le dije—. Siento haberlo molestado.

Gruñó y pasé junto a él hacia la escalera de servicio. Cerré la puerta, me quité el vendaje del ojo y de la mejilla, y subí al quinto piso. Pasé frente a la habitación 540. No oí voces. Golpeé.

—Sí —respondió una voz femenina.

—Telegrama.

—Páselo por debajo de la puerta.

—No puedo. Tiene que firmar, señora.

—Un minuto.

Oí cómo quitaba un pasador. La puerta se abrió. Entré rápidamente y de un golpe cerré la puerta. La había sorprendido, sin duda. Pero también ella me sorprendió a mí. No llevaba encima más que un transparente camión negro. El lustroso cabello negro le caía sobre los hombros. Y tenía una silueta que habría detenido el tránsito en una pista de carreras. Cuando se dio vuelta levemente, no fue precisamente el perfil de su cara lo que me llamó la atención.

—Un gritito —le dije— y le hago un nudo en el cuello.

Lo gracioso es que no estaba asustada. Simplemente me miraba con esos sofocantes ojos verdes, esperando a que yo hiciera algo. Eché una

ojeada a mi alrededor. Había un largo sofá blanco junto a una pared. Sobre el sofá colgaba un enorme cuadro de un gato negro con el lomo arqueado, hecho una furia, los pelos de punta. Una mesita clara frente al sofá tenía tres ceniceros encima. Todos contenían cenizas y colillas.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Quiero hacerle unas preguntas.

—Qué cómico. Lo mismo que quiere la policía de usted.

—¡Oiga! Yo no maté a su hermano. No vendría a este sitio si lo hubiera hecho.

—¿Y qué hacía en la pieza de él?

—Hace más o menos un mes acudí al banco de su hermano para pedir un préstamo. Después, salí de viaje. Volví hoy. En el correo había una nota del banco de su hermano. Decía que yo había trabajado allí. Fui al banco para ver qué pasaba. Hablé con su hermano. No me gustó su modo. Así es que hablé con su patrón. Esta tarde volví a hablar con su hermano. Me pidió que lo fuera a ver inmediatamente. Tenía algo urgente, dijo. Algo relacionado con la nota que yo había recibido. Así es que vine. Cuando lo encontré estaba muerto.

—¿Por qué le revisaba los bolsillos?

—Buscaba un cigarrillo. Siempre fumo cuando estoy nervioso.

—Pero se escapó de la policía.

—Es que tenía que huir. ¡Dios mío! ¡Mis impresiones digitales estaban por todas partes! Y mi foto en el escritorio de Dawson. ¿Sabe quién es Dawson?

—Fred y yo somos viejos amigos —encendió un cigarrillo—. Usted dijo que quería hacerme algunas preguntas. ¿Cuáles?

—En primer lugar, ¿por qué andaba usted con ese revólver?

—Me lo dio mi hermano.

—Pero usted sabía usarlo.

—Si hubiera sabido usarlo usted no andaría ahora tan fresco. El tiro se escapó, ¿recuerda?

—¿Y esa nota de su hermano diciendo que estaba en peligro?

—No la tengo.

—¿Cómo *no la tengo*?

—No. La perdí.

—Ah, claro, se la llevó el viento. Es que no había tal nota: eso es lo que quiere decir.

Pensé que se confundiría, pero se mantuvo fría como el hielo. Caminó hacia un mueble del costado, y me volvió la cara. No me importó, sin embargo, porque en realidad lo más expresivo eran sus nalgas. Sus contorsiones indolentes al caminar eran otro movimiento de su concierto en sexo. Oí que decía:

—Recién llegaba de un desfile de modas cuando hallé la nota de Bob. Soy modelo. Tomé el revólver y subí. Y ahí lo encontré a usted.

—Ya lo creo que eres modelo —dije—, vaya si lo creo...

Se acicaló un poco. Levantó las manos y echó el cabello hacia atrás. Respiró hondo y adelantó los pechos con orgullo.

—¿De veras...?

Giró sobre sus talones.

—¿Qué te parece si tomamos algo?

—Bueno, pero poco; no más de dos litros y medio.

Comenzó a preparar algo en la mesita del costado. En un minuto volvió con dos whiskys con hielo y soda. Nos hundimos en el sofá, que parecía salido de las mil y una noches.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Vance.

—Vance, soy una chica ingenua. Quizá crea tu historia.

La miré bien: era algo que valía la pena mirar bien. Necesité mucha fuerza de voluntad para decir:

—En cuanto a mí, soy desconfiado. Quisiera saber por qué apareciste ahí con el revólver.

—Por la nota de Bob.

—Sí, la nota que el viento se llevó.

Hizo un pucherito y comenzó a envolverme en su dedo meñique.

—No hablemos de eso. Estoy cansada de pensar...

Se acercó imperceptiblemente y apoyó su cabeza en mi hombro. Luego me rodeó con sus brazos y se derramó encima de mí. Gotas de transpiración

se me formaron en la frente; mi cerebro trataba de decirme que ella no hacía todo esto porque yo fuera irresistible para las mujeres.

De pronto me empujó, y salimos a la superficie para tomar aire.

—¿Tú no fuiste, verdad Vance? —susurró en mi oído.

Pequeña ninfomaniaca loca, pensé, ¿qué importa ahora si fui o no fui? ¿Y cómo podrá saberlo en este momento? La tomé de los hombros y sus pechos se comprimieron contra mí nuevamente, y me mordió los labios. Comenzó a retorcerse y de pronto se puso de pie y apagó todas las luces menos una tenue lamparita, en el otro extremo de la pieza.

—Un minuto —murmuró, y se disolvió en la oscuridad del dormitorio. Qué diablos, pensé mientras esperaba y daba vueltas a lo que quedaba en mi vaso. Entonces oí que corría el agua del inodoro. Me acerqué al dormitorio y escuché.

Aquel ruido servía para cubrir otro ruido: discaba un número en el teléfono. Pegué el oído contra la puerta: podía oírla susurrar.

—Deme con Homicidios —dijo. Luego—: Habla Laura Struthers. El hombre que mató a mi hermano está en mi departamento. Creo que podré retenerlo aquí, pero apúrense. Habitación 540, *Wellington Arms*.

Como para escribir un libro, pensé. Cleopatra y Dalila establecieron los récords de traición de la antigüedad, pero ni una ni otra pensaron en algo parecido para apuñalar por la espalda.

No esperé a que regresara Laura. Ya estaba a unas dos cuerdas de distancia cuando oí la primera sirena. Nuevamente me puse el vendaje sobre la cara e hice señas a un taxi para dirigirme a mi próximo puerto: el departamento de Dee Francis, mi agente.

No me reconoció al abrir la puerta, debido a las vendas. Luego exclamó:

—Vance, ¿qué te pasó?

Me las quité.

—Es sólo una tentativa de disfraz.

—Pero, ¿y la cicatriz? ¿Cómo fue?

—Me asaltaron en un callejón de Detroit. Cometí el error de tratar de pelear. El hombre que me atacó llevaba un cuchillo.

—¡Mi Dios! ¿Y qué hacías en un sitio así?

—Trataba de cumplir la misión del *Post*. Además fui un estúpido consciente. Ni siquiera traté de informar a la policía.

—Pero yo te vi trabajando en el Securities Exchange Bank hace unas semanas.

—No, no me viste. Viste a alguien que se me parece, pero que no era Vance.

—Entonces, ¿quién era?

Tomé una de sus muñecas de yeso y la puse en equilibrio sobre mi mano. La muñeca había sido hecha en un solo molde, de modo que las piernas y los brazos constituían una sola pieza con el cuerpo; ahora su pancita gorda asomaba grotescamente de atrás de mi mano, y sus ojos pintados, despreocupados, me miraban solemnemente. Dije:

—Puntualicemos, Dee. Ambos estamos pensando en una cosa: el *Wellington*. ¿Qué hacías ahí esa tarde? Cuando me gritaste en el *hall* no era simplemente para conversar.

Empalideció.

—Acababa de salir de la habitación de un hombre muerto.

Arrojé la muñeca al aire y la atajé con la palma de mi mano.

—Sí, ya sé. Struthers. ¿Lo mataste tú?

—¡Quieres dejar esa muñeca! —gritó, evidentemente irritada.

—¿Qué hay? ¿Es una reliquia?

—No, hay millares de muñecas así. Pero ésta es un regalo. No quisiera que se rompa.

—Bueno —dije—. Volvamos a Struthers. ¿Lo mataste?

—Por supuesto que no. Casi no lo conocía.

—Lo conocías lo suficiente como para mandarme a verlo cuando necesité un préstamo.

—No me gusta que lo digas así. ¿Con qué derecho haces estas acusaciones veladas?

—Con mucho derecho. Porque en este momento la policía cree que yo maté a Struthers.

—Bueno —dijo ella—, eso es interesante. Así que se dio vuelta la tortilla. ¿Y dónde entras tú en el cuadro?

—La hermana del muerto me halló junto al cadáver.

—¿Qué estabas haciendo?

—Struthers me iba a aclarar por qué en el banco alguien estaba usando mi nombre y mi número de seguro social. Por lo que tú dices, ese alguien debía parecerseme. Y ahora tú, Dee. ¿Por qué estabas tú en la pieza de Struthers?

—Fui a verlo para conseguir un préstamo.

—¿A su departamento? Vamos, Dee, estás hablando conmigo, con Vance Westfall, con el viejo Vance. No esperarás que te lo crea.

—Francamente, me importa poco si me crees o no. Y si se trata de quién cree a quién, yo no creo en tu historia tampoco.

—Bueno, pásémoslo por alto. Pero, ¿por qué corriste cuando viste el cadáver? Yo creía que la costumbre era llamar a la policía.

—Entonces tampoco tú seguiste la costumbre. No quiero tratos con la policía y no quiero que mis líos económicos sean noticia de primera página.

—¿Conoces a Dawson?

—Sí.

—Bueno, él es el que preparó el escenario para que parezca que he estado trabajando en el banco.

—Es ridículo.

—Pensé que quizá supieras algo sobre eso.

—Sí, ya me doy cuenta de que piensas eso. Pero no sé nada.

—Pero estuviste en el *Wellington* esta tarde. Y el ascensorista te recuerda.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Quiero encontrar la forma de que la policía deje de interesarse por mí.

—Si lo intentas, yo les diré unas cuantas cosas. Por ejemplo, que te vi trabajando en el Securities Exchange Bank hace un par de semanas.

—Tú sabes que en realidad no crees que la persona que viste fuera yo.

—No se trata de lo que yo crea, Vance. Se trata de que tengo que defenderme. No me puedo dar el lujo de verme envuelta en lo que sucedió hoy. Pero si insistes en meterme en el lío tendré que pagarte con la misma moneda.

Me di cuenta de que no ganaríamos nada peleándonos. Así que dije:

—Muy bien, Dee: quedamos en que fuiste a pedir dinero prestado. Supongo que la puerta estaba abierta y entraste. Viste a Struthers en el suelo. Entonces, ¿qué?

—Eché un vistazo y salí corriendo.

—¿La radio estaba encendida?

—Sí.

—¿Notaste algo distinto de lo que habías visto otras veces en su departamento?

Suspiró.

—Podríamos entendernos mucho mejor, Vance, si no me hicieras esas preguntas capciosas. No nací ayer. Nunca había estado en su departamento antes.

—¿No había nada que te pareciera una pista?

—No.

Anoté mentalmente que debía presionarla en esa dirección más tarde. No podía hacerlo ahora. Quería que me hiciera un favor. Le dije:

—¿Conoces al presidente del Securities Exchange Bank? ¿El tipo que financia espectáculos teatrales?

—Algo.

—Llámallo por teléfono.

—¿Para qué?

—Quiero que le digas que llame a los revisores de cuentas. Creo que se encontrará con un déficit en el banco.

—¿Te has vuelto loco, Vance? ¿Por qué voy a hacer semejante acusación? Te dije que no quiero líos.

—Ya estás en un lío, querida —fui al teléfono, busqué en la guía el número privado del director, y comencé a discar. Cuando atendió, dije—: Habla un amigo. Creo que falta algún dinero del banco.

—¿Quién habla? —preguntó.

Insistí:

—Si yo fuera usted, llamaría a los revisores de cuentas mañana a primera hora.

Esperaba que cortase la comunicación, pero comenzó a burlarse de mí.

—¿De dónde obtiene usted su información, señor? —preguntó.

—Es una historia larga.

—Quisiera anotar algo; espere que buscaré un lápiz y papel.

—Cómo no.

Luego de esperar un minuto, me di cuenta qué era lo que tramaba. El lápiz y el papel nunca están tan lejos del teléfono. Sin duda hablaba ahora por otra línea tratando de que localizaran mi llamada. Colgué el receptor y volví a Dee.

—Tratan de localizar la llamada —dije—. Me voy. Supongo que si tienes visitas me enteraré por los diarios.

Me dirigí en taxi a la Y. M. C. A. y subí a la habitación reservada para Henry Beaglohoff. Me acosté para pensar en todo el asunto, y cuando desperté eran las siete y media de la mañana. Me afeité y bajé a desayunarme.

El diario de la mañana, en la pila de periódicos, fue lo que me despabiló del todo, y aclaró también por qué el presidente del banco estaba tan ansioso por ubicar esa llamada. Mi cara ocupaba cuatro columnas de la primera página. Y no me buscaban solamente por homicidio. También me querían por haber robado un cuarto de millón de dólares.

OceanofPDF.com

IV

Los titulares decían:

ROBA LOS SUELDOS: SE BUSCA A UN EMPLEADO DE
BANCO, POSIBLE ASESINO. EL CRIMEN DEL HOTEL
RELACIONADO CON LA FALTA DE 250.000 DÓLARES.

Una modelo víctima de malos tratos.

La noticia comenzaba así:

“Un ex contador y empleado del Securities Exchange Bank, ahora desaparecido, fue señalado por la policía como autor del robo de dinero destinado a salarios de una fábrica militar, dinero que alcanza a 250.000 dólares, y que fue escamoteado bajo las narices de los guardias, ayer a la tarde. Asimismo se lo sindicó como asesino de otro empleado del banco, Robert R. Struthers, a quien se encontró muerto en el sexto piso del *Wellington Arms*, ayer por la noche.

”El empleado desaparecido, Vance Westfall, veterano de guerra, de treinta años de edad, planeó el robo con fría precisión de segundos. Ayer, a eso de las 15 horas, contaba el dinero a medida que lo introducía en una pequeña bolsa de lona bajo la mirada de los guardias de la Shelton Defense Plant. Cuando terminaba de llenar y cerrar la bolsa, sonó el teléfono. Aparentemente en ese momento cambió la bolsa por otra idéntica. Los guardias tomaron la bolsa falsa y con ella se encaminaron a la fábrica Shelton. Cuando llegaron a la fábrica

a las veinte horas, la bolsa fue abierta. El dinero que contenía era falso”.

En este punto, el relato del diario pasaba al asesinato de Struthers, realizado “por un hombre alto y rubio de cabello corto, con una cicatriz en su mejilla derecha”. La descripción había sido dada, según el artículo, por la hermana del muerto. “Más tarde el asesino irrumpió en la habitación de la hermana y trató de violarla”.

Estaba tratando de digerir esa joya cuando vi esto otro:

“En el ínterin, la policía encontró el arma homicida, una pesada pistola Luger, dentro de un tacho de basura de los fondos del hotel...

”La pericia de laboratorio ha demostrado que la bala que mató a Struthers fue disparada por esta arma. Los registros de la policía demuestran que una Luger con el mismo número de serie pertenecía a Vance Westfall. Las impresiones digitales tomadas en el departamento de la víctima, coinciden con las de Westfall cuando solicitó licencia para dicha pistola”.

No necesitaba ser adivino para comprender lo que había sucedido después. La policía obtuvo una de mis viejas fotos y Laura me identificó. Como decía el diario, no se dejó engañar por mi disfraz. La policía había revisado también el domicilio registrado en el archivo del banco, comprobando que era falso. Además, decía el diario, la encargada de esa casa había manifestado que un hombre que respondía a mis señas particulares y que dijo ser de una compañía de seguros, la había visitado durante ese día con el pretexto de buscar a Westfall para tratar una demanda por accidente.

Para peor, la policía había revisado mi propio departamento y había encontrado las paredes de la ducha mojadas, lo cual indicaba que había estado allí recientemente y que había salido con mucha prisa. La nota que dejara en mi puerta y que decía “Joe, volveré al mediodía” era, como mi disfraz y como el domicilio falso, otra indicación de mis premeditados esfuerzos por despistar a la policía.

Claro está, el diario hacía mucho hincapié en el hecho de que recientemente yo había escrito un artículo sobre la corrupción policial en Middleburg, y no me sorprendió leer que el capitán Ed Brocha, delegado del jefe y uno de los blancos principales de mi artículo, se encargaba personalmente del caso. Al final del artículo se informaba que el banco abriría sus puertas como de costumbre y que el dinero robado estaba asegurado por la Gibraltar Fidelity and Guaranty Company.

Luego venía mi foto. No pude menos que mirarla sentado allí, en la pequeña cafetería de la Y. M. C. A., mientras trataba de esconderme detrás de una pila de panqueques. Un dibujante la había retocado para que se ajustara a mi aspecto actual y el epígrafe me sacudió como una corriente de diez mil voltios: SE BUSCA A ESTE HOMBRE. ¿LO HA VISTO USTED?

Compartiendo los honores de la primera página conmigo estaba Laura Struthers, vestida con una malla y un tapado de piel.

Bueno, mi tarea era fácil. Todo cuanto debía hacer era: esconderme de los millares de detectives aficionados de la ciudad, encontrar a mi doble, resolver un asesinato y recobrar doscientos cincuenta mil dólares.

Terminé de comer y salí a la calle. Caminé dos cuadras y llamé a un taxi. Me senté en el asiento de atrás, sostuve el diario abierto frente a mi cara, y le dije al conductor:

—Demos unas vueltas.

—Sí, señor.

Al cabo de unos minutos, comenté:

—¡Mujeres, que se vayan al diablo!

El conductor tenía la cabeza como una calabaza vacía.

—¿Casado? —preguntó.

—Sí —dije.

—¿Suegra?

—No, volví borracho ayer a la noche. Una fiestita. Se enojó. La zarandeeé un poco.

—Hay que tratarlas con rigor.

—Me echó de casa. Dijo que llamaría a la policía. Dijo que iría a ver a un abogado hoy.

—Mejor para usted.

—No, es una buena chica. Una belleza.

—No hay que casarse nunca. Ese es mi consejo.

—No había otra solución. Usted me entiende, ¿no?

Rio.

—Es de esas, ¿eh?

—Una chica debe cuidarse. No tengo nada contra ella.

—¿Y por qué no vuelve a su casa y habla con ella antes de que llame al abogado?

—No puedo. Trabaja.

—¿Dónde?

—En un banco. Ese que asaltaron.

—¡No me diga! ¿Por qué no la pesca antes de que entre?

—No quiero hacer una escena en la calle. Es capaz de llamar a la policía. Ya lo hizo una vez. Y con seguridad que ese banco hoy es un hormiguero de policías.

—Parece que no hay remedio.

—Sí, así parece. Pero lo esperaba. Ya me había dicho que la próxima vez que volviera mareado, todo se terminaría.

Estuvimos callados. Luego agregué:

—Oiga, no lo quiero mezclar en mis líos, pero si le paso un par de dólares a lo mejor usted me ayuda.

—Seguro.

—Pensaba que si pudiera agarrarla justo cuando llega al trabajo y meterla en el taxi, y si diéramos luego unas vueltas y conversáramos un poco, a lo mejor podríamos ponernos de acuerdo...

—Seguro que podrían.

—A usted no le importaría, ¿no? Se va a defender como un gato salvaje. La conozco del derecho y del revés. Le pedirá que llame a la policía...

—Seré una tapia, compañero. Cierre la ventanita que me separa de todos ustedes, y no oigo nada.

—Es un gran favor que me hace.

—Olvídelo.

—Bueno, vamos al banco.

Fuimos hasta el banco y estacionamos en el espacio reservado para coches blindados.

—¿No tendrá un amiguito? A veces usan la excusa de la bebida...

—Que yo sepa, no. Le aseguro: si arreglo ésta, me reformo.

—Ella debería darle otra chance.

Miré por la ventanilla y vi a la rubia secretaria de Dawson acercándose desde la esquina. Traía puesto un impermeable verde claro y era realmente hermosa, aun yendo al trabajo.

—Ahí viene —dije.

El conductor silbó.

—Ya veo de qué me hablaba. Me gustaría un poquito para mí.

Abrí la puerta.

—Mejor que ponga el motor en marcha —bajé y le corté el paso—. Métase adentro —le ordené—. Y le di un empujón. Comenzó a clamar por la policía. Le guiñé al conductor. Me hizo una seña y partimos. Cerré la ventanita que nos separaba. Me volví hacia la rubia. La rodeé con mis brazos y traté de besarla. Comenzó a arañarme. Su vestido se levantó. Alcancé a ver carne blanca sobre el tope de las medias. Entonces aflojé un poco mi abrazo. Ella se zafó y me abofeteó. Podía ver al conductor por el espejito. Sonreía.

—De nada valdrán los gritos —le dije—. El conductor es amigo mío. Compañeros de colegio.

—¿Qué pretende usted?

—Salvarte la vida. Nena, estás metida en un lío. Alguien fue asesinado ayer por saber tan poco como lo que sabes tú. Lo más afortunado que te ha sucedido es que yo te haya raptado. Uno ya no sabe cuándo está de parabienes.

Estaba sentada en su rincón, erguida, arreglándose las ropas. Extrajo un espejito de su cartera y se arregló el cabello.

—Tú sabes quién soy, ¿no? —le dije.

—No podía evitarlo.

—Bueno, te contaré una breve historia. Había una vez un tipo llamado Vance Westfall que fue al Securities Exchange Bank a pedir trescientos dólares prestados porque pensaba estar fuera de la ciudad durante un mes

con el fin de escribir algo. No sólo iba a estar un mes fuera de la ciudad, sino fuera del contacto con cualquier conocido. Y había un tipo que había estado esperando una oportunidad como ésta. Había estado esperando la oportunidad perfecta de alzarse con un cuarto de millón de dólares. Su plan era el de conseguir que un cómplice asumiera la personalidad de Westfall y aceptase trabajo en el banco. Todo era perfecto porque Westfall había sido contador antes de la guerra y estaba calificado para trabajar en un banco. El plan era que el cómplice robaría el dinero de una fábrica y se esfumaría. La policía buscaría a Vance Westfall. Quizá Westfall podía probar que era inocente. No importaba. Si lo hacía, la policía debía comenzar a buscar a otro, un hombre invisible, sin cara ni nombre. O quizá el verdadero Vance Westfall no tendría oportunidad de probar su inocencia. Quizá los conspiradores lo envolverían en una frazada de cemento y ahí terminaría el caso. De todos modos, el plan fue puesto en marcha. Los conspiradores consiguieron fotos de Westfall. El cómplice, que era probablemente un buen actor, fue preparado para que se pareciese a Westfall. Todo se planeó hasta el más ínfimo detalle. Hasta usaron el número de seguro social de Westfall e imitaron su firma, pues tenían ambas cosas en la solicitud de préstamo. Pero se excedieron un poco en sus cuidados. No quisieron arriesgarse a que una carta del banco, por ejemplo, una nota de retención de fondos, fuera enviada al verdadero domicilio de Westfall y de ahí se la mandaran a él, estuviera donde estuviera. Así es que le pusieron un domicilio falso. Pero tampoco podían correr el riesgo de que una carta fuera devuelta al banco con el sello de *Domicilio desconocido*. Podría dar motivo de sospechas. Así es que tuvieron que alquilar una pieza en el falso domicilio. Luego todo lo que tenían que hacer era recostarse a esperar que regresara Westfall a la ciudad, porque si operaban antes, a él no le habría sido difícil ofrecer una coartada. Pero en cuanto él regresara, podrían robar el dinero y el doble podía desaparecer —la miré—. ¿Me oyes?

—Sí, le escucho.

—Todo fue perfectamente planeado, pero olvidaron una cosa. El factor suerte. Cuando la nota de retención fue enviada al domicilio falso, la encargada del edificio escribió en el sobre “No se encuentra”, en lugar de quedarse con él, porque nadie utilizaba esa pieza. Y el correo envió la carta

al verdadero Vance Westfall. Y el verdadero Vance Westfall llegó a la ciudad más o menos en ese momento. Vio la nota y fue al banco a preguntar de qué se trataba. Westfall llegó al banco y había tres personas ahí que tenían contacto con él. Uno era un hombre llamado Struthers, otro era un hombre llamado Dawson, y la tercera es una secretaria rubia que está tan sorprendida de verlo que da un grito de asombro. La razón es que ella ha visto una foto de Westfall sobre el escritorio de Dawson. La suerte entra en el cuadro una vez más, porque Westfall descubre la susodicha foto. Se la mete en el bolsillo al salir del banco. En esta historia, Dawson es el cerebro. Sabe que Westfall sospecha, y de todos modos, Westfall está de regreso en la ciudad, que es lo que faltaba para poner en marcha el plan. Así es que se da orden al cómplice de que el dinero se sustraiga de inmediato. Y así se hace.

Saqué mi pipa y la encendí. Entonces continué:

—Ahora sólo quedan unos cuantos hilos que atar para terminar el asunto. Struthers tiene que ser eliminado. No sólo porque él fue quien tomó la solicitud original de préstamo de manos de Westfall y podría respaldar el alegato de inocencia de éste, sino también porque Struthers habló con Westfall ayer a la tarde. Dawson sabía desde un principio que Struthers debía ser liquidado, así es que unas semanas antes había robado la pistola de Westfall de su departamento. Esa sería el arma asesina.

Me recliné en el rincón del taxi y la miré. Finalmente ella dijo:

—No lo creo.

—¡Mil diablos! —dije—. ¡Tienes que creerlo, porque si no lo crees terminarás con dos metros de tierra encima! Dawson tiene que liquidarte por el mismo motivo que liquidó a Struthers. Tú me viste entrar a hablar con él ayer a la tarde, y eres el tipo de testigo presencial que él no puede permitirse que aparezca. Y no puede arriesgarse a que hayas visto la foto sobre su escritorio, porque sabe que te andarás preguntando qué hacía mi foto en su mesa antes de que hubiera asesinato y antes de que hubiera robo. Porque sin duda viste la foto ahí, ¿no?

—Sí.

—Y es por eso que te sorprendió tanto verme ayer, ¿no?

—Sí. Lo pude reconocer de la foto, aunque no tenía bigote y su cabello estaba más corto.

—Nena, yo no aseguraría tu vida ni por cinco centavos.

Supongo que conté todo demasiado rápido, porque me sonrió escépticamente:

—Míster Westfall, su cuento es muy ingenioso, pero yo no creo una sola palabra de él.

—Bueno, no crees una sola palabra de él, está bien. Pero antes de repetírselo entero a Dawson o a la policía, fíjate si Dawson te pregunta o no por esa foto hoy a la mañana.

—Sería natural si me lo preguntara. Al fin y al cabo, ha desaparecido.

—Sí, pero no lo será tanto que te pregunte si sabes de quién es esa foto; y eso es lo que te preguntará, porque temerá que sepas demasiado.

—Veremos. ¿Por qué me dice todo esto?

—Tuve la loca idea de que eras demasiado joven para morir. Y necesito alguien que trabaje en el banco para que me ayude.

—Se equivocó de persona.

—Es una lástima. Para ambos.

—Dígale a ese gorila de su amigo que detenga el taxi.

—Te dejaré bajar. Quizá cuando Dawson comience a hablarte de la foto cambies de idea. Te esperaré a las ocho frente al Edificio de Comercio —golpeé en el vidrio y le hice señas al conductor de que parara—. ¿Cómo te llamas? —pregunté a la rubia.

—Misty. Misty Thompson.

—Bueno, Misty. Te espero a las ocho.

—Adiós, míster Westfall —dijo. Abrió la puerta y bajó a la calle.

Abrí la ventanilla de vidrio entre el conductor y yo, y le dije:

—Dé vuelta a la esquina.

—¿Qué tal le fue?

—Creo que está arreglado. Pero no sé. No le tengo confianza.

—Está para comérsela —comentó el conductor, pensativo.

—Sí —dije—. Llegamos a una luz de tránsito y al bajarme le di cinco dólares. Doblé la esquina y llamé a otro taxi, del cual me bajé a las cuatro

cuadras para tomar otro. Viajé diez cuadras, descendí, y seguí a pie. Llegué a una tienda, me dirigí al mostrador de cosméticos, y le dije a la empleada:

—Mi mujer me pidió que le comprara tintura. Quiere teñirse el cabello de rojo por un tiempo.

—¿Qué color de cabello tiene?

—Rubio.

Tomó un paquete del otro lado del mostrador y me lo alcanzó.

—Dígale que pruebe esto.

—Gracias —pagué y salí—. La venda me pesaba sobre la mejilla y el ojo. Sentí un vértigo en el estómago. Recordé que la había tenido puesta mientras hablaba con Misty. Si ya le había contado todo a la policía, a estas horas mi disfraz era conocido en todas las seccionales.

Vi una estación de ómnibus. Entré al baño y le puse llave a la puerta. Al salir, quince minutos después, era pelirrojo. Me dejé el vendaje puesto. Tenía que correr el riesgo. Era mejor que andar mostrando la cicatriz.

Mi billetera contenía todavía veinte dólares, pero eso sería todo lo que tendría en adelante, aunque planease ir a Sudamérica. A menos que me decidiera a hacer un cheque y firmarlo *Vance Westfall*.

Caminé con la cabeza gacha. Cada vez que alguien me miraba, se me subía el corazón a la boca. Tropecé con una señora que empujaba un cochecito de bebé, murmuré una disculpa y apreté el paso. Me di vuelta para ver qué hacía. Se había quedado mirándome. Comencé a correr. Detente, me grité a mí mismo. Seguí caminando.

Un borracho sin saco y de nariz bulbosa y sucios bigotes grises que brotaban de sus mejillas y hasta de su mentón, me acorraló y comenzó a limosnearme. El hedor a ropa sucia y a tabaco era abrumador.

—¿No tiene trabajo para mí, caballero?

—No —traté de separarme.

Se me colgó, siguiéndome.

—No le mendigo —dijo—. Quiero trabajar.

—No lo puedo ayudar.

—Caballero, ¿no me prestaría unas monedas?

—No. ¡Fuera!

Llegamos a la esquina y debimos esperar a que cambiasen las luces. La gente nos miraba. Me sudaban las palmas de las manos. Me temblaban las piernas. Un policía nos vio. Comenzó a acercarse. Me di vuelta y traté de regresar por donde había venido. El policía me gritó. Me detuve. Asió al borracho y me dijo:

—¿Este vago lo estaba molestando?

—No, no es nada.

—Será mejor que me lo lleve.

—No hizo nada.

—Treinta días a la sombra no le vendrá mal.

—Sí, bueno... Tengo una cita...; me voy.

Extrajo una libreta de anotaciones.

—No le llevará ni un minuto, señor. ¿Su nombre?

—George Johnson. Vivo en Toledo. Viajo para allá esta noche.

—¿En dónde se puede dar con usted, señor?

—En el *Colchester*.

—Gracias, señor.

Comencé a alejarme. Luego de un minuto junté coraje para volverme a mirar. El agente estaba junto al teléfono policial, llamando a la comisaría. El borracho estaba junto a él. Metí la mano en el bolsillo en busca de mi bolsita de tabaco.

Quedé helado.

Me faltaba la billetera. El borracho tenía ahora todo mi dinero y además toda mi identificación.

Corrí de nuevo hasta el policía, aún junto al teléfono. Señalé al borracho.

—Me ha robado mi billetera.

El borracho gruñó:

—No he robado nada.

El policía lo registró y extrajo una billetera. La mía, sin duda.

—¿Es suya? —me preguntó. Yo asentí.

—Míster Johnson, tendrá que reclamarla en la comisaría. Debo comunicar al sargento. Y usted tendrá que firmar un recibo.

—¡Pero, no puedo! ¡Tengo una cita de negocios! ¡Ya es tarde!

El borracho dijo:

—No es su billetera. Es la mía.

—Te callas —le dijo el agente.

—Deme la billetera —dije— y regresaré luego a firmar el recibo.

—Está prohibido por el reglamento, señor.

—¿Y si firmo el recibo ahora?

—Habrá que levantar un acta.

—Oiga —dije—, si tengo que esperar esta billetera pierdo la cita. Si pierdo la cita, pierdo un negocio de cuarenta mil dólares. Si pierdo eso, le aseguro que lo demando a usted, al intendente, y a toda esta maldita ciudad. *¡Deme esa billetera!*

Titubeó. Entonces el borracho insistió:

—No es suya.

—Veamos la identificación —dijo el agente.

Lo tomé del brazo.

—Mire. Tengo que llevar a esta gente a almorzar. Deme el dinero que hay ahí adentro y volveré luego a firmar el recibo.

Oí sirenas a pocas cuadras.

—Tendrá que esperar, míster Johnson, hasta que verifique la identidad.

—Muy bien —dije—, usted lo pidió. Demandaré a la ciudad. Se meterá usted en un lío tan tremendo que no le hará ninguna gracia. No puedo detenerme a discutir, tengo que correr, pero ya va a tener noticias mías.

Corrí.

Estaba a media cuadra cuando lo oí gritar. Ya sabía yo quién era. Esquivé varias caras asombradas. Me lancé a través de la calzada, escapándole por centímetros a un taxi que se clavó con gran chirrido de frenos y trompeteo de bocina. La vida tranquila me había echado a perder un poco. Mi respiración se agitaba y me dolía un costado. Entré en la sucursal de una gran tienda y bajé las escaleras hasta el subsuelo. *Caminando*, me grité a mí mismo.

Caminé por el pasillo central hasta el otro extremo del edificio. Me hallaba en el Departamento de Artículos de Sport para Caballeros. Comencé a subir las escaleras. Me detuve. Dos policías habían pasado frente a las escaleras, en el piso de arriba. Di media vuelta y volví al Departamento de

Artículos de Sport para Caballeros. Vi unos pantalones de ski sobre el mostrador, en mitad del pasillo. Tomé unos de la medida treinta y seis, y busqué un vendedor.

—Ando con mucha prisa —dije—, ¿dónde puedo probármelos?

—Por aquí, señor —dijo.

Me enseñó una pequeña cabina y cerré la puerta. Esperé cinco minutos y abrí la puerta. Los dos policías patrullaban el pasillo central. El vendedor estaba cerca.

—¿Cómo están, señor?

—Un poco ajustados. ¿No tendría un tamaño mayor? ¿Algo en azul? ¿Y unos zapatos de ski? No me gusta comprar pantalones sin probarme unos zapatos de ski. Porque he comprado antes pantalones que parecían justos, y luego uno compra los zapatos y entonces tiran demasiado. Calzo cuarenta y tres.

—Veremos, señor.

Volví a cerrar la puerta.

Revisé mis bolsillos para ver cuánto tenía en monedas. Lo conté dos veces, tratando de que aumentara. Tres dólares con ochenta centavos.

Cuando volví a abrir la puerta, la policía ya no estaba. Trepé las escaleras y salí a la calle. Unas mujeres miraban al azar unos maniqués en las vidrieras. Un negrito barría la vereda. Seis o siete hombres, junto al cordón, miraban trabajar a un equipo municipal que excavaba en el centro de la calle. Un ciego vendía lápices en la esquina.

¿De qué tenía miedo? Era un día como cualquier otro.

Doblé a la derecha, caminé unas cuadras, y llegué a un cine barato. Compré una entrada y me metí. Debía haber comprado una máscara de oxígeno, de paso. Era como estar en el vestuario de un gimnasio mal ventilado.

Me quedé allí sentado, tratando de encontrar la gran idea que me sacara de este laberinto, pero en lo único que podía pensar era en que la policía tenía ahora mi billetera y sabía que yo me había teñido el cabello.

A la hora de almorzar salí al vestíbulo y puse una moneda de cinco en una de las máquinas de golosinas que había allí. Luego volví a entrar al cine. Ver la película por segunda vez no fue tan horrible. Lo malo fue la

tercera vez. Pero finalmente el reloj junto a la pantalla indicó las seis y media; ya estaría oscuro afuera. Entré al baño de hombres para lavarme un poco la cara y vi un sombrero colgado en una percha junto a la puerta. No había nadie a la vista. La puerta de la cabina del inodoro decía *ocupado*. Me puse el sombrero. Había un saco bajo el sombrero. Me quité el mío y lo dejé en la percha. Me llevé el otro.

Encontré una farmacia y busqué en la guía el domicilio de Dawson. Esperé un ómnibus y bajé unas cuadas antes de su departamento. El portero me dio el número de su habitación. Subí en el ascensor y ya me acercaba a su cuarto cuando comenzó a abrirse su puerta. Me metí en un hueco de la pared. Segundos después, Laura Struthers pasaba frente a mí, del cuarto de Dawson hacia los ascensores. Oí el ruido del ascensor, y aguardé unos tres minutos antes de ir a la habitación de Dawson. Golpeé. Se abrió la puerta, y allí estaba él, con chaqueta de terciopelo negro y un whisky en la mano. Sonrió cordialmente.

—Adelante, míster Westfall.

Entré. Con razón necesitaba robar un cuarto de millón de dólares. La instalación de aquel departamento debía de haberle costado una fortuna. Las paredes estaban recubiertas de caoba. En el medio de la pieza había una pequeña pileta. El mobiliaje estaba tapizado en cuero rojo. La alfombra era tan acolchada que se podría haber nadado en ella.

—Lindo sitio —dije.

—Aquí puedo descansar al fin del día.

—¿Tiene un revólver en el bolsillo de eso que lleva puesto?

—Quizá.

—No sé cuál es su próxima jugada en nuestra partida de ajedrez, Dawson, pero ya la ha perdido. ¿Quiere saber por qué?

Sonrió.

—Prosiga.

—La foto que hallé en su escritorio... Un amigo mío con el equipo apropiado buscó en ella las impresiones digitales que podría haber. Y encontró las mías. Pero también las de algún otro. Estas últimas son las mismas que aparecen en la carta que, pidiendo referencias, usted le escribió

a mi antiguo patrón. De ese modo probaré que usted tenía mi foto sobre su mesa antes del crimen y del robo.

—Mi querido amigo, no lo negaría. ¿No recuerda acaso que usted mismo nos dio esa foto cuando vino a pedir trabajo?

Oí una sirena en la calle.

—Debe ser la policía —dijo Dawson—, miss Struthers lo vio a usted escondido en ese hueco cuando pasó, yendo al ascensor. Me telefoneó desde la planta baja y yo llamé a la policía. ¿Por qué no se tranquiliza y toma algo?

—Dawson —le dije—, usted no está tan loco como para entregarme, ¿no? Ha preparado un lindo enredo, pero habrá mucho que deberá explicar usted cuando le cuente mi historia a la policía. De todos modos, tengo una cita con otra persona esta noche, así es que deles mis saludos a los agentes, ¿quiere?

Eché a correr hacia la puerta, pero no llegué muy lejos. Una fea pistola automática había hecho su aparición en su mano.

—Usted tiene fama de escapar a la policía —dijo—. Es por eso que recibirá un balazo al tratar de huir —miró su reloj—. Dentro de unos dos minutos.

Callamos. Podía ver el dedo de Dawson en el gatillo, tenso y blanco. Sonreía, pero sus ojos, detrás de sus anteojos de marco negro, eran duros como balas.

—Dawson, usted olvidó una cosa —observé.

—Queda un minuto —dijo.

—Olvidó lo que al final de cuentas lo liquidará, Dawson. Sus impresiones digitales están en la cómoda de mi dormitorio. Ahí quedaron cuando fue a buscar mi revólver. Son mejores aún las que usted dejó en mi valija, cuando la abrió para sacar la peluca. Y tenemos fotos de ellas, mi amigo y yo. Llegarán hasta la policía con una declaración jurada acerca del sitio en que las halló, si no recibe noticias mías dentro de cuarenta y cinco minutos.

Respiré hondo.

—¿Usted creía que sería tan tonto venir hasta aquí sin alguna clase de protección? —comencé a caminar—. Saldré por esta puerta, Dawson.

Esos tres metros hasta la puerta me parecieron mil millas. Mis piernas estaban por ceder.

Extendí una mano y toqué el picaporte. Abrí la puerta. Salí. Oí voces que venían del ascensor; rápidamente me metí en el hueco y vi pasar a Ed Brocha seguido de tres agentes.

OceanofPDF.com

V

Bajé hasta la calle por la escalera de incendio.

Luego me encaminé hacia el Edificio de Comercio para cumplir con mi cita con la secretaria de Dawson —si es que ella aparecía—. Me estacioné en un zaguán a una media cuadra del Edificio de Comercio, en la acera de enfrente. No se veía a nadie. Si ella había avisado a la policía y me esperaban, por cierto que estaban bien escondidos.

Unos minutos después de las ocho, oí un taconeo femenino en la otra acera. Misty. Sola. Llegó a la entrada del Edificio de Comercio, miró su reloj, y comenzó a pasearse de un lado al otro. Me quedé donde estaba.

Pasaron veinticinco minutos.

Un agente de facción pasó junto a ella y la miró, sospechoso. Eso la decidió. Comenzó a caminar de regreso en la dirección de la que había venido. La dejé adelantarse una cuadra; nadie la seguía, nadie salía de ningún escondite. Entonces fui tras ella, lentamente, de mi lado de la calle.

Entró en una farmacia. A través de la ventana vi que telefoneaba. Cuando salió crucé la calle para cortarle el paso y la tomé del brazo antes de que me viera.

—¿A quién llamabas, Misty? ¿A la policía?

Sus ojos llamearon.

—No confías en nadie.

—No. ¿A quién llamabas?

—Llamaba al tipo que planté para poder venir aquí esta noche.

—Bueno, bueno, perdóname. Tenía que esperar a que te fueras, para saber que no me estaba metiendo en una trampa.

Miré a mi alrededor. Estábamos demasiado al descubierto. La tomé del brazo y la llevé por una calle lateral.

—¿Qué hubo hoy? ¿Preguntó Dawson por la foto?

Asintió, y por primera vez pude ver lo tensa que estaba su cara bajo el maquillaje.

—Quería saber si alguna vez había visto la foto que ayer estaba sobre su mesa. Le dije que sí. Luego, bromeando, preguntó si sabía de quién era la foto.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que me parecía que era la persona que había estado ayer a la tarde.

—¿Le dijiste eso?

—Lo siento. Supongo que entonces todavía no te creía.

—¿Pero ahora?

Me miró, y sus ojos denotaban miedo.

—Aquí estoy, ¿no es cierto?

—Sí. Me gustaría saber para qué. No habrás hablado con Ed Brocha, ¿no?

—¿Quién?

—Nadie...

Se detuvo.

—Mira —dijo—, creí que habías pedido que viniera. Debo haber entendido mal. Quizá sea mejor que me vaya.

—Seguramente.

Pero no se movió. La miré y vi que sus labios temblaban. Mi Dios, pensé, en cinco segundos estará llorando.

Le dije:

—No quiero que te vayas, Misty, y no te conviene irte. Es simple como el abecé. Te necesito porque estás dentro del banco y me necesitas porque soy la única persona que trata de desenmascarar a Dawson. Y mientras Dawson esté en circulación, tú corres el peligro de terminar como Struthers. Entendido, ¿no?

—Sí.

—¿Me ayudarás?

—Sí —consiguió sonreír—. ¿Qué debo hacer?

—¿Vives sola?

—Sí, tengo un departamento.

—¿Tienes algo de comer allí arriba?

—Sí.

Pensé en el caramelo que había sido mi almuerzo.

—¿Por qué no me llevas y me das de comer?

Asintió.

—Será mejor que tomemos un taxi.

—No podemos. Alguien me robó la billetera —palpé automáticamente el bolsillo—. Había algo. Metí la mano y saqué una billetera. Me eché a reír.

—¿Qué pasa? —dijo.

—¡La billetera! Hace un rato robé el saco de un tipo. Debo haberle robado la billetera también —miré adentro. Habría unos sesenta dólares—. ¿Quieres ser cómplice de un delito? —dije.

—Seguro.

—Bueno, tomemos un taxi.

Esta vez fue distinto que a la mañana. Ahora me acompañaba el tibio aroma perfumado de su presencia.

—Cuéntame qué pasó en el banco hoy —dije.

—Hubo policía entrando y saliendo todo el día. Y gente de la compañía arrendataria. Mister Dawson se fue temprano.

—¿Hizo algo raro?

—Al menos yo no vi nada.

—Estuve con él esta noche. Trató de matarme.

Pude oír su respiración profunda, temblorosa.

—¿Conoces a Laura Struthers? —pregunté.

—Sí —susurró.

—Está con él. Salía de su cuarto cuando yo llegaba. Tiene que haber un motivo importante para que Dawson se complique en un crimen y en un robo. Y el motivo muy bien puede ser una mujer.

—¿Te parece tan bonita?

—No diría bonita.

—¿Y la viste salir de su departamento?

—Sí, y supongo que ella me vio esconderme en el pasillo. Es una buena actriz. Pasó junto a mí sin alterarse, bajó y le avisó a Dawson. Él me

esperaba con un revólver. Y le dije que sus impresiones digitales estaban en mi departamento. Le dije que un amigo mío estaba listo para mandar una foto de las impresiones digitales a la policía si yo no aparecía. Me dejó ir.

—Pero, ¿por qué lo hizo? Si te dejaba ir, podía imaginar que tú mismo las mandarías.

—Sí, pero necesitaba tiempo para darse cuenta de eso. La policía ya estaba en el edificio cuando le dije lo de las impresiones.

—¿Qué harás con las impresiones? ¿Las mandarás a la policía?

—No hay tales impresiones, Misty.

—¿Lo engañaste?

—Sí.

Miró hacia afuera un rato antes de decir:

—¿Qué debo hacer en el banco?

—¿Hay alguna manera de escuchar las conversaciones telefónicas con Dawson, desde tu escritorio?

—Sí.

—Muy bien. Quiero que mañana interceptes todas sus llamadas. Quizá entre en contacto con mi doble. Si lo ubicamos, podremos abrirnos paso en esta maraña. Revísale el escritorio cuando salga a almorzar. Quizá encuentres una llave de su departamento. Me gustaría revisarlo.

—¿Y tú qué estarás haciendo?

—No sé. Hay un punto, en alguna parte, que he pasado por alto. Quiero encontrarlo. ¿Qué es lo que Struthers descubrió ayer por la tarde como para que quisiera hablarme? ¿Cómo hicieron para que mi doble se pareciera a mí? Debía tener un maquillador profesional. Quizá tenga que llamar a todos los maquilladores de la guía telefónica. No sé. No puedo pensar más. ¿Falta mucho para llegar?

—Una cuadra.

—Desde aquí caminaremos.

La calle estaba desierta. Misty me dijo el número de su departamento y la mandé adelante. Cuando llegué, unos minutos después, ya estaba trabajando en la cocina. Me senté en un banquito junto a ella y la miré. Al mirarla, pensé en la brillante carrera que podía hacer, con esa exuberante cabellera rubia y aquellos sensuales labios carnosos.

Su voz me sobresaltó.

—Te has teñido el pelo —asentí, y ella agregó—: Me gusta.

Unos minutos más y ya ponía delante de mí un plato de huevos con tocino.

—¿Te sientes mejor? —preguntó al rato.

Asentí.

—Vance —dijo—, esa cicatriz en tu mejilla derecha..., ¿cómo fue?

Me la palpé con la mano. Entonces me di cuenta.

Salté de la silla.

—¡Caracoles! —dije—. ¡La cicatriz! ¡Esa es mi coartada!

Creyó que me había vuelto loco.

—Misty —grité—, la cicatriz prueba que no estaba trabajando en el banco. Porque mi doble no tenía cicatriz. No la podía tener porque cuando me fui de Middleburg yo mismo no la tenía. Pero ahora sí la tengo. Y cualquier médico puede probar que hace más de una semana que la tengo. Eso significa que no era yo la persona que trabajó en el banco esta última semana.

Pero Misty meneó la cabeza.

—No sirve, Vance. Cualquier mujer te lo puede explicar. Ven conmigo —y se dirigió al dormitorio.

La seguí a una habitación pequeña, con cortinas baratas de cretona, y cuadrillos sin importancia en las paredes. Se sentó en un taburete y tomó un frasco.

—Siéntate aquí —dijo—. Te maquillaré.

Comenzó a aplicarme crema, y en un par de minutos dijo:

—Mírate en el espejo.

Miré. La cicatriz casi no se veía.

—No es un trabajito muy profesional —dijo—. Alguien con el equipo apropiado podría hacerla desaparecer del todo. Pero te puedes dar cuenta de lo que significa.

—Sí. Podría haber sido yo el del banco, con o sin cicatriz. En el banco, la escondo con maquillaje. Luego, si me pescan después del robo, digo que no fui yo porque el hombre que se llevó el dinero no tenía una cicatriz.

Asintió.

—Lo siento, Vance.

De pronto pareció darse cuenta de nuestra proximidad en el taburete. Se sonrojó y se puso de pie.

—Te puedes quitar eso en el baño —dijo.

—Me lo dejaré. La policía busca a un hombre con una cicatriz en su mejilla derecha. Son pequeñas ventajitas —me puse de pie—. Gracias por la comida, Misty. Nos pondremos en contacto mañana.

Meneé la cabeza.

—Yo daré contigo.

Suspiró.

—Todavía no confías en nadie.

—No, no del todo.

—Debe ser una vida solitaria.

—Sobrevivo, lo cual es el noventa por ciento de la batalla. ¡Qué diablos! ¿Cómo hago para saber que en realidad no estás al servicio de Dawson?

—Así es —dijo amargamente—. Soy su secretaria. Podrías tener razón. ¿Por qué no te vas y no vuelves a ponerte en contacto conmigo mañana, ni nunca?

Creo que el haberla tocado fue el motivo. De pronto estaba junto a mí, hecha toda emoción y mujer, sollozando silenciosamente en mi hombro. La apreté fuerte contra mí y hundí mi cabeza en ese cabello hermoso.

—Misty, Misty —dije suavemente.

Me miró y susurró:

—Vance, tengo miedo. Estoy asustada.

Le quité un mechón de sus ojos y nuestros labios se juntaron. Ese primer contacto fue un vino salvaje, un vino dulce. Sus manos se aferraron a mi espalda, y navegamos la loca corriente de nuestras emociones. Había en mí un incontrolable deseo físico que me tentó a rasgarle el fino vestido que llevaba puesto para que la total perfección de su cuerpo apareciera desnudo ante mí.

Luego, no sé cómo, nos controlamos y quedamos de pie, un poco separados, embarazados e incómodos y conscientes de lo que en realidad éramos: extraños. Quise disculparme, pero no había palabras, por lo menos

en el lenguaje que habíamos estado usando. Se dio vuelta para arreglarse el vestido y aún este gesto casual era rico en matices íntimos. Finalmente dijo:

—Fue culpa mía, Vance.

—No sentí ningún dolor —dije.

—No me dejes sola esta noche, Vance. Tengo unas frazadas de más. Puedes hacerte una cama en el sofá.

Yo era demasiado consciente de su preocupado pudor, luego de nuestros abrazos involuntarios, como para ver en ello cualquier otro tipo de invitación; así es que, diez minutos después yacía sobre el sofá en la oscuridad, mirando cómo las luces de la calle jugaban en el techo, y escuchando la lenta respiración de Misty que llegaba por la puerta entreabierta de su dormitorio.

OceanofPDF.com

VI

Nos conocimos mejor a la mañana siguiente, frente a una taza de café. Me enteré de que Misty tenía veinticinco años de edad, había venido de Des Moines, y era huérfana desde los dieciséis.

Las huérfanas, aun las huérfanas bonitas como Misty, deben aprender desde pequeñas a cuidar de sí mismas; Misty había pasado por experiencias que le habían enseñado amargas lecciones. Había habido hombres (siempre los hay), y Misty había recibido la instrucción primaria sobre las verdades de esta vida mediante los oficios del decrepito y paternal supervisor del orfanato a donde la mandaron al morir sus padres. Lo que me gustó de su relato fue el modo que tenía ella de hacerlo sin subrayar la sordidez. No pedía que se le tuviera lástima y, lo que era mejor aún, yo sabía que tampoco trataba de ofrecer excusas.

Cuando salió para la oficina, mi imaginación comenzó a construir castillos sobre la efímera y dubitativa sonrisa que me ofreció, transformándola en la media promesa de algo que aún podía suceder entre nosotros.

Después pensé: No, no te pasa nada malo, Westfall, salvo que te gustaría enamorarte de ella. Y enamorarte en este momento podría ser la última hazaña de tu vida, especialmente tratándose de una dama que puede estar tan metida en este lío como el propio Dawson. Pues, ¿qué otra cosa sabes de ella, excepto que viene de Des Moines y que te ofreció un sitio donde dormir? Entonces, otra voz dentro de mí, quizá mi conciencia, dijo: ¿Qué te pasa Westfall, ya no confías en *nadie*?

No había mucho que elegir, empero, en lo que se refiere a pasar la mañana en su departamento, porque en la calle cada policía debía tenerme primero en su lista. Alrededor de la una pensé que ya había esperado bastante y telefoneé a Misty.

—¿Alguna novedad? —pregunté.

—Sí —contestó—. Dawson recibió un llamado que puede haber sido de tu doble.

—¿Y qué pasó?

—El hombre que telefoneó dijo que estaba en otro sitio. No dio su nombre pero dijo que debía ver a Dawson inmediatamente. Algo había pasado.

—¿Dio las señas del nuevo sitio?

—Forest Road 7820.

—Eso es en las afueras.

—Quizá tenga el dinero ahí.

—¿Ya se fue Dawson?

—No, todavía está aquí. ¿Qué harás?

—Iré a Forest Road.

—¿No habría que llamar a la policía?

—Primero las pruebas, nena.

—Ten cuidado, Vance. —Hubo una pausa embarazosa y luego agregó, con voz queda y pequeña—: No quisiera perderte *ahora*.

—Me cuidaré. Si a las ocho no tienes noticias mías, llama a la policía.

Corté. Traté de pensar un modo de obligar a Dawson a permanecer en su oficina mientras yo me dirigía a Forest Road. Minutos después levanté nuevamente el auricular y llamé al Securities Exchange Bank. Cuando me contestaron, puse un pañuelo sobre el micrófono y pedí hablar con Dawson. Al rato oí que decía:

—Dawson habla.

—Míster Dawson, habla Paul Storm de la Gibraltar Fidelity. Hay algo de que quisiéramos conversar ahora mismo. ¿Se quedará en su oficina algo más?

—No, tengo que atender un negocio afuera —dijo—. Podría verlos mañana.

—No, no. Tiene que ser hoy.

—¿No podemos discutirlo por teléfono?

—Sí, pero no todo.

—¿De qué se trata?

—Hemos recibido una carta de Vance Westfall.

—¡Westfall! ¿Qué dice la carta?

—¿Qué le parece que dirá? —le respondí, cortante.

Se puso belicoso:

—Vea, míster Storm, soy un hombre ocupado. No puedo estarme aquí sentado aguantando su interrogatorio todo el día.

—No hago más que cumplir con mi deber, Míster Dawson. Sucede que Westfall quiere entregarse y declarar ante la corte. Pero dice que usted está complicado con él y que usted tiene el dinero.

—¿Cómo? ¡Es inaudito! Si usted pretende acusarme de algo, puede tener la seguridad de que lo demandaré por calumnia y lo dejaré en la calle.

—No, no, un minuto, míster Dawson. Yo no he dicho que creyésemos a Westfall. Todo lo que dije es que queríamos hablar con usted.

—Muy bien. ¿Cuánto van a tardar?

—Espero un llamado de larga distancia, de un momento a otro. Y en seguida voy para allá.

—Muy bien.

Colgué. Luego disqué el número de la Gibraltar Fidelity and Guaranty Company y pedí con el Departamento de Investigaciones. Me contestó una voz de hombre; le dije:

—Habla Dawson, del Securities Exchange. Acaba de suceder algo que tiene que ver con el robo —bajé la voz—. Pero no puedo hablar por teléfono. ¿Podrían mandar un hombre para aquí?

—De inmediato, señor —dijo la voz.

—Mejor que lo demore unos tres cuartos de hora —sugerí—. Estaré en reunión hasta entonces.

—Sí, señor.

—¿Podría decirme el nombre de la persona que enviarán, así le digo a mi secretaria que lo espere?

—Irá Fisk, míster Dawson. Ha trabajado en este asunto. Creo que usted lo conoce.

—Ah, sí. Lo espero. Dentro de cuarenta y cinco minutos. Adiós.

Volví a llamar al banco y hablé con Dawson. Puse el pañuelo sobre el micrófono y dije:

—Storm habla, de la Gibraltar, míster Dawson. Siento molestarlo de nuevo pero esta llamada parece que va a demorar. Irá Fisk en lugar mío. Usted lo conoce, creo.

Dawson gruñó. Yo dije:

—Gracias, señor —y colgué.

Me puse el saco y el sombrero y bajé las escaleras. No bien estuve a un par de cuadras del departamento de Misty hice señas a un taxi y di al conductor la dirección en Forest Road. Nos llevó una media hora llegar hasta ahí. Se trataba de una desvencijada estructura de tres pisos, de madera, alejada de la calle tras una barrera de olmos centenarios. Las ventanas estaban tapiadas y unas enredaderas silvestres habían crecido sobre las paredes. El conductor dijo:

—¿Seguro que este es el sitio que busca?

—Sí, seguro.

—¿Quiere que espere?

—No.

—Son cinco dólares.

—No está mal por media hora de trabajo...

—No es tanto. Pago siete dólares por el taxi por un turno de doce horas. Pago la nafta y el aceite. Pago dos dólares por día al fondo común de previsión. Tengo mujer y dos chicos. No me estoy haciendo rico.

—Es bravo vivir... —comenté.

—Sí —dijo meditativo—. ¿A qué viene a este desierto?

—Vengo a buscar al tipo que robó el dinero del banco anteayer.

—Esa sí que fue una redada —se rio—. Por un minuto creí que iba a encontrarse con algún duende.

—Ajá. Bueno, aquí están sus cinco dólares. Que le vaya bien.

Se fue y caminé por el sendero de piedras hacia la dilapidada casa. Trepé los podridos escalones hasta el porche y traté de espiar adentro por una ranura entre los tablones. Giré el picaporte de la puerta principal. Empujé lentamente. La puerta chirrió y se abrió.

Entré al hall oscuro. La luz se filtraba por una grieta en una puerta de la izquierda. Desde detrás de la puerta una voz dijo:

—¿Eres tú, Dawson?

—Sí —dije.

Se abrió la puerta y apareció un hombre más o menos como yo, revólver en mano. Un hombre más o menos como yo, pensé. ¡Dios mío! ¡No! ¡Era prácticamente idéntico! Un toque de maquillaje y la gente no podía notar ninguna diferencia.

—No sabe imitar la voz de Dawson muy bien —dijo, sonriendo.

—Si cualquier otro me lo hubiera dicho —contesté— me enojaría. Pero de un tipo como tú, un experto en imitaciones, lo tomo como un consejo de maestro.

—Adentro —dijo. Hizo un ademán con el revólver. Entré a la pieza que estaba detrás de él. Había dos sillas destartadas en el centro. Del cielo raso colgaban telarañas. Una lamparita cubierta de polvo proyectaba débil brillo amarillo sobre las paredes alabeadas y podridas. No me gustó la sonrisa de mi amigo. Parecía un incendiario viendo hacerse humo un depósito.

—¿Qué te parece la buena vida? —dije.

—¿Eh?

—Nunca habías robado un cuarto de millón antes, ¿no?

—Idiota.

—Sí, yo soy idiota. Pero, ¿sabes qué eres tú? Un bobo. Un pobre bobo.

Eso le picó. Me dio un empujón. Caí al suelo. Mi cabeza golpeó contra una pared.

—¡Un bobo! —repetí.

—¡Cállate!

—Dawson te va a traicionar. Quiere el dinero para él.

—¿Qué quieres decir?

—¡No pensarás que va a repartir el botín contigo! ¡No pensarás que se va a dar el lujo de que andes por ahí suelto, siendo tú el único tipo que sabe que no fui yo quien se alzó con el dinero! ¿Qué pasaría si te emborracharas en un bar dentro de un año y hablaras demasiado? ¿Y si trataras de extorsionarlo? Eres el próximo de la lista, ¡bobo! El próximo..., después de mí.

—Me parece que no tienes ganas de vivir mucho.

—¿Hay teléfono por aquí? —pregunté.

—Sí.

—Muy bien. Te probaré que Dawson se está pasando de vivo. Llama tú mismo a la Gibraltar Fidelity y pregunta si míster Fisk salió ya para ver a Dawson. Dawson llamó a la Gibraltar hace una hora. ¿Y sabes por qué? Porque te va a delatar.

—¿Cómo lo sabes?

—No eres el único que tiene amigos en el banco.

—¡Arriba! —ordenó.

Me puse de rodillas. Apoyé una mano en la pared y me puse de pie. Me empujó hacia la puerta.

—A la izquierda —dijo. Encendió una luz en el pasillo. En el extremo había un teléfono. Me obligó a pararme a unos dos metros del teléfono mientras él discaba. Pidió con Información y obtuvo el número de la Gibraltar. Alcancé a oír el teléfono que llamaba en el otro extremo de la línea. Una voz femenina contestó. Mi amigo dijo:

—Llamo de parte de míster Dawson, del Securities Exchange Bank. ¿Me podría decir si ya salió Mr. Fisk?

Hubo una pausa. Luego, mi amigo:

—¿Seguro que salió para ver a míster Dawson? ¿No iba a otro sitio?

Otra pausa. Mi amigo colgó. Su cara denotaba asombro.

—¿Ves? —dije—. Eres el próximo de la lista —hice una pausa—. ¿Dónde está el dinero? Será mejor que busques el dinero. ¡Rápido!

Entonces estalló.

—¡La culpa es de esa amiga que tiene!

—¿Qué amiga? —pregunté.

Se rio en mi cara.

—Creí que lo sabías todo, viejo.

—Sé sólo una cosa. Sé que te tienen bien agarrado.

—No me delatarán —dijo—. Contaría todo a la policía.

—Lo malo contigo —comenté—, es que no tienes imaginación. Te delatarán, pero la policía nunca te encontrará. Porque estarás muerto, hermano, al borde del camino —su cara, con aquella sonrisa que recordaba a una máscara, se acercó a la mía. Me reí sin alegría—. ¡Cómo te han jugado sucio!

Se me vino encima. El cañón de su revólver subió y me pegó en el mentón. Su mano libre venía detrás. Me llevé la mano a la boca y la retiré ensangrentada.

Volvió a golpearme. Esta vez el revólver pegó en el costado de mi cabeza. Lo oí gritar a un millón de millas de distancia. Caí. Me levantó como a una bolsa de papas. Su puño me dio en plena cara. Me sentí en un tobogán que me llevaba locamente hacia un pozo sin fondo. Un par de eones más tarde cesó el torbellino y yo moría, linda y fácilmente. Me hundía en una pileta llena de barro negro. Cada vez que intentaba salir, el barro subía un poco más. Un ejército de pigmeos hacía maniobras en mi espina dorsal. Traté de levantar las manos pero no podía moverlas.

Estaban atadas, sin duda, porque ya no estaba en la pileta de barro. Yacía en el suelo húmedo de una de las habitaciones de Forest Road 7820. Traté de abrir los ojos y pareció como si alguien hubiera atado pesas de cien kilos a mis párpados. Una orquesta de martillos comenzó a ejecutar en mi cráneo una fuga sobre el tema de una alarma contra robos. Mi garganta estaba seca como una tormenta de tierra en el desierto.

Rodé sobre un costado y me arrodillé. Me arrastré hasta la puerta que se veía en la semioscuridad, y me retorcí tratando de bajar el picaporte con las manos, que estaban atadas en la espalda. La puerta tenía llave.

Todo parecía indicar que mi amigo el del revólver esperaría a Dawson antes de meterme en un baúl y mandarme contra reembolso a Forest Lawn. Lo cual me hizo calcular cuántos minutos de tiempo prestado me quedaban.

Me contorsioné hasta que pude meter las manos en un bolsillo de mi pantalón. Me costó trabajo, pero valía la pena, porque el Risueño me había dejado el encendedor. Lo extraje y lo puse en el suelo, a mis espaldas. Tuve que probar cinco veces antes que encendiera. Y pasaron cinco minutos antes de que se quemara la soga que me ataba las manos.

Recogí el encendedor y pasé revista a la habitación. Había una vieja lámpara de pie en un rincón, junto a la lámpara una mesita de tres patas. Todo lo que necesitaba era fabricarme un revólver con esas patas, y mi problema quedaba resuelto.

Probé la lámpara. Encendió. La desenchufé. Arrimé el encendedor al sitio donde el cordón entraba al pie de la lámpara. Cuando se quemó casi

del todo, torcí varias veces el alambre hasta que se rompió. Conseguí así dos metros y medio de cordón. Lo corté por la mitad. Tomé una mitad y pelé unos quince centímetros de un extremo. Arrollé ese trozo en el picaporte. Pelé unos treinta centímetros del otro trozo del cordón y lo coloqué en el piso, junto a la puerta. Me paré sobre la mesa y destornillé la lamparita del techo. Encontré un trozo de papel en el bolsillo y lo encendí. Entonces lo pasé por debajo de la puerta, y me senté junto al enchufe de la pared.

Y me puse a gritar:

—¡Fuego! ¡Socorro! ¡Se incendia...! —y comencé a patear en el suelo.

Se oyeron pisadas en las escaleras. Pude oír a mi amigo, del otro lado de la puerta, poniendo una llave en la cerradura. Lo oí oprimir el botón que debía encender la luz. Esperé a que abriera la puerta y que tuviera un pie dentro de la habitación. Entonces encajé el tomacorriente en el enchufe.

Pegó un grito como de águila herida.

Habría atravesado el cielo raso si no hubiera sido porque su mano estaba pegada al picaporte. Habría sido un placer verlo aguantar los ciento diez voltios. Respiré hondo y olí carne quemada. Comenzaba a cocinarse.

Finalmente le cedieron las piernas.

Esperé un minuto más antes de desenchufar. Se desplomó. Revisé sus bolsillos y hallé su billetera. El registro de conductor decía *Harold Watson*. Daba un domicilio en los suburbios. Me guardé la billetera y revisé los otros bolsillos. En uno de ellos encontré lo que debía ser el trozo derecho de un talón de depósito de equipajes. Lo examiné cuidadosamente.

No sin cierto trabajo pude leer:

6459
por día
sponsables
os. Todo
mado dentro
será
gastos.

Me quité el zapato y guardé el talón dentro de la media. Luego volví a ponerme el zapato y salí.

Al llegar a las escaleras, comenzó la reacción. El estómago empezó a subírseme a la boca. Las manos me temblaban tanto que a duras penas podía sostenerme de la baranda. No sé cómo llegué a la planta baja. Fui al teléfono del pasillo y llamé a la policía.

—Será necesario que se den un paseíto por Forest Road 7820 —dije—. Puede que haya un cliente para la heladera. Tercer piso. La puerta está abierta.

Colgué y me arrastré hasta afuera. El aire fresco me pegó como una ducha fría. Respiré hondo varias veces, y luego caminé hacia la calle. Me paré en mitad del camino con las piernas abiertas y agité las manos cuando apareció el primer coche que iba hacia la ciudad.

Chirriaron los frenos y se detuvo. Corrí hasta la portezuela opuesta a la del conductor, abrí y cerré rápidamente la billetera de Watson frente a la cara asustada del conductor, gritando:

—¡Policía! ¡Siga al coche verde que va adelante! ¡Rápido, amigo! —de un salto me senté a su lado.

El conductor era un hombre calvo de traje azul arrugado. Comenzó a manipular nerviosamente los cambios.

—No tiene nada que temer —le dije—, no habrá tiroteo. No tienen armas.

—¿Q... qué pasó? —tartamudeó.

—¿Qué le parece? —le dije impacientemente—. Me zurraron.

—¿Q... quiénes?

—La banda del Este. Del círculo de la marihuana. Los vinieron a buscar, si no, no se habrían metido a apalear a un policía.

Estuvimos callados un rato. Lo pesqué mirándome de reojo. Me observé en el espejito. El espectáculo era hermoso: dos colinas, de color violáceo, en cada ojo y en cada mejilla, comenzaban a hincharse fabulosamente. La sangre de la nariz se había coagulado sobre mi labio superior, y un tajo de tres centímetros en el mentón, dejaría seguramente otra cicatriz en mi colección.

—Ustedes sí que se ganan el sueldo —comentó el conductor pensativamente.

—Sí. La gente en general se olvida de que existimos. Pero un día les roban el coche o lo que sea, y entonces se dan cuenta de lo que significa tenernos a nosotros —bajé la ventanilla y escupí. Volví a subirla—. Apoyando a la fuerza policial se apoya a la comunidad.

—Así es —asintió mi compañero.

—Tengo cinco entradas para el Baile de la Policía —dije—. Quizá usted quiera quitármelas de encima.

—No, ya tengo —contestó.

—No tiene por qué usarlas usted mismo. Se las puede pasar a un amigo. Tosió, incómodo.

—Me gustaría. Pero usted sabe cómo es..., uno tiene un límite de dinero para gastar en esas cosas.

—Sí, ya sé. La inflación. Lo que sube y nunca baja.

A mitad de camino hacia la ciudad, se nos cruzó un coche de policía en la otra dirección, con la sirena a todo volumen.

—¿Qué me cuenta? —dije, orgulloso—. Siempre listos. Día y noche.

Cuando llegamos a una farmacia entré y llamé a Misty. No contestaba. Esperé quince minutos y probé de nuevo. Esta vez contestó y yo dije:

—Habla Vance.

—Vance —exclamó alegremente—. ¿Desde dónde? Ya me estaba volviendo loca.

—Estoy en una farmacia en North Cook y Michigan. El cómplice de Dawson me dio una paliza y me siento bastante mal.

—Quédate ahí —dijo—. Voy en seguida.

Bueno. Colgué. En seguida llamé a Dee Francis.

—Dee —dije—, habla Vance.

—Oh, ¿cómo está usted? —contestó muy formalmente.

—¿Qué pasa? ¿Hay alguien ahí?

—Sí, me alegro de que me haya llamado.

—¿La policía?

—Por cierto —dijo—. Enteramente de acuerdo.

—¿Te preguntan por mí?

—Sí, me parece muy bien.

—Bueno, te llamaré luego. Pero creo que necesitaré mucho dinero cuanto antes. ¿Qué hay del premio del *Post*? ¿Saldrá eso o no saldrá?

—No me parece que pueda arreglarse eso en las presentes circunstancias.

—¡Maldito sea, tiene que arreglarse! ¡Quizá tenga que coimear al primer policía que me detenga!

Al decir eso, oí el leve ruido de un forcejeo del otro lado del aparato y una áspera voz de hombre que decía:

—Habla Ed Brocha, Westfall. ¿Por qué no trata de coimearme a mí?

—Hola, Brocha —dije—. Me apena verlo trabajar tanto por nada. No fui yo.

—Entonces, ¿por qué no se entrega? Le trataremos muy bien.

—Brocha —dije—, he estado fuera de la ciudad durante todo el último mes.

—No es eso lo que dice su agente. Ella misma lo vio en el banco.

—Muy bien —contesté—. Si es así, entonces yo a mi vez puedo decirle a usted que la vi en el *Wellington Arms* la tarde que Struthers fue asesinado.

Brocha se rio.

—¡Eso me gusta! ¡Amistad! ¡Espíritu de camaradería! Pero llega tarde, Westfall. Ella ya nos contó eso. Y nos dijo que estuvo en el cuarto de Struthers. Y le creemos. ¿Por qué no nos cuenta usted su historia? Quizá también le creamos.

—Si les contó todo, también les debe haber dicho que me vio en el *hall*, no en la pieza de Struthers. Lo cual debería absolverme de toda culpa.

—Eso no lo daña, pero tampoco la ayuda. No olvide que fue usted quién la llamó a ella. Quizá usted quería que ella la viera. No habría sido una mala coartada...

Fue en ese momento cuando vi lo que pretendía. Estaba jugando conmigo mientras uno de sus hombres localizaba mi llamada desde otro aparato. Si ése era el caso, quizá podría ayudarlo. Miré el número de mi teléfono en la caja de monedas. Era Plaza 8-8042. Agité el receptor varias veces y en mi mejor falsete dije:

—Tremont 9-9042, se terminan los tres minutos. Deposite otros diez centavos, por favor.

Entonces contesté:

—He terminado, operadora. Anótelo en la cuenta de la policía.

Colgué y salí de la farmacia. No creía que el hombre de Brocha hubiera alcanzado a ubicar la llamada antes de que yo colgara, pero si había tenido tiempo, la policía no se anunciaría con sirenas. Crucé la calle, me metí en un pasaje oscuro y esperé. Veinte minutos después apareció Misty en un taxi; me lancé a través de la calle y me metí en el auto antes que tuviera tiempo de bajarse.

—*Siga*, siga —le dije al conductor.

—Vance —gritó Misty—. ¿Qué te pasó? Tu cara...

—Encontré a mi doble. Supongo que estaba decidido a liquidarme cuándo llegase Dawson, pero me escapé antes.

Ella dijo:

—¿Qué locura, qué locura! ¿Por qué hiciste eso?

Me volví para poder verle la cara y ella se inclinó y me besó ligeramente los labios. Me quejé. Dolía hasta que ella misma me tocara.

—Creí que iba a encontrar una pista que me llevara hasta el escondite del dinero.

—¿Y?

—Tal vez lo haya encontrado. Tengo un pedazo de un talón de equipaje. Y descubrí que hay una mujer complicada con Dawson. Supongo que mi doble tenía la tercera parte del talón, Dawson otro tercio, y esa mujer el otro. Algo así como un seguro de vida para los tres. Garantiza la permanencia de la sociedad —me hundí en el fondo del asiento—. Va a ser divertidísimo buscar a la mujer. ¿Cuántas mujeres hay en Middleburg? Hasta ahora he eliminado a todas menos tres: Dee Francis, Laura Struthers y tú.

—No me gustan esos chistes —dijo.

—Sólo para divertirnos —continué—, hagamos de cuenta que tú tomaste el dinero. ¿Qué harías con él si lo tuvieras?

—Sólo para divertirnos —dijo—, hagamos de cuenta que tú tomaste el dinero. ¿Qué harías con él?

—Buscarme un abogado.

—Lo que pasa contigo es que estás pensando demasiado —dijo—. ¿Por qué no le das un respiro a tu cerebro..., y a ti mismo?

De pronto me sentí endiabladamente cansado.

—Creo que me vas a convencer —dije.

Estuvimos callados un rato. Luego Misty preguntó:

—¿Cómo lograste escapar?

—Mi guardián me encerró. Me divertí atando un cordón eléctrico al picaporte. Cuando volvió, mandé corriente. Después ya no hubo problemas. Tembló.

—¿Está vivo?

—No sé. Avisé a la policía.

—¡La policía!

—Ahora sabré dónde encontrarlo si lo necesito —le pedí un cigarrillo. Mi mano temblaba cuando lo encendí—. ¿Y tú? ¿Alguna novedad?

—Sí. Y espero una buena felicitación. Hallé una llave del departamento de Dawson.

Le palmeé el brazo.

—Misty, eres una buena chica.

—No tan buena como tú crees —contestó fríamente—, pero estoy segura de hacer un buen trabajo con tus heridas no bien lleguemos a casa.

Cuando por fin llegamos, me tiré en la cama y dije:

—Muy bien, Florence Nightingale, manos a la obra.

Misty entró al baño y salió con un paño húmedo. Comenzó a frotarme la cara.

—Por suerte no te han roto ningún hueso —observó.

—Por suerte tengo una enfermera, también.

—¿Tienes hambre?, ¿sed?

—Podría beber algo.

Asintió y salió. Fui a la sala y me senté en el sofá. Misty vino de la cocina trayendo dos Martinis helados en vasos grandes. Se sentó junto a mí en una gran otomana roja.

—Queda un poco de carne fría del último fin de semana —dijo.

Tomé un Martini y dejé que me quemara por dentro. En cuanto lo terminé, Misty me trajo otro. No transcurrió mucho tiempo antes de que sintiera una linda aureola tibia a mi alrededor; y supongo que Misty debe haber reaccionado del mismo modo, porque sé que estábamos hablando de cosas que no tenían nada que ver con nada. Se quitó el saco y comenzó a arreglarse el cabello frente a un pequeño espejo de pared, y sus pechos se movían nerviosamente bajo su blusa color chartreuse cada vez que levantaba los brazos.

—Tengo calor —dijo.

Se dio vuelta lentamente y se acercó a donde yo estaba. Sus labios estaban húmedos y brillantes.

—Bailemos —dijo.

Me hizo poner de pie, se quitó los zapatos, y comenzamos a bailar.

—Un segundo —observé—, necesitamos un poco de música.

Encendí la radio y se oyó el ritmo de una rumba. Misty estiró los brazos y su cuerpo comenzó a moverse provocadoramente.

Supongo que yo estaba tratando de hacerme el héroe o algo por el estilo, pues antes de darme cuenta de lo que hacía, dije:

—Prepáranos algo de comer, Misty. Me daré una ducha para refrescarme un poco. Eso me va a dejar como nuevo.

—No demasiado nuevo, Vance —oí que decía detrás de mí. A lo mejor entonces no me gustas.

Cerré la puerta del baño y me quité la ropa. Abrí la canilla y me metí bajo la ducha. Me estaba enjabonando la cara cuando alguien me tocó en un hombro.

—Sí —dije, con los ojos aún cerrados.

—Hola —susurró Misty—, decidí darme una ducha yo también.

Me quité el jabón de los ojos rápidamente. Los abrí. Allí estaba ella, de pie junto a mí, en la bañera. Tenía un Martini en la mano. Una gorra de baño sobre su cabellera era toda su indumentaria. Desde sus llenos y núbiles senos hasta sus justos y bien torneados tobillos, estaba completamente desnuda, hermosa y pícara. Se inclinó y posó el Martini sobre la piletta. Luego se me acercó, con los brazos a los costados como una modesta colegiala saliendo al escenario para recitar un poema.

—Vance —dijo—, enjabóname la espalda.

—Bruja... —dije.

Se meneó acercándose más y el brillo aún no se había ido de sus ojos.

—¿Ves, querido? —murmuró—, te dije que no era una chica tan buena...

OceanofPDF.com

VII

Cuando me desperté, a la mañana siguiente, Misty se estaba vistiendo para ir al trabajo. Silbé.

La intimidad de la noche que habíamos pasado juntos era un recuerdo demasiado reciente como para que hubiera ahora cualquier clase de protestas de modestia. Levantó la vista mientras estiraba una media sobre una larga y bien formada pierna, y me sonrió.

—¿Está derecha?

—Perfecta.

Fue al espejo y comenzó a pintarse los labios. No tenía encima más que las medias, unas pantuflas con cintas azules, y el corpiño. Distraídamente, dijo:

—¿Qué harás hoy, Vance?

—Seguir unas pistas.

—¿Por ejemplo?

—No sé aún. Hay algo que se me ha escapado... Todavía pienso en Struthers. Debe de haber descubierto algo de bastante importancia antes que lo asesinaran, porque insistió en que fuese a verlo lo más pronto posible. Si pudiera descubrir qué es, quizá tendría el medio de hacer caer a Dawson.

—Vance, tengo miedo de que andes en las calles. Toda la policía de la ciudad te busca. Anoche tu foto seguía en la primera plana de los diarios. Saben que te has teñido el pelo.

—Muy bien. Me lo volveré a teñir. De negro. ¿Podrías comprarme tintura negra antes de ir a tu empleo?

Asintió y se enfundó en un vestido.

—¿Qué puedo hacer en el banco?

—Vigílalo a Dawson. Te llamaré más tarde.

Misty salió y yo fui al baño y comencé a lavarme la cara. Me miré en el espejo. Buena parte de la hinchazón ya había desaparecido, y los tajos mejoraban, pero la cara aún me ardía cuando pasé la mano por la barba crecida que asemejaban mis mejillas a un cactus. Me froté los ojos y traté de reconstruir los hechos de los últimos días.

Dawson y mi doble debían de haber sacado el dinero del banco el mismo día en que intercambiaron las bolsas. Un cuarto de millón de dólares ocupa mucho espacio, y no les habría sido posible sacarlo en la misma bolsa de lona. Eso los hubiera delatado. Pero podrían usar una valija. Nadie podría sospechar nada si un hombre de negocios como Dawson salía del banco, al fin del día, llevando una valija.

¿Qué habrían hecho luego con la bolsa de lona? Era demasiado grande para entrar en la valija. Pero tendrían que sacarla del banco antes de que se descubriese el robo. ¿Cómo? Eso me dejó perplejo.

¿Y qué habrán hecho con la valija, una vez fuera del banco? ¿Irían directamente al depósito de una estación de ómnibus o de trenes, la entregarían ahí para su custodia? ¿Y luego dividirían en tres partes el talón? ¿Y si uno de ellos decidía luego regresar en busca de la valija alegando que el talón se le había roto? No, eso no daría resultado porque el encargado requeriría que el contenido de la valija fuera identificado. Todas las salidas estaban a cubierto. Su confianza mutua no iba más allá de lo que yo alcanzaba con un escupitajo. Debía de ser una sociedad maravillosa.

Traté de pensar en algún modo de dar con la valija. Siempre estaba a tiempo de telefonar a Fisk, en la Gibraltar Fidelity, y usar el viejo truco de que me entregaría si él se ponía durante unas horas de mi parte y me acompañaba a revisar todos los depósitos de valijas de la ciudad. Ya me lo imaginaba diciendo que era una magnífica idea y preguntándome cuándo me vendría bien entregarme. Aunque se pusiera de acuerdo conmigo, y encontráramos algo, ello sólo probaría que en efecto yo tenía todo el dinero desde un principio. No había nada en esa valija que no probara que Dawson era casto y puro. Y aunque sus iniciales estuvieran repujadas en el cuero y pintadas de viejo oro inglés y midieran treinta centímetros de alto, ello sólo serviría para probar que, además de todo, yo le había robado su valija.

Maldije en silencio y cerré el grifo. Me sequé, me apliqué el maquillaje sobre la cicatriz, y volví al dormitorio a esperar a Misty. Cuando por fin abrió la puerta, estaba jadeante.

—¡Está muerto! —dijo.

—¿Quién?

—El hombre con quien te viste ahí en Forest Road —me alcanzó el diario de la mañana—. El asunto estaba en primera página, pero por el momento la policía no lo vinculaba con el robo del banco. Por ahora no se trataba más que de un cadáver no identificado. Y yo también figuraba aún en primera página. Había gente que me había visto en el Este, en el Oeste, cruzando la frontera con el Canadá... y Brocha, claro está, no se había animado a sacar la cara admitiendo que había hablado conmigo por teléfono la noche anterior.

Pero en seguida leí algo en el artículo sobre Watson que casi me hace desmayar: el tomacorriente seguía enchufado y la electricidad corría aún por el cuerpo de Watson cuando llegó la policía. Y yo sabía que lo había desconectado antes de irme.

—Vance, fue en defensa propia... ¿no es cierto? —preguntó Misty.

Asentí. Ella agregó:

—¿Puedo hacer algo más?

—Sí, mandar flores a la viuda, si es que hay viuda.

—No me engañas. Sé cómo te sientes por dentro. Nunca mataste a nadie hasta ahora, ¿no?

—No, soy sólo un aficionado. Pero dame tiempo y verás... —saqué mi pipa y la encendí. Mis manos temblaban de nuevo. Dije:

—Misty. ¿Dawson tiene alguna valija?

—Sí.

—¿No la has visto últimamente? ¿Después del asesinato de Struthers?

—No recuerdo.

—Quiero que te fijes cuando vayas a la oficina. Si en lugar de la vieja tiene una nueva, fijate si en alguna parte figura el sitio donde la compró.

—Muy bien. ¿Podrías decirme para qué?

—Si tiene una nueva y puedo hallar el sitio en donde la compró, visitaré el negocio y veré si recuerdan haber vendido una valija a un tipo de la

descripción de Dawson. Si lo recuerdan, estaré un poco más cerca de mi meta. Quiero probar que Dawson usó su vieja valija para sacar el dinero del banco.

—Quizá esté loca —dijo—, pero me estoy volviendo optimista. Tal vez termines recibiendo tú mismo la recompensa.

—Nena, me conformo con salir de ésta sólo con mi piel. Claro está que no rechazaría la recompensa... ¿cuánto es?

—No sé. Pero podría llegar al diez por ciento del dinero robado.

—Veinticinco mil dólares. Podríamos hacer muchas cosas con ese dinero, Misty. ¿Adónde te gustaría ir conmigo?

—Soñemos juntos —dijo riendo—. ¿Qué tal Bermuda? Esta es la mejor época.

—Haz las valijas —dije—; ya estamos en camino. —La tomé de una mano y le pasé la otra por el cabello. La besé.

—¡Vance! —exclamó—, mi maquillaje, ¡lo arruinarás! —pero me besó fuerte. Sus uñas se clavaron en mi piel. Deslicé una mano bajo su vestido, junto a la ansiosa carne de su cuerpo.

—Vance —dijo—, tengo que ir al trabajo.

—Sí.

Se soltó riendo, y corrió a la puerta.

Me quedé mirando el sitio donde ella había estado. Tomé la tintura negra y me encerré en el baño. Mientras esperaba que se me secara el pelo fui a la cocina y comí un par de rosquillas. Después bajé a la calle y caminé hasta encontrar un bar. Me dirigí a la casilla telefónica y pedí una comunicación de larga distancia con Fred Davis, con la esperanza de que la amistad que habíamos hecho cuando él trabajaba en el Departamento de Personas Desaparecidas, aún se mantuviera. Tuve suerte. Estaba.

—Fred —dije—, soy Vance Westfall. No puedo hablar mucho. Seguramente sabes por qué, por los diarios.

—Vance, ¿qué diablos pasa? —su voz era cautelosa.

—No fui yo, Fred. No te llamaría si hubiese sido. Pero necesito ayuda.

—Di —dijo con cautela.

—Me han enredado en un lío, Fred. La gente que robó ese dinero empleó en el banco a un tipo muy parecido, mientras yo andaba fuera de la

ciudad por aquel asunto de la amnesia. Se llama Harold Watson, y en este momento descansa sobre una tabla en la morgue. Tengo que conocer todos los datos posibles sobre él cuánto antes. ¿Has oído hablar de él antes?

—No.

—Se me ocurrió que tendría prontuario, pensé que quizá tú podrías dar con él.

—Sí —dijo—. Si está registrando en el FBI podría pasarte un informe sobre él. Si su prontuario es sólo local, de Middleburg, no podré hacer nada por ti. Tú sabes cómo ando con los muchachos de Brocha.

—Sí, ya sé. Y ese informe del FBI, ¿podrías conseguírmelo?

—¿Me tienes confianza, Vance?

—Te tengo confianza.

—Muy bien —contestó—, llámame dentro de dos días.

—¡Dos días! —exclamé—. No dispongo de tanto tiempo, Fred. Lo necesito a lo sumo en un par de horas.

—No trabajan tan rápido, Vance —dijo Fred—. Por otra parte no puedo pedirlo directamente. Tengo que usar mis cuñas en el Departamento de Policía local. Todo eso lleva tiempo.

—¡Tiene que haber un modo de conseguirlo más rápido, Fred!

—Si el tipo tiene prontuario local, podrías ir y pedir la información tú mismo.

—Seguro. Brocha estaría encantado de hacerme ese favor.

—No, en serio. Casi todos los empleados de la Sección Prontuarios e Identificación son civiles: jóvenes dactilógrafas, etc. Es la oficina 106 de la planta baja. Entras como si conocieras el sitio y pides el prontuario del tipo que quieres, y una de las chicas te lo entregará sin pestañear. Consíguelte una camisa azul y pantalones azules en algún sitio donde vendan desechos de guerra y te parecerás a cualquier otro policía de servicio en la Central.

—A ti te parece fácil...

—No será mucho riesgo.

—Lo intentaré.

—Buena suerte, viejo —dijo.

Supongo que no debía echarle en cara el que su voz manifestara tanto alivio. Le dije:

—¿Y cómo andan tus cosas, Fred?

—Más o menos. Sin embargo todavía pago a los proveedores.

—Saldrás a flote en un par de meses.

—Sin duda —dijo—, sin duda.

Terminamos con nuestras despedidas forzadas y busqué en la guía el negocio más cercano en desechos de guerra. Quedaba a dos cuadras. Le dije al vendedor:

—Quiero una camisa de policía, pantalones, zapatos, cinturón y corbata.

—¿Usted es policía?

—¿Sí, cómo se dio cuenta?

—Uno está habituado... —me tomó las medidas y me llevó a una pieza al fondo para que pudiera probarme las ropas. Todo me iba bien. El vendedor dijo:

—El cinturón y los zapatos no son exactamente del uniforme, pero pueden pasar. No me quedan más del uniforme.

—Así está bien —dije.

—Son treinta y dos dólares —dijo—. ¿Tiene su tarjeta de identidad?

—No, no sabía que la necesitaría.

—No puedo hacerle el descuento sin la tarjeta.

—Está bien, me iré sin el descuento esta vez.

—Bueno, no importa —comentó—, lo haré igual. A ustedes nos gusta tratarlos bien. ¿Un revólver?

—Tendré que esperar a mi próximo sueldo...

—Sin duda... Nadie se hace rico con el dinero que le dan por el uniforme. A mí me parece que quienes pagamos impuestos deberíamos cuidarlos mejor a ustedes.

—El sindicato ya se ocupa de eso —dije.

Hizo un paquete con la ropa y yo me cambié en el baño de un hotel barato cercano. Envolví mi ropa con el mismo papel, se la dejé encomendada al botones y tomé un taxi frente al hotel.

Yendo hacia la Central de Policía tuve que convencerme a mí mismo de que era necesario llevar adelante la idea de Fred, porque no habría escapatoria si las cosas fallaban. Pero necesitaba la información sobre Harold Watson con demasiada urgencia como para echarme atrás ahora. Lo

cual no me impidió sudar copiosamente cuando nos acercábamos al sucio edificio gris de la policía, que parecía una fortaleza, ahí junto al río. Cuando el taxi se detuvo, le di al conductor un dólar y me lancé corriendo hacia la entrada principal antes que algún sargento me rezongara por andar sin gorra ni arma. Por otra parte, si no corría hacia allá sabía que tendría que correr en la dirección contraria.

Entré y encontré la habitación 106 sin que nadie se fijara en mí. Había una chica rubia sentada frente a una máquina de escribir, leyendo una de esas revistas de Confecciones Íntimas.

—Diablos —dijo, viendo las heridas de mi cara—, ¿qué te pasó?

—¿Tiene mal aspecto? —pregunté—. Y me pregunté a mí mismo si alcanzaría a oír esos tambores selváticos que algunos llaman, cómicamente, latidos detrás de la pared izquierda de mi tórax.

—No es que me interese —insistió—, ¿pero qué le pasó al otro?

—Descansa calmo y tranquilo en una habitación privada del Precinto A.

—¿Por qué a la gente se le ocurre ser policía? —meditó.

—Porque es la posibilidad de rescatar hermosas damas en aprietos.

—Sí, claro —dijo—. ¿Qué se te ofrece, Dick Tracy?

—Brocha quiere el prontuario de Harold Watson.

—¿Quién es Watson?

—¿Qué sé yo?

Sólo le llevó medio día levantarse de la silla y hacer el viaje desde ahí hasta el otro extremo de la pieza, donde había un fichero. Cada vez que oía pasos en el corredor, mi corazón salteaba unos latidos. Hurgó en un cajón y extrajo una tarjeta.

—Parece que tenemos algo de él. Un minuto.

Pasó por una puerta hacia lo que debía ser el archivo propiamente dicho. Cuando regresó, traía una tarjeta rosada del tamaño de una carta.

—Parece que es ésta —dijo.

Traté de tomarla, pero ella la puso fuera de mi alcance.

—¿Qué quieres, ser jefe de policía? —dijo burlona—. Nunca vi un tipo más apurado —hizo un movimiento de cabeza indicando la máquina automática del rincón—. Cómprame una “cola”.

—Me gustaría hacerlo pero el patrón aguarda.

—¡Bah... todos le tienen miedo a Brocha! ¿Qué pasa, es un monstruo de dos cabezas, o algo así? —sonrió, mimosa—. ¿No me regalas esa “cola”?

—Volveré en cuanto quede libre. Tengo que llevarle ese prontuario a Brocha.

—Yo no sé —dijo—, debe de haber algo mal con mi personalidad. ¿No te asusto, verdad?

—No.

—Quizá si me conocieras mejor... Por ejemplo, si fuéramos a bailar... Todos los policías que conocí eran malísimos bailarines. ¿Tú que tal bailas?

—Muy mal. ¿Me das esa tarjeta?

—Está bien, ganaste —me alcanzó un talonario—. Firma el recibo en el último renglón.

En el momento en que comenzaba a firmar, me dijo:

—¿Dónde está tu chapa?

Me llevé la mano al pecho.

—Diablos. Debo haberla perdido.

Comenzó a alejarse con la tarjeta de Watson.

—No puedes sacar esto de aquí sin tu chapa. Perdería mi empleo. ¿Cómo sé yo que no eres un tipo de Seguridad Interna poniendo a prueba al personal?

—Está bien, no voy a discutir contigo. Déjame mirar la ficha aquí mismo y luego Brocha enviará otro hombre a buscarla. Pero sólo Dios sabe lo que te hará por ello.

Me dio la ficha y la miré rápidamente. Harold “El Actor” Watson, decía el nombre, bajo la foto. Había sido arrestado trece veces y condenado dos, una por estafa y la otra por violación y abuso de fuerza. El arresto más reciente era por falsificación, pero habían levantado la acusación. Tenía una mujer, dos hijos y tres alias. También decía que había sido paracaidista.

Ahora ya sabía qué hacer: “esfumar” la tarjeta de Watson, porque una vez que la policía hubiera obtenido las impresiones digitales del cadáver necesitarían esta tarjeta para hacer coincidir las impresiones con la identificación. Si yo me llevaba la tarjeta los demoraría un par de horas. Y

si podía llegar a la viuda de Watson antes que la policía, tal vez encontrara “petróleo”. Tomé la tarjeta y me dirigí a la puerta.

—¡Eh! —gritó la chica—. Traiga acá esa tarjeta.

—Dentro de quince minutos. Luego te compraré esa “cola”.

No fue petróleo lo que hallé, sin embargo, mientras caminaba por el corredor. Fue Ed Brocha, que venía en la otra dirección oculto tras un inmenso cigarro. Pude escabullirme por la primera puerta antes de que me viera.

Pero otra gente me vio: me había metido en un aula de algo. Un capitán de aspecto severo estaba parado frente a un pizarrón donde había un diagrama de impresiones digitales y unos veinte hombres frente a pequeños pupitres anotaban en sus cuadernos lo que él decía.

—¡Siéntese! —rugió en mi dirección—. ¿Qué diablos se cree llegando a estas horas?

Vi que los estudiantes llevaban la insignia de patrulleros provisorios. Comencé a sentarme.

—Un minuto —ladró el capitán—. ¿Cómo se llama?

—Patrullero Harold Watson, señor —repliqué.

—Venga aquí —dijo.

—¡Sí, señor! —me acerqué al frente de la clase. Me investigó con ojo experto.

—¿Dónde está su chapa? ¿Qué infiernos le pasó a su cara? ¿Qué hace aquí? Usted no figura en la lista de alumnos.

—Me equivoqué de habitación, señor.

—¡No cambie de tema! ¿Dónde está su chapa?

—La perdí, señor.

El capitán tomó un teléfono del escritorio.

—Vea si hay un Harold Watson de servicio en el edificio y llámeme —habló; y colgó el auricular—. ¿Cuánto hace que está en la fuerza, Watson?

—Capitán, quiero pedirle perdón —dije—. En realidad no pertenezco a la fuerza policial.

—¡Quiere pedir perdón! ¡No pertenece a la fuerza! Exactamente, ¿quién es usted?

—Harold Watson, capitán, pero soy periodista del *Daily Sentinel*. El jefe de redacción me mandó aquí. Fue una idea de él. Quería saber cuánto tiempo puede un hombre fingir que es oficial en la Central sin que se lo pesque.

El capitán sonrió paternalmente.

—Así que usted es periodista. ¡Qué maravilla! —luego le gritó a uno de los alumnos, un muchacho alto y rubio, sentado cerca de mí—: ¡Eh, tú! Lleva a este periodista al escritorio del sargento y que anoten su nombre. Después que lo encierren.

—Un segundo —protesté—, usted no puede hacerme eso.

—¿Cuál es la acusación, capitán? —preguntó el rubio.

—Hacerse pasar por policía. Y que le tomen una foto también. Pueden ponerla en la página uno del *Sentinel*.

La clase rio. El rubio me tomó del brazo y me llevó afuera. Por lo menos había una cosa de la que podía estar contento. Brocha ya no andaba cerca. Caminamos unos diez metros cuando el rubio dijo:

—No valía la pena meterse en semejante lío. ¡Ahora el capitán está furioso y te va a enseñar quién es él!

Me reí.

—¿Quiere decir que tú también caíste?

Me miró, interrogante.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto hace que eres provisorio? —pregunté.

—Dos semanas.

—Sí, lo que suponía —meneé la cabeza pensativamente—. Dos buenos actores, ¿eh?

—No entiendo.

—Mira, creo que eres un buen tipo. ¿Cómo te llamas?

—Johnson.

—Mira, Johnson, no soy periodista. Jamás he estado ni cerca del *Sentinel*. Diablos, no hace falta que me entregues. Salvo que quieras pasar por pavo.

—Todavía no entiendo.

—¡Qué cosa! Te miré y creí que te habías dado cuenta de todo. Soy de Seguridad Interna. Esto es parte del curso. ¿Sabes qué es lo que el capitán está haciendo ahora con ese grupo de monos? Les hace escribir en sus cuadernos un relato de todo lo que sucedió desde que entré a la habitación. Estamos poniendo a prueba su capacidad de observación. Castañeteé los dedos. En este oficio hay que ver de todo, y no sólo verlo sino recordarlo. Por eso planeamos estas sorpresas. Preparamos un poco de acción rápida que parezca real y controlamos a los muchachos para ver si saben dejar constancia de todo. Mírame a mí. ¿Cuántos de los muchachos recordarán cómo estaba marcada mi cara? ¿Cuántos se dieron cuenta de que mi cinturón y los zapatos no pertenecen al uniforme? ¿Cuántos se dieron cuenta de que no llevo armas? Esos detalles, Johnson, éstos son los que cuentan.

—No sé —dijo, vacilante—, me parece mejor que lo entregue, sin embargo. Eso es lo que dijo el capitán.

—Adelante entonces. Sólo trataba de ayudarte.

—¿Cómo sé yo que en realidad usted no es un periodista?

—Eso debiera ser obvio. Si realmente me hubiera mandado el *Sentinel*, me habrían preparado mucho mejor. Hubieran conseguido un cinturón y zapatos reglamentarios, y sin duda una chapa —lo llevé a un lado del corredor, extraje la billetera de Watson—, mira —le dije, mostrándole el registro de conductor de Watson—, soy Watson. Ahora telefonea al *Sentinel*, pide por el jefe de redacción y dile que llamas del Departamento de Policía. Pregúntale si tiene un periodista llamado Harold Watson que se hace pasar por un agente. Dile que estás por encerrarlo y que él sostiene que trabaja en el *Sentinel*. A ver qué dice.

—Me sentiría un poco idiota si me dicen que no hay tal tipo.

—No importa. Adelante. Tú quieres quedar tranquilo.

Johnson me llevó con él a una cabina cerca de donde estábamos parados. Pidió a la operadora que le diera con el *Sentinel* y pidió con el Jefe de Redacción. Miré la cara de Johnson y me imagino que el jefe de redacción realmente lo aniquiló. Johnson colgó el tubo amargamente.

—¿Satisfecho? —pregunté.

—Creo que sí. Pero me podía haber engañado...

Miré mi reloj.

—Cruzo la calle a tomar un cafecito. ¿Vienes conmigo?

—No —dijo—. Entonces sí que se me armará un lío.

—Bueno, llámame uno de estos días cuando tengas un descanso. Estoy en la oficina de Brocha. Te presentaré a algunos de los muchachos.

—Perfecto —dijo—, lo haré.

—Bueno —le hice un saludo y me dirigí a la puerta de entrada—. Hasta pronto, Johnson.

Crucé la calle y me metí en el bar de enfrente, temeroso de volver la mirada y temeroso de largarme a correr porque pensé que podría haberse quedado mirándome. Si no me miraba, sabía que tendría aún dos minutos antes de que vinieran tras de mí. Y aún así, buscarían a un tipo que se había entrometido en uno de sus seminarios, y no a Vance Westfall; de modo que las probabilidades eran buenas. Pero no pensé regresar al hotelucho donde había dejado mis ropas, sobre todo cuando recordé la mirada extrañada del botones.

Traté de ubicar un taxi, pero parecía que los taxis trataban de alejarse del Departamento de Policía con tanto empeño como yo. Miré hacia atrás. Johnson ya no estaba. Me largué a correr y me escabullí en el primer pasaje. Un camión cargado de muebles se alejaba por el callejón; me trepé a él sin que los hombres me vieran. Me cubrí con una de sus lonas y sudé copiosamente durante los próximos cinco minutos en la oscuridad total. Cuando el camión se detuvo frente a una luz roja, me largué hacia un negocio cercano, desde donde llamé a Dee Francis. Le pedí que me comprara unas ropas y le dije que la encontraría en la Central de Ómnibus. Luego llamé a Misty al banco y le pedí que se fijara de inmediato si Dee tenía cuenta en el Securities Exchange. Misty volvió al teléfono a los pocos minutos para informarme que Dee tenía dos mil dólares en su cuenta. Le agradecí y colgué.

No me causaba mucho entusiasmo encontrarme con Dee en la estación de ómnibus; si ella estaba con los otros y no conmigo, la terminal era un sitio tan bueno como cualquier otro para dar cuenta de Vance Westfall. Y existía la posibilidad de que Ed Brocha hubiera designado a dos de sus hombres para que la siguieran dondequiera que fuese, con la esperanza de

que eventualmente los llevara a mi encuentro. Pero quitarme estas ropas de encima y vestirme con otras era mucho más importante que preocuparme de todo lo demás.

Así es que cuando llegué a la terminal ni siquiera perdí tiempo tratando de inspeccionar el sitio. Entré y me dirigí directamente a mi agente, que estaba junto a un puesto de cigarrillos. Me entregó el paquete y me dio un empujón urgente en dirección al baño de caballeros.

En cuanto salí con mis ropas nuevas, pareció despreocuparse por completo de todo peligro inmediato. Quiso saber qué había estado haciendo y por qué estaba uniformado de policía. Prácticamente quería que le escribiera un diario de mis experiencias.

—¿Por qué fuiste al departamento de Dawson la noche siguiente a la que me viste?

La tomé del brazo.

—¿Cómo supiste?

Se rio, pero sin alegría.

—Salió en los diarios... ¿o es que no lo sabías?

—Quería saber hasta qué punto llegaría a admitir tu juego.

—¿Y hasta qué punto llegó?

—Bastante lejos —comencé a llevarla hacia la calle. La calle ofrecía más seguridad—. ¿Conoces a Harold Watson, Dee?

—No.

—¿Seguro?

Asintió.

—¿Y si te dijera que él te conoce a ti?

—Entonces diría que uno de los dos está equivocado.

—¿Qué hay de tu amistad con Dawson? Dijiste que lo conocías.

—Muy poco.

Estábamos ahora en la calle y ella lucía esa sonrisa inexpresiva de quien está en un *cocktail party* oyendo como un desconocido cuenta algo aburrido. Me molestó.

—Pasaré por alto ahora el favor que me hiciste al decirle a Brocha que me habías visto en el banco cuando se suponía que estaba fuera de la ciudad, pero tendrás que explicar una cosa: para qué fuiste a ver a Struthers

la tarde en que lo mataron. No fue para pedir dinero prestado, Dee, como me dijiste antes. Dos mil dólares en una cuenta de banco no es poco.

—¿Quién te dijo eso? ¿Tu amiguita?

—Bueno, bueno... —comenté—, esto complica la cosa. ¿Cómo te enteraste de ella?

—Sumé dos más dos. Es la más grande ninfomaníaca que hay entre esta ciudad y el Mississippi. Cuando dijo a los periodistas que tú trataste de violarla, supe que no podía ser cierto. Pensé que debía ser al revés.

—¿De quién estás hablando?

—De Laura Struthers.

—Ah —dije—. Ah —luego recordé lo de la cuenta del banco—. ¿Para qué fuiste a ver a Struthers la tarde en que lo mataron?

Se encogió de hombros.

—Pues bien, te diré... y además quizá eso explique por qué le dije a Brocha lo que le dije. Compré acciones en una pequeña compañía petrolera que está explorando Kansas. Dawson es accionista. También lo era Struthers. Y otra gente. Tuvimos suerte al principio, pero luego nos metimos en tierra seca. Dawson había sido el principal promotor, y aunque no tenía la mayoría de las acciones, él era el que movía las cosas. Pero había mucho descontento con él. Era demasiado audaz... o desaprensivo. Struthers comenzó a intrigar secretamente para asumir él el mando. No tomé partido, pero estábamos llegando al punto en que los neutrales como yo tenían en sus manos el equilibrio de la compañía. Fui al departamento de Struthers la tarde en que lo mataron para conversar sobre una propuesta. Cuando llegué, estaba muerto. No podía permitir que se me asociara a su muerte porque Dawson hubiera sabido de inmediato cuáles eran mis planes. Y Dawson tenía poder suficiente como para excluirme de la compañía. Tiene un pagaré mío a noventa días, con mis acciones como garantía. Cuando me visitaste en mi departamento esa noche y amenazaste decirle a la policía que había estado en el Wellington esa tarde, no me quedaba otro recurso. Cooperé con Brocha a cambio de que no me incluyeran en los diarios. Era el único modo de impedir que Dawson supiera que yo había estado allí —hizo una pausa antes de agregar—: Esa es la historia.

—La tragaré por ahora —dije—. El dinero que había metido en este negocio de petróleo, ¿era suficiente como para motivar un asesinato?

—¿A qué precio están los asesinatos en el mercado? El hombre que consiga el control de la compañía podría terminar siendo dueño de media Kansas.

—¿Cómo se llama la compañía?

—Sundown Oil Company.

—¿Está registrada?

—Con todas las de la ley.

—¿Has hablado con Dawson después del crimen?

Hizo una pausa.

—Sí, he hablado con él.

—¿Acerca?

—Acerca de ponerme de su parte en la batalla de la Sundown. Se hizo referencia al hecho de que mi pagaré está por vencer.

Dije:

—¿Qué hay de Laura Struthers? ¿También ella tiene acciones en la Sundown?

—Sí —dijo Dee e hizo otra pausa. Por fin continuó—. Más vale que te lo diga. Laura quiere cenar conmigo esta noche. Quiere hacerme una propuesta.

—Yo también tengo una propuesta.

—¿Cuál?

—Quiero pedir quinientos dólares prestados.

—Oh, no, querido. No a mí.

—¿Qué sucede? Nuestros amigos de la revista me darán mucho más. Gané el premio. ¿Recuerdas?

—No querrán saber nada de tu artículo.

—¿Y si pruebo mi inocencia?

Eso sería otra cosa.

—Necesito quinientos, Dee.

—¿Por qué?

—Quizá deba irme de la ciudad de prisa —iba a interrumpirme pero yo continué—: No te aflijas. Te devolveré el dinero. No tengo ganas de

pasarme el resto de la vida escondiéndome de la policía.

Llegamos a una esquina; hice señas a un taxi. Subimos. Dee dijo:

—Quisiera ayudarte, Vance. Pero sería quemar el dinero...

—Quizá no. Puede ser que encuentres el dinero robado y obtenga la recompensa.

—¿Yéndote de la ciudad?

Me desaté el zapato, me quité la media, y le mostré el trozo de talón de equipaje que le había quitado a Watson. Me imaginé que si Dee estaba implicada en el asunto, enseñarle ese trozo de cartón significaría sembrar el pánico en la organización. Y si no estaba implicada en el asunto, el cartoncito podría ayudarme a conseguir el préstamo de parte de ella.

—Mira, Dee, si consigo el resto de este talón puedo decir que tengo el dinero robado.

Comenzó a interesarse.

—¿Cómo lo sabes?

—Esto lo tenía el cómplice de Dawson. El tipo que se hacía pasar por mí en el banco.

—A menos que tú mismo te hayas hecho pasar por ti en el banco...

—Si hubiera sido así no estaría pidiendo quinientos dólares —me guardé el talón en el bolsillo—. Piénsalo. Me pondré en contacto contigo luego. Te devolveré el doble.

El taxi se detuvo frente a una luz de tránsito; al abrir la puerta Dee dijo:

—Muy bien, lo pensaré.

Y bajó a la calle. Vi que agitaba la mano cuando nos alejamos.

En cuanto me convencí de que nadie nos seguía, miré el registro de conductor de Harold Watson. Nos llevó unos veinte minutos más encontrar el domicilio que figuraba en el registro. Era un departamentito, parte de una interminable hilera de pequeños chalecitos con frente de ladrillo expuesto y techo de tejas verdes, que en veinte años más constituiría un barrio bajo. Toqué el timbre y una cansada ama de casa con una vincha desteñida sujetándole los cabellos y un plumero en la mano, me abrió la puerta.

—¿La señora de Watson? —dije.

—Sí —contestó secamente.

Le sonreí.

—Soy Pee Wee.

—¿Quién?

—Pee Wee. Pee Wee Hopper. ¿Nunca le habló de mí Hal? Fuimos compañeros paracaidistas.

—Se fue de casa —dijo amargamente—. Otra vez.

—¡Qué pena! Pasaba por aquí... —miré por sobre su hombro y vi una salita abarrotada de muebles baratos—. Lindo sitio, éste. Hal tiene suerte.

La mujer hizo un gesto de desprecio.

—¿Podría entrar un segundo? —pregunté.

Abrió la puerta.

—Siempre que no me venga a vender nada, puede pasar.

Me senté en un desgastado sofá verde.

—¿A qué se dedica Hal ahora?

—Investiga.

—¡No me diga! Suena lindo. ¿Qué investiga?

—Cosas.

—Quizá podría dar con él si llamo a su empleo.

—No tiene oficina.

—¿Ah, no? ¡Parece que es su propio patrón!

—Es raro que nunca haya hablado con usted.

—Sí, es raro. Especialmente pensando que me escribió mucho. Nunca me dijo lo que hacía, pero leyendo entre líneas supuse que le iría muy bien. Decía que se preparaba para algo grande.

—Siempre dice lo mismo... Me he vuelto vieja oyendo esa cantinela...

—Sí, pero, ¿no somos todos así?

—¿Quiere un poco de café?

—Cómo no. —Cuando regresó con la taza, le dije—: ¿Qué sería eso grande para lo que se preparaba?

—Nada. Pura charla.

Sorbí lentamente el café, con gusto a agua sucia, mientras mistress Watson me miraba, sospechosa. Por fin, no quedándome otra alternativa, apunté lejos. La miré fijamente y le dije:

—Hal arregló el asunto de la falsificación sin dificultades, ¿no?

—Así que le contó eso —comentó ella.

—Éramos muy amigos, mistress Watson.

—Sí —dijo impasible—, la gente del banco aceptó no demandar.

Casi se me derrama el café, pero alcancé a decir:

—¿Qué banco era?

—¿Él no le contó?

—No.

—El Securities Exchange.

—Ahora que pienso —dije—, me parece que mencionó algo al respecto. Había un tal Dawson, del banco, que lo ayudó...

Me miró inexpresivamente.

—¿Dawson?

—Me parece que era Dawson.

—Nunca oí nombrar a Dawson. Struthers era el nombre que él mencionaba.

—¡Struthers! —exclamé—. ¡No puede ser! —No podía ser, pero era. Había pasado por alto algo obvio. Cuando mataron a Struthers pensé que era inocente, pero ahora comprendía que había estado tan metido en esto como Dawson.

Mistress Watson se puso de pie. Pensé que iba a pegarme con el plumero.

—¿Quién es usted? —demandó—. ¿Qué busca? Olí algo raro cuando usted entró aquí.

—Tranquila, mistress Watson, no me extraña que se enoje. Tuve que proceder así. Lo siento. Ahora le diré la verdad. Su marido está muerto.

—¡Muerto! —abrió la boca, le tembló el mentón—. ¿Harold está muerto?

—Sí, lo siento.

—¡Lo siente! —repitió. Luego, otra vez—: ¡Lo siente! —se rio histéricamente—. Eso sí que está lindo. ¿Qué es lo que siente? ¿A usted qué le importa? ¿*Quién es usted?*

—Mistress Watson, me llamo Fisk. Trabajo para la Gibraltar Fidelity and Guaranty Company. Puede llamarlos y preguntar por mí, si así lo desea. Nuestra compañía había asegurado el cuarto de millón de dólares que robaron el otro día. Usted habrá leído los diarios...

—Oí algo por la radio.

—Su marido estaba complicado, mistress Watson. Por eso lo mataron. Ayer a la tarde.

—No lo creo. ¿Por qué no vino la policía?

—La policía tiene su cadáver, mistress Watson, pero aún no lo han identificado. Nosotros trabajamos mejor que la policía —extraje la tarjeta de identificación policial de Watson—. Le enseñaré a qué me refiero. Vea esta tarjeta. Teníamos una pista que nos llevaba a su marido, así es que uno de nuestros hombres pidió esta tarjeta prestada a la policía. Por supuesto, tenemos que devolverla, pero esto le da una idea del tipo de cooperación que mantenemos con ellos.

—¿Por qué no me lo dijo al llegar?

—Debiera habérselo dicho. Pero primero tenía que averiguar cuánto sabía usted. Lo siento. Veo que usted nada tiene que ver con todo esto. Y me alegro de ello, porque de lo contrario no podríamos pagarle a usted parte de la *recompensa*.

—¿Qué recompensa?

—La recompensa que ofrece mi compañía al que entregue el dinero robado.

—¿Por qué iba a participar yo de la recompensa?

—Usted participaría, mistress Watson, porque la persona que robó el dinero es la misma persona que mató a su marido. Es este Dawson, del banco.

—¿Por qué no lo detienen?

—No hay pruebas suficientes todavía. Por eso necesitamos su ayuda.

—¿Qué quiere decir?

—La policía no tiene pruebas suficientes para atrapar a Dawson, pero si confeccionáramos unas pruebas podríamos asustarlo y quizá hiciera algo que nos llevara a una prueba real. La policía no puede cooperar con nosotros en cosas así, porque son una entidad pública, pero usted puede, mistress Watson, porque usted es un individuo particular. Pero lo principal es que la policía no debe enterarse.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Probablemente la policía tardará un día más en identificar el cadáver de su marido. Cuando lo haga, le preguntarán a usted muchas cosas. Quiero que usted les diga que el día del robo su marido trajo a casa una valija, que según él, pertenecía a un hombre llamado Dawson. Quiero que les diga que su marido dijo que con esta valija tendrían asegurada la comida por el resto de sus días porque el dueño no podría explicar cómo le fue escamoteada.

—¿Quiere que les diga eso?

—Si no tiene inconvenientes, sí. Eso nos ayudaría a eliminar a Dawson. Entonces alguien tendrá que llevarse la recompensa. Si no fuera por Dawson, su marido no estaría muerto.

—Es mejor así —dijo. Se quitó un mechón de los ojos—. ¿Y cuánto me darían?

—Una buena suma, mistress Watson. No puedo hacerle promesas. Tendrá que bastarle mi palabra.

—Pero usted quiere que yo diga algo falso...

—Sí, si lo encara así... Pero por otra parte ayuda a capturar a un criminal. La policía querría hacer lo mismo que le digo, pero tiene que mantenerse dentro de ciertas normas. Si ellos procedieran así, un abogado inteligente podría conseguir que se pusiera en libertad al detenido. Pero si se trata de un particular, el abogado no puede protestar. Todo lo que tiene que hacer usted, es aferrarse a la historia de que su marido trajo a casa esa valija el día del robo. Y nada más. Usted no sabe qué sucedió con ella luego.

—¿Y qué les diré cuando me pregunten qué aspecto tenía la valija?

—Yo le daré una descripción hoy a la tarde.

—¿Y si no fuera Dawson el que mató a mi marido?

—Ya lo creo que fue. ¿Quiere una prueba? Quizá no sea el tipo de prueba aceptable para un tribunal, pero a nosotros nos basta, y sobre todo a usted.

—¿Qué clase de pruebas tiene?

—Mistress Watson, su marido fue muerto en Forest Road 7820. Cuando venga la policía, usted podrá confirmarlo. Ahora le probaré que Dawson fue a Forest Road 7820 ayer por la tarde. ¿Tiene usted una guía telefónica?

Asintió.

—Démela —dije.

La traje.

—Busque el número del Securities Exchange Bank.

—Ya lo tengo.

—Muy bien. Ahora llame al banco y pida hablar con la secretaria de Dawson. Cuando dé con ella, pásame el auricular a mí.

Fuimos hasta el teléfono y ella se sentó en un endeble banquito. Me ubiqué cerca. Discó. Luego dijo:

—Hola, ¿podría hablar con la secretaria de míster Dawson?

Esperó unos segundos. Luego me pasó el teléfono.

—Hola, ¿habla la secretaria de míster Dawson? —dije.

La voz de Misty dijo, del otro lado:

—Sí, soy yo.

Dije:

—No quiero dar mi nombre por teléfono, alguien puede oírlo. He estado trabajando en ese asunto del dinero robado. Usted sabe quién habla, ¿no?

—Sí —dijo.

—Podría sonarle a extraño lo que le voy a preguntar, pero quisiera saber algo acerca de esa cita que tenía Dawson ayer por la tarde. ¿Dónde debía tener lugar la cita?

Acerqué el teléfono al oído de mistress Watson y pudimos oír a Misty que decía:

—No entiendo.

Tomé el auricular nuevamente y dije brevemente:

—Sólo el domicilio, ¿quiere?

Acerqué el teléfono nuevamente al oído de mistress Watson, y Misty dijo:

—Iba a encontrarse con Watson en Forest Road 7820.

—Gracias —dije, y colgué rápidamente. Miré a mistress Watson—. ¿Ahora está satisfecha?

Asintió.

—Una cosa más, mistress Watson. ¿Le habló su marido alguna vez acerca de la Sundown Oil Company?

—No.

—Bueno, gracias. Le hablaré luego para darle la descripción de la valija.

Me fui y caminé hasta una farmacia. Entré y llamé a Misty. Cuando la tuve en el aparato le dije:

—Gracias, Misty. Me ayudaste más de lo que crees. Tengo un plan en marcha.

—¿Otro?

—No puedo probar que Dawson mató a Struthers y robó el dinero. Así es que haré lo único que puedo hacer: hacerlo caer en una trampa del mismo modo en que él me hizo caer a mí.

—¿Qué sucedía hace un rato?

—No te lo puedo contar por teléfono. ¿Te fijaste en la valija de Dawson?

—Sí.

—¿Qué hallaste?

—Que tiene una. Pero es vieja. La misma de siempre.

—Diablos, creí que ya no la tendría. Descríbemela.

—Es marrón oscura, cuero de chanco, con las iniciales F. D. doradas en la esquina inferior derecha.

—¿Tiene cierre relámpago?

—Sí.

—¿Marcas especiales, rayaduras?

—No.

—¿Bueno, podrías robarla y dármela a la hora del almuerzo?

—¡Robarla! Vance, ¿en qué andas ahora?

—Lo que te dije nena. Ojo por ojo. Dawson me puso una trampa a mí, así que ahora yo le pongo otra a él. ¿Me la conseguirás?

—No sé...

—Quieres que liquide este asunto, ¿no es así?

—Sí —hubo una pausa—. Podría... sacarla bajo mi tapado.

—Así me gusta. ¿Dónde hay un buen sitio, un poco alejado, donde podamos almorzar, y adonde sea fácil llegar?

—Déjame pensar. Está el Brown Jug. Poca gente va ahora por ahí. La comida es terrible. Ni siquiera sé si todavía existe.

—Bueno, probaremos. Encuéntrame ahí a las doce y media. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Ah, Misty...

—¿Sí?

—¿No sabes si el tipo de esa compañía de Seguros dejó una de sus tarjetas cuando visitó a Dawson?

—No estoy segura.

—¿Quieres fijarte? Si la encuentras, tráela al almuerzo.

—Muy bien.

—Bueno. Nos vemos a las doce y media.

Colgué y busqué en la guía el número del *Daily Sentinel*. Llamé a la Sección de Avisos Clasificados. Le dije a la chica:

—¿Estoy a tiempo de publicar un aviso en el diario de la tarde?

—Saldrá en la última edición.

—Muy bien. Quisiera que apareciera durante los próximos tres días.

—Su nombre, por favor.

—Fred Dawson —y le di el número de teléfono del departamento de Dawson.

—¿Cómo quiere pagarlo?

—¿Podría dar el aviso ahora y pasar por la tarde a pagarlo?

—Sin duda.

—¿Y podrían asignarme un número de casilla? No quisiera que apareciese mi número de teléfono.

—Sí, se puede. ¿Qué dice el aviso?

—Es para la columna de Objetos Perdidos. El aviso debe decir: “Perdida valija de hombre en cuero de chanco, marrón oscura. Cierre relámpago. Iniciales *F. D.* en la esquina inferior derecha. Recompensa de trescientos dólares. No se harán preguntas”. Luego si le fuera posible poner el número de casilla al final...

—Es una gran recompensa por una simple valija, ¿no? —dijo la chica al azar.

Me reí nerviosamente.

—Es que tiene mucho valor sentimental.

—Ah —luego preguntó—: ¿Tenía algo adentro?

—No, estaba vacía.

—Bueno. El número de su casilla es A-462. Usted pasa por aquí y simplemente pregunta si no hay correspondencia para A-462. Si la hay se la entregaremos.

—¿Cuánto será en total?

—Tres dólares con ochenta.

—Muy bien. Pasaré a pagar dentro de un rato. ¿Por quién pregunto?

—Por miss Taylor. Soy yo.

—Muy bien, gracias.

Salí a la calle y llamé a un taxi. Le pedí al conductor que me llevase al edificio del *Daily Sentinel*.

El edificio del *Sentinel* quedaba en una bocacalle que era el centro geográfico de la ciudad. El tránsito circulaba por cinco calles angostas que corrían por entre macizos rascacielos que se elevaban sobre la calzada como las paredes de un precipicio; letreros luminosos posados sobre los techos de los edificios más bajos proyectaban sombras grotescas sobre el tránsito y la gente que se abría paso por esa zona. Dentro mismo del edificio había una eficiente encargada de la Mesa de Entradas, sentada detrás de un escritorio cargado de panfletos que describían la historia del *Sentinel* desde el año uno hasta la fecha. Detrás había unas grandes puertas de vidrio modernos que conducían a la Sección de Avisos Clasificados. Penetré por ellas a una habitación donde unas cincuenta chicas sentadas en pequeños nichos, contestaban llamadas telefónicas y hacían anotaciones sobre papeles amarillos. Otras diez chicas estaban detrás de un mostrador frente a las puertas de acceso, aceptando los avisos que la gente llevaba personalmente. La charla chillona de las voces femeninas era puntuada de vez en cuando por el ruido de recipientes metálicos al ser introducidos en la cañería neumática del sistema de mensajes, por la que luego viajaban.

Me acerqué al mostrador y pregunté por miss Taylor. Unos minutos después se me acercó una rubia rechoncha que caminaba como si montara un caballo.

—Yo soy Goldie Taylor.

—No sé bien en qué me estoy metiendo —le dije—. No quiero líos, pero hace unos minutos un tipo de aspecto nervioso, calvo, con anteojos de marco de hueso negro, se me acercó en la calle y me dijo que me daría un dólar si tomaba el dinero y pagaba un aviso que iba a publicar. Me indicó que la buscara a usted. El aviso debe costar, dijo, tres con ochenta. ¿Usted sabe algo de esto?

—Sé de qué aviso se trata, pero no entiendo por qué no vino él mismo a pagarlo.

—Yo tampoco. Parecía muy nervioso.

—La gente... —y cambió de lado el trozo de goma que mascaba.

—Así es —pagué y ya me iba. Me llamó.

—¿No quiere un recibo?

—¿Para qué? —contesté—. La última vez que vi al tipo ése, corría por la calle a todo lo que daba.

Volví a atravesar las puertas, crucé el *hall* y salí a la calle, en donde dejé que el gentío me arrastrara mientras trataba de pensar.

Lo que la señora de Watson había dicho acerca de Struthers y su marido daba vuelta por completo a mis teorías. A Struthers no lo habían matado porque fuera un inocente que sabía demasiado; lo habían matado porque sus socios querían uno menos con quien repartir el botín. Si hubiera participado del asunto no habría insistido en verme. La persona que contestó el teléfono cuando llamé esa tarde no había sido Struthers; tenía que ser el asesino.

Y si Struthers participaba del robo, quería decir que probablemente había *cuatro* pedazos de ese talón, y no tres. Cuando llamé a Struthers, el asesino debe haberse reído en grande. Tantos meses cocinando planes para hacerme caer y luego, por pura coincidencia, yo llamo a Struthers justo en el momento en que más hondo me podían hundir. El asesino *tenía* que llamarme, porque de ese modo había un cincuenta por ciento de probabilidades de que me sorprendieran junto al cadáver. Y aunque no me encontraran, dejaría tras de mí toda una colección de impresiones digitales.

La visita a la señora Watson había cambiado mucho las cosas. Como Struthers participaba del robo, no temía perder la vida (¿por qué iba a temerlo, si él poseía la cuarta parte del talón?); y si no temía, no pudo haber dejado una nota en la puerta de la pieza de su hermana diciendo que su vida

corría peligro. Si en realidad había habido una nota en la puerta de Laura Struthers, ella misma la había colocado o, en caso de que ella no estuviera complicada en el crimen, la había puesto el asesino, pensando que Laura seguramente regresaría a su casa mientras yo estaba aún en la habitación de su hermano. Él sabía que la nota la atraería directamente al sexto piso, en donde me descubriría.

Un hombre había contestado el teléfono cuando yo llamé a Struthers; el hombre debía haber sido Dawson, y él tenía que haber matado a Struthers. En cuanto a Laura, no importa hasta qué punto estuviera envuelta en el lío, no parecía culpable del crimen. Porque si ella hubiera matado a su hermano, jamás habría contado a la policía que él le había dejado esa nota. Una historia así resultaba demasiado peligrosa para ser falsa, demasiado fácil de verificar por simple comparación de la letra manuscrita de su hermano con la del papel.

Después recordé que Laura me había dicho que había perdido la nota, lo cual me hizo volver al principio; porque en este caso la policía no dispondría de la nota para comparar.

Pero aún así, el rompecabezas ya comenzaba a formarse, y comenzaba a aparecer un dibujo. Ahora ya sabía qué debía hacer. Era necesario hacerlo, y hacerlo antes de que la policía diera conmigo.

¡La policía! Me había olvidado por completo de ella. Me sentía tan seguro con mi pelo teñido y mi cicatriz disimulada que me había olvidado por completo del pequeño incidente de la mañana en la Central. Probablemente había orden de arrestar a un tipo de cabello negro, con la cara muy magullada. Seguramente todavía no habían conectado a Vance Westfall con ese tipo, pero no los detendría en su intensa búsqueda, luego de haberlos engañado como lo había hecho.

Me entusiasmé demasiado pensando en ello, y cometí un error. Vi a un policía en la esquina mirando en mi dirección, y traté de dar vuelta y caminar en la dirección opuesta. Si no me hubiera detenido, seguramente no me habría prestado mucha atención. Pero la reacción de pánico fue demasiado evidente. Me vio y vio mi cara. Me gritó. Traté de no correr, pero la reacción fue automática: ya estaba corriendo. Me di vuelta una vez y vi que se lanzaba a atraparme. En menos de dos minutos, algún héroe

frustrado, de entre la multitud, me atajaría y detendría hasta la llegada del agente.

No tenía más remedio. Me zambullí en el primer zaguán a mano y me encontré en el *hall* de un edificio de oficinas. Busqué un escondrijo, pero el lugar parecía el desierto de Sahara. El policía llegaba ya a la puerta de entrada. Uno de los ascensores descargaba una tanda de gente. Había una sola alternativa y la acepté. Me largué escaleras arriba.

Subí tres pisos lo más rápido posible, llegué al tercero y abrí la puerta que daba a un largo corredor de oficinas a ambos lados. Cerré la puerta y me apoyé en ella, tratando de tomar aliento. ¡Genial! Todo lo que tenía que hacer ahora el policía era cerrar el *hall* y esperar a que llegasen refuerzos. Luego revisarían piso por piso. Ven, póstrate en mi casa, le dijo la araña a la mosca.

Miré a mi alrededor frenéticamente en busca de un escape de incendios. No había. Corrí a una ventana. Frente al edificio se había reunido ya una multitud, aguardando morbosamente para averiguar a qué se debía la conmoción, ansiosa por saber quién había tenido un síncope, quién había tratado de saltar desde el décimo piso, quién se había caído por las escaleras.

De golpe pensé: conmoción, escape de incendios. Corrí hasta la puerta más cercana, la abrí de golpe, y vi una enorme habitación con unos treinta hombres y mujeres sentados en eficientes hileras de angostos escritorios de caoba. Abrí la boca y grité:

—¡Fuego en el cuarto piso! ¡Sálvese quien pueda!

Caras estúpidas me miraron fijamente.

—¡Fuego, idiotas! —volví a gritar—. ¡Que se salven los que puedan!

Di un portazo y corrí hasta la próxima. La abrí y vi una pieza como la anterior.

—¡Fuego! —grité.

Ahora se había formado una multitud; era algo sólido y cohesivo y poderoso, como las enfurecidas aguas de una inundación. Se volcaba por la angosta abertura hacia las escaleras y las bajaba irresistible y despiadadamente, lista a pisotear lo que se interpusiera en su camino. Me abrí paso hasta el centro, en medio de un enorme torbellino de mujeres que

gritaban asustadas, y me dejé llevar por su impulso. Parecía como si todos en ese edificio se hubieran desbocado. El *hall*, cuando llegamos, recordaba a Times Square en una noche de Año Nuevo.

Proseguimos agitándonos como olas incansables hasta llegar a la vereda donde pudimos dispersarnos en todas direcciones. Corrí a la mitad de la calzada y me lancé por entre dos hileras de vehículos detenidos. Media cuadra después me volví a mirar. El pánico se había extendido. La gente seguía saliendo del edificio. Subí a un ómnibus que cargaba pasajeros y me fui bien al fondo. El conductor accionó los cambios y comenzamos a movernos lentamente.

Miré las caras desinteresadas de los pasajeros, los cuerpos arqueados grotescamente en los asientos marrones de material plástico, los ojos fijos mirando hacia adelante, concentrados en los problemas de su pequeño mundo. Era increíble ver gente tan próxima y tan lejana a la vez. Una rubia pintarrajeada, huesuda, con cara dura y cansada, mascaba goma junto a una anciana de cabello gris y anteojos, cuyo párpado se crispaba constantemente. Un rubicundo sargento del ejército, de más de cien kilos, del otro lado del pasillo, leía un periódico de carreras de caballos con un ojo y con el otro miraba a la rubia. Me tomé de un sostén que colgaba del techo y miré el retrato de una modelo de veintiún años llamada Gretchen Picone que era la *Miss Transportes Públicos* del mes y que había dicho que siempre se las arreglaba para hacer sus compras entre las diez y las cuatro, porque los ómnibus nunca iban llenos a esa hora.

Junto a mí, un petiso morocho luciendo un vistoso chambergo y un par de anillos grandes como aros de cortinajes, con rubíes falsos, me golpeó en las costillas y me dijo de costado.

—¿Qué pasaba ahí abajo, diga?

—Un zorrino se metió en el sistema de aire acondicionado. Hizo evacuar el edificio.

—Usted debería trabajar en televisión —dijo— con ese humor. Es una lástima que la cara no lo favorezca —me inspeccionó más de cerca—. ¿No nos conocemos de alguna parte?

—Mucho gusto —le dije—. Hasta la vista —tiré de la soguita y me bajé en la primera esquina. Caminé hasta el primer pasaje, entré en él y comencé

a correr. Atravesé tres pasajes. Luego tomé un taxi y bajé a unas cinco cuadras del Brown Jug. El resto lo hice a pie.

Misty no había exagerado al decir que el sitio estaba en agonía. Aún antes de entrar me di cuenta de que las ventanas a la calle no habían sido lavadas hacía varias semanas y era evidente que el patrón suponía que la clientela gozaría más de la comida si olía los aromas de la cocina mientras comían.

Pero, tuve que admitir, los clientes habían aprendido que es mala educación mirar fijo a la gente. Cuando entré, los hombres de negocios que comían en el mostrador, continuaron leyendo sus diarios sin mirarme y las empleadas de las mesas terminaron sus ensaladas de frutas sin perder bocado. El mozo que tuve que eludir para llegar al rincón del fondo donde esperaba Misty, me consideró sólo un obstáculo más que debía salvar en su camino a la cocina mientras llevaba una fuente llena de platos.

Me senté junto a Misty y su pierna rozó la mía bajo la mesa. Dijo:

—Vete, alguien me siguió.

—¿Dawson?

—No, un hombre más grande. No le vi la cara.

—¿Lo eludiste?

—Creo que sí.

—¿Conseguiste la cartera?

—Sí. Pero casi me atrapan. Dawson no irá a su oficina hasta muy tarde, y la buscaba.

—¿Dónde está?

—Bajo la mesa.

—Muy bien. ¿Y la tarjeta de ese hombre de la compañía de seguros? ¿La encontraste?

Asintió y abrió su cartera. Extrajo una tarjeta y me la dio.

—Toma.

La tomé. Pertenecía a Fisk, del que había oído hablar cuando yo mismo llamé a la compañía de seguros. Le dije a Misty:

—¿Qué sabes de Struthers?

—Poco.

—¿Crees que podría haber estado mezclado en todo esto?

—Su hermana lo está. Quizá él también.

Se acercó el mozo y pedimos sándwiches de lomo y cerveza.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Le dije:

—Eso explicaría una serie de cosas. Por ejemplo porque la cartera vieja de Dawson estaba aún en su oficina. Estaba aún en su oficina porque habría sido Struthers quién sacó el dinero del banco.

—¿Entonces para qué quieres la cartera de Dawson?

—Porque aún no estoy seguro de lo de Struthers. Quizá Dawson haya llevado el dinero en su cartera, luego lo haya transferido a otra parte, y después haya regresado con la cartera vacía.

—Aún así, ¿para qué quieres la cartera ahora?

—Tengo dos motivos. Quiero que un par de personas la vean. Quizá alguno de los ascensoristas del departamento de Dawson lo hayan visto trayéndola consigo el día del robo. Eso sería otro eslabón de la cadena. Y además tengo esa trampa... No está aún completamente elaborada, pero trataré de que parezca que la cartera tuvo mucho que ver en el robo. Eso enfocará por un tiempo la atención sobre Dawson y no sobre mí.

—¿Cómo lo harás?

—Estoy preparando una artimaña gracias a la cual parecería que Watson extorsionaba a Dawson con la cartera.

—Bueno —dijo—. Supongo que sabrás lo que haces.

Pensé en cómo iban las cosas y cómo esperaba yo que terminasen, y dije:

—Lo sé.

Puso su mano sobre la mía.

—Vance, cuando llamaste esta mañana, ¿qué hacías?

—Misty quisiera decirte, pero no puedo. No ahora. Si el tiro sale por la culata, serías cómplice de una tentativa criminal de prefabricar pruebas. Y entonces estarías tan complicada como yo.

—Ya lo estoy.

—Esto es diferente —el mozo se acercó con nuestro pedido—. Así es como debe ser.

Ella protestó:

—No quiero que me protejan.

—Lo querías si supieses qué es lo que te conviene —mordí mi sándwich con energía—. ¿Quieres conocer mi teoría sobre el asunto?

—Sí, claro está.

—He pensado mucho en esto toda la mañana. En primer lugar, creo que Struthers está implicado. Sé que su hermana lo está, aunque estoy bastante seguro de que lo mató ella. Pero estaba en el departamento de Dawson la tarde que fui a visitarlo, y le avisó desde el *hall* que yo estaba escondido en el corredor. Y pude ver cómo Dawson la miraba. Está loco por ella. No me sorprendería que ella manejara todo el asunto.

—Quizá —comentó Misty—. Quizá tengas razón.

—A propósito —dije—, ¿has oído hablar de la Sundown Oil Company?

—Algo. Soy uno de los directores de la compañía, eso es todo —se rio—. Pero sólo nominalmente. Dawson me dio una acción —que es todo lo que necesita un director— y me dijo que el grupo de accionistas que él representaba votaría por mí. Ellos me indicarán cómo votar en todos los casos. Eso es todo lo que sé. Pero la cosa me interesó y compré otras acciones por mi cuenta. Supongo que eso me convierte en generala. De todos modos, es mi único capital.

Miré con admiración su magnífica figura y la belleza de su cara, y dije:

—No tu *único* capital, querida.

Cuando retomamos la conversación, no hablamos de asesinatos, ni de robos, ni de Dawson. Casi olvidé lo que había sucedido durante los últimos cuatro días; Misty no era más que una chica a quien yo conocía hacía mucho y que jamás olvidaría, porque no existía nada más que nosotros dos, y nada sucedería jamás ni nada importaría nada. Podía aspirar el perfume de su cabello, y sus ojos eran místicos como su nombre y yo tenía un nudo en la garganta.

—Vance —dijo suavemente.

—Sí.

—Tengo que volver al trabajo.

—Bueno —hice señas al mozo y pagué. Nos pusimos de pie y salimos. Al llegar a la calle, Misty dijo:

—¡Vance, la cartera!

—Vuelvo a buscarla —dije.

—Caminaré lentamente —replicó.

Volví a entrar al restaurante, busqué bajo la mesa, y tomé la cartera. Cuando volví a salir a la calle Misty me hizo señas desde la esquina. Hacia allí me dirigí.

En ese momento el mundo hizo explosión junto a mi oído. Oí un silbido agudo y el ruido de una bala rebotante en la pared, a mi lado.

Me tiré al suelo. La gente a mi alrededor gritó.

Luego las balas de una pistola ametralladora rociaron el área.

Un coche se alejó a gran velocidad.

Me puse de pie y corrí hacia Misty. La tomé de la mano.

—Vamos —grité—, larguémonos de este sitio.

Comenzamos a correr, ella con dificultad por sus tacos altos, ambos sin respiración y asustados. Había un taxi en la esquina; abrí la puerta. Le di una dirección al conductor, empujé a Misty y la tomé del brazo.

—¿Quién era? —dije—. ¿Quién era?

—Vance —sollozó histéricamente.

—Nos buscaba a *los dos*, nena —dije—, pero cuando regresé a buscar la cartera tuvo que elegir el blanco más valioso. Por eso esperó que saliera por segunda vez. Entonces oprimió el gatillo. Pero no fue accidente que esas balas barrieran la vereda. Te querían dar a ti también. Te aseguro.

Se aferró a mí.

—Vance, no vi quienes eran.

—Yo tampoco. Seguramente Dawson. El tipo que te siguió... seguramente le habló a Dawson; Dawson vino en su coche y nos esperó. Una vez que nos haya liquidado, él y su chica podrán navegar viento en popa.

—¿Qué haremos?

—Te llevo al banco. Ahí no intentará nada. Pero no quiero que duermas en tu casa esta noche, ni que vayas a tu casa si yo no te lo digo —medité un minuto—. Te llamaré luego pero no usaré mi nombre. Ahora no podemos saber quién puede escucharnos. Si llamo, te diré que habla Fisk, de la compañía de seguros. ¿De acuerdo?

Trató de sonreír.

—De acuerdo.

—No te aflijas. Pasada esta noche se terminan nuestras preocupaciones, porque esta noche, querida, esta noche tendremos nuestra retribución.

OceanofPDF.com

VIII

Dejé a Misty en el banco; y al alejarme vi a Dee Francis que salía por la puerta que Misty acababa de transponer. No parecieron reconocerse.

Hice que el conductor me llevase a Borgson's, la mayor imprenta de la ciudad. Me atendió un empleado de edad, con protectores para los puños y una visera verde sobre un par de lentes.

—¿Señor? —dijo.

Saqué la tarjeta de Fisk de la Gibraltar Fidelity, esa que Misty me había dado durante el almuerzo. Dije:

—Trabajo para la Gibraltar Fidelity. Nos ocupamos ahora de un robo de joyas. Creemos que pueden haber sido depositadas en una estación de tren o de ómnibus —le mostré el talón que le había quitado a Watson en Forest Road—. Puede ser que estén en el depósito que usa este tipo de talonario. ¿Por casualidad no imprimieron esto ustedes?

Lo miró durante más de un minuto. Finalmente dijo con aire pontifical:

—No imprimimos talones de depósitos —dio vuelta del revés el talón y lo puso contra la luz—. No es muy buen trabajo.

—¿No sabría decirme quién imprime estas cosas?

Meneó la cabeza lentamente.

—Debe haber muchos lugares en la ciudad —dije— donde hacen trabajos así.

—Los hay —dijo sabiamente.

Era como extraer muelas.

—¿No podría darme el nombre de algunos?

Finalmente extraje tres nombres. Probé en los dos primeros sin suerte. Pero en el tercero encontré oro. Habían impreso el talón, sin duda, y lo habían impreso para el depósito principal del Almacén Central. Les agradecí y tomé otro taxi hasta lo de mistress Watson.

—Mistress Watson —dije al entrar, enseñándole mi tarjeta de Fisk—. Acabo de recordar que no le dejé mi tarjeta esta mañana.

La miró sin interés y se dirigió a una silla. La seguí y le mostré la cartera.

—Conviene que la mire bien, así podrá darles una descripción exacta.

Asintió vagamente, dándole unas vueltas en sus manos.

Volví a tomar la cartera y dije:

—Ya sabe qué les dirá a los policías, ¿no?

—Sí.

—Pues bien, dígaselo y daremos cuenta de Dawson y cobraremos esa recompensa.

Me puse de pie para irme, pero en el momento en que llegué a la puerta, la de servicio me pareció mejor salida: frente a la casa estaba estacionado un coche de la policía.

Habían identificado a Watson antes de lo que yo esperaba. Eso significaba que debía moverme rápido. Lo que hiciera tenía que ser hecho con precisión de fracción de segundo, porque no me darían dos oportunidades.

—Aquí está la policía, mistress Watson —dije—. Será mejor que salga por la entrada de servicio. Todo se arruinaría si se enteraran que le he estado hablando.

Pasé por la cocina y salí a un patiecito inmundo; daba a un pasaje, y luego a una calle sin vegetación alguna. Tomé el atajo por el pasaje y veinte minutos después estaba de regreso en el *Wellington Arms*, listo para el próximo paso.

Encontré una florería cerca y compré una caja de flores de diez dólares. Puse una tarjeta que firmé con las iniciales *F. D.* Le dije a la vendedora que yo iba a la habitación de Laura Struthers, en el *Wellington Arms*, y que quería que las flores llegaran apenas llegara yo. Asintió comprensivamente y dijo que me complacería.

Estaba el noventa por ciento seguro de lo que habría que hacer en adelante; pero quería el cien por ciento de seguridad. Así es que iba a darle a Laura la posibilidad de mentirme con relación a esas flores. Si no admitía

ella que venían de Fred Dawson quería decir que trataba de ocultar todo contacto con él.

Caminé hasta el *Wellington*, entregué la cartera en un guardarropas, subí a la habitación de Laura y golpeé a la puerta. Abrió.

Tenía puesta una blusa blanca de seda metida ajustadamente dentro de un par de pantalones de terciopelo negro. Su cabello, negro como el carbón, estaba apilado sobre su cabeza, revelando pequeños aros que hacían juego con las ornadas sandalias doradas que llevaban sus pies.

Entré y cerré la puerta detrás de mí.

Me rodeó con sus brazos y se empujó contra mí.

—He estado esperando que volvieras.

—Estoy seguro de ello —dije—. Así podrás acuchillarme por la espalda nuevamente —quité las manos de mi cuello—. ¿Por qué llamaste a la policía esa noche? ¿Por qué les dijiste que traté de violarte?

Nos interrumpió un golpe en la puerta. Era el chico con las flores. Después que Laura hubo abierto el paquete, dije:

—Lindas. ¿Quién te las envía?

—Fred Dawson.

—No puede ser —dije.

—Pero es —me enseñó la tarjeta con las iniciales F. D.

—Cualquiera pudo haber puesto sus iniciales en la tarjeta —dije—. ¿Por qué no llamas a Dawson y le agradeces? Apuesto un dólar a que no sabe de qué estás hablando.

—Acepto la apuesta —replicó. Llamó al Securities Exchange Bank y pidió hablar con Dawson. Oí que decía:

—Ah, lo siento. ¿Quiere decirle que miss Struthers llamó para agradecerle las flores?

Después de colgar me miró y me dijo:

—Su secretaria dice que no estará hasta más tarde.

Yo pregunté:

—¿Así que no te sorprende recibir flores de Fred Dawson?

Me observó sutilmente mientras se sentaba otra vez.

—No me sorprende recibir nada de ningún hombre. En cuanto a Fred, bueno... —titubeó y señaló una muñeca de trapo recostada contra una

ventana...—. Me la regaló él. Colecciona esas cosas, créase o no.

—Debe ser una linda amistad la de ustedes dos —dije—. La noche siguiente al asesinato te vi salir de su departamento. Y tú también me viste, y lo llamaste desde abajo para decirle que estaba escondido en el corredor.

—Estás loco —dijo—. Jamás lo llamé desde abajo. Ni te vi.

—¿Qué hacías en el departamento de Dawson?

—Fred me pidió que fuera a verlo.

—¿Para qué?

—Quería saber algo más sobre la nota que me dejó mi hermano la tarde en que lo mataron.

—Creí que me dijiste que se te había perdido.

—Así es.

—Entonces, ¿para qué fuiste?

—De todos modos quería hablarme. Quería saber si Bob me había dicho algo que explicara por qué lo habían matado.

—¿Y había dicho algo?

—No.

Pensé en lo que Dee Francis me había dicho: que Struthers y su hermano eran accionistas de la Sundown Oil Company. Laura me había dicho la verdad acerca de quién le había mandado las flores. Decidí darle otra oportunidad para que me mintiera.

—¿Oíste hablar alguna vez de la Sundown Oil Company? —dije.

Su comportamiento se volvió más cuidadoso.

—Sí. Mi hermano tenía acciones en esa compañía.

—¿Y tú?

—Unas pocas.

—Tú eres la heredera de tu hermano, ¿no?

—Sí.

—Así que recibes todas las tuyas.

—No. La corporación tiene privilegios sobre sus acciones y tiene que rechazarlas primero. Lo mismo para con las de los otros promotores originales. Todos firmaron un convenio al principio.

Era un tiro al azar, pero dije:

—¿No estás tratando de subvertir el convenio?

—Quizá.

—¿No sería esa la verdadera razón por la que estuviste en el departamento de Dawson la noche siguiente al asesinato?

—No.

Traté de desorientarla.

—Dawson me dijo que de eso habían hablado.

—Bueno, pues miente.

—Sí, sin duda, alguien miente.

—Te estás poniendo molesto —dijo—. ¿Por qué no me dejas y te vas?

—Estoy cómodo.

—Bueno, con tu permiso, me voy a vestir.

—Con mucho gusto.

Entró al dormitorio, dejando la puerta abierta, y yo vagué por la sala, revisando cajones y cigarreras. En un cajón debajo de una pila de viejas cartas, estaba el revólver que Laura había usado conmigo la tarde del crimen. Me lo metí en el bolsillo y fui a la cocina donde me serví algo de beber. Volví a la sala y puse la radio. Un programa de canciones intercalaba avisos comerciales entre disco y disco. Apagué.

Me senté en el sofá e hice girar el hielo en el vaso. Puse el líquido ámbar contra la luz y dejé que volaran mis pensamientos. Pensé primero en el asesinato de Struthers. Tal como yo lo veía, Dawson había acompañado a Struthers a su casa después que el dinero fue depositado y asegurado en el Almacén Central. Riñeron. O quizá ni siquiera riñeron. Quizá Dawson simplemente decidió que ya era hora de separar a los hombres de los niños. Extrajo el revólver y mató a Struthers. En ese momento sonó el teléfono. Era Vance Westfall y Dawson no pudo resistir a la oportunidad. Fingió ser Struthers y me urgió a que fuera a verlo. Luego corrió a la pieza de Laura Struthers y dejó una nota, supuestamente de su hermano, diciendo que su vida peligraba.

Para hacerlo debía saber que ella no estaba. Y que regresaría más o menos a la hora de mi llegada. Si no hubiera sabido eso, la nota de nada habría servido... porque de nada valdría que ella subiera al cuarto de su hermano después que yo me hubiera ido.

Más tarde Dawson comenzó a preocuparse por esa nota. Se dio cuenta del peligro que encerraba, peligro que había pasado por alto en los caóticos minutos siguientes al asesinato. Pensó que alguien podía tomarse el trabajo de verificar la firma o la letra de Struthers. Así es que llamó a Laura. Aunque Laura participara del robo, él sabía que ella no aceptaría el asesinato de su hermano. Laura le dijo que no tenía la nota. Entonces trató de calcular cuánto sabía y cuanto adivinaba. Y la llamó a su pieza para averiguarlo. Es posible que realmente Laura no me hubiera visto cuando salía del departamento. Recordé que me daba la espalda cuando apareció en el corredor. Dawson en cambio estaba frente a mí: debía ser él quien me vio.

Grité a través de la puerta del dormitorio:

—Cuando llegaste al cuarto de tu hermano dijiste que venías de un desfile de modas, ¿no?

—Sí.

—¿Sabía tu hermano que habías ido?

—Sí. Estaba citada a cenar con él. Le dije que estaría de vuelta a las seis y media.

Era fácil ver qué había sucedido. Struthers y Dawson habían discutido y Struthers había tratado de contener a Dawson mencionando que su hermana llegaría de un momento a otro.

Dije:

—¿Y la nota que tu hermano dejó en tu puerta? ¿Tenía algo raro?

—No.

—¿Era letra de él?

—Tenía su firma. La nota estaba escrita a máquina.

—Claro.

—¿Qué quieres decir?

Dije:

—Un hombre escribe una nota diciendo que su vida peligró. Tiene prisa. Está agitado. Está nervioso. Entonces se sienta a la máquina y... No. Ni por asomo. ¿Conoce alguien capaz de escribir a máquina más rápido que a mano? La nota estaba escrita a máquina para que lo único posible de verificar fuera la firma.

Pareció aliviada.

—¿Entonces, por fin, me crees cuanto te digo que *hubo* una nota?

—Por lo menos dudo... —tomé mi vaso y me dirigí al dormitorio. Cuando entré, Laura estaba en paños menores y se deslizaba dentro de una pollera negra de tafetas.

—Gracias por pedir permiso —dijo. Se puso una blusa y agitó la cabeza alternativamente. Fui hasta su cómoda y comencé a abrir cajones.

—Lo más simpático en ti —dijo— es que te sientes siempre tan *en tu casa*... ¿Podría permitirme preguntarte qué es lo que buscas?

—Un reloj. No quiero hacerte perder más tiempo.

—Ya que estás aquí, podrías abrocharme la blusa en la espalda.

Depositó mi vaso y le abroché la blusa. Tomó un collar de oro de su “dressoir” y dijo:

—Ahora esto.

Ajusté la cadena y ella se alejó para mirarse en el espejo. Se alisó la pollera y se pasó la mano por el cabello. Se dio unos toques de perfume detrás de las orejas y en el cuello.

—¿Cuántas veces por día te cambias de ropa? —pregunté.

—No sé.

—Debe resultar monótono.

—¿Y qué otra cosa voy a hacer? ¿Leer libros? —se sentó frente al “dressoir” y comenzó a cepillarse el cabello—. ¿Encontraste lo que buscabas en la sala? Olvidé decirte que guardo las joyas junto con la crema facial.

—¿Y los talones de equipaje? ¿Dónde?

Indicó el ropero:

—Uso zapatos con tacos ahuecados. Generalmente los guardo ahí.

Tomé mi vaso y me dirigí a la sala.

—El whisky es bueno. ¿Te preparo uno?

—¿Sabes que eres el primer hombre que trata de arrastrarme *fuera* de un dormitorio?

—Eso se llama *finesse*. Se adquiere leyendo libros.

—Tomaré un trago. Lo prepararé yo misma —se puso de pie y me siguió. Yo me senté en el sofá de la sala y ella fue a la cocina a preparar las

bebidas. Me ofreció una y yo tomé la otra, la que ella reservaba para sí.

—¿No te importa? —dije.

—No —replicó—. Me figuraba que lo harías, de modo que puse el veneno en la que tomaste ahora.

Bebí un poco y dije:

—¿Alguna vez ha andado en líos tu hermano?

—Por supuesto que no.

—¿Cómo le iba en el banco?

—Nada espectacular. El mismo empleo durante los últimos diez años.

—¿Y Dawson? ¿Cuánto hace que está ahí?

—Unos dos años. Tiene la mujer en un sanatorio. Demente.

—Para poder pagar eso y el departamento que tiene debe contar con otros ingresos.

—Hizo algún dinero hace unos años.

—¿Cómo?

—No sé exactamente. Un pariente lejano que falleció, dice. Era el único heredero.

—¿Cuánto hace de eso?

—Creo que unos tres años. No trabajaba en el Securities Exchange en ese entonces. Estaba en el National Commerce. Cuando vino al Securities Exchange le dijo a Bob que acababa de heredar una fortuna. Bob siempre le envidiaba poder concurrir a los clubs caros y cosas por el estilo.

—¿Es por eso que tu hermano trataba de eliminar a Dawson de la Sundown?

—Nunca supe que se propusiera eso.

—No esperarás que te crea, ¿no?

—¿Qué te pasa? Todo lo que digo es motivo para que protestes.

—Estoy dispuesto a ser sociable. Pero quiero saber qué se está tramando.

—Bien, seamos sociables —se quitó los zapatos, se acercó a la radio y puso música bailable. Volvió y se sentó a mi lado—. Pásame tu brazo por la cintura.

Lo hice. Dijo:

—Así es mejor.

—Mi pequeña gitana —dije.

Me puse de pie y la alcé en vilo. Pasó un brazo por mi cuello y me miró apasionadamente, con los ojos entrecerrados. La llevé al dormitorio y la deposité en la cama. Se dejó estar ahí, pasivamente, mirándome con una sonrisa lánguida e invitante. Me encaminé hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —exclamó.

—Tengo mucho que hacer, querida. Si necesitas algo llama al mucamo.

La oí gritar después que cerré la puerta y crucé la sala corriendo. Me lancé por las escaleras de servicio y bajé hasta la calle.

Recordé una casa de empeños y hacia allá me dirigí. Las vidrieras a ambos lados de la entrada, estaban atiborradas de cámaras, equipos de pesca, rifles y joyas baratas. El propietario, con aspecto de Buda, luciendo camisa y saco violeta supervisaba su mundito privado desde la puerta.

—¿En qué puedo serle útil, señor? —inquirió con una voz ronca casi inaudible.

—Veremos.

Dio media vuelta y entró. El interior era una polvorienta colección de los trastos más diversos, desde cuernos de reno, hasta sillas chippendale. Al fondo había una especie de jaula de alambre; dentro, sentado en un banco alto, un esqueleto cubierto de piel seca y blanca como un pergamino bíblico, examinaba un anillo de mujer a través de una lente de relojero. El primer hombre me dijo:

—¿Entonces?

Miré a mi alrededor.

—¿No tiene valijas usadas?

—¿Cuánto quiere pagar?

—Tres dólares.

Meneó la cabeza.

—¿De otro precio? —insistí.

Fue hacia un barril que había en un rincón del local, lo inclinó de lado y lo echó a rodar fuera del paso; revolvió algunas cajas; y al rato volvió con una valija maltratada cuyos costados estaban tan gastados que mostraban el cartón debajo de la imitación cuero.

—Diez dólares —resolló.

—Cinco —dije.

—Diez.

—No.

Volvió a arrojar la valija al montón.

—Está bien —dije—. Me convenció.

Conté diez dólares y se los di. Los volvió a contar y dijo:

—Es suya.

La tomé y me fui. Encontré una librería de segunda mano. Al frente tenían una mesa de madera sobre la que había volúmenes maltratados que nunca había oído nombrar, a diez centavos cada uno. Tomé una docena, entré y pagué; puse los libros en la valija, la cerré con la llavecita que venía atada a la manija, me guardé la llave, e hice señas a un taxi que me llevó hasta el Almacén Central.

Mucha gente trasponía los portones que llevaban a los andenes, y aquí y allá, pequeños grupos de familiares repetían las estereotipadas escenas de bienvenida o de despedida. No lejos de mí, un marinero joven leía una revista de historietas frente a un puesto de revistas, y más allá una mujer obesa, de mediana edad, sentada en la dura madera de un banco de la sala de espera, miraba impasible al gran reloj que había sobre la entrada de una recova donde estaban instaladas las farmacias, bares, y tiendas de rigor.

Di algunas vueltas con mi valija hasta encontrar el depósito de equipajes. Dejé la valija a unos quince metros y llamé a un changador.

—¿Señor? —dijo éste.

—Quiero que me guarden esto —tomó la valija y la llevó al depósito; regresó a los pocos minutos trayendo un talón. Extraje el trozo de talón que le había quitado a Watson y lo comparé con el que me acababan de entregar. El que le había hallado a Watson decía así:

6459
por día
sponsables
os. Todo
mado dentro
será

gastos.

El que me habían dado por mi valija decía así:

Talón N° B-4-6-8929

Tarifa, diez centavos por día.

No nos hacemos responsables
por artículos perdidos. Todo
equipaje no reclamado dentro
de treinta días será
vendido para compensar los gastos.

Guardé ambos talones y me metí en un cine, en el otro extremo de la estación. Tuve que soportar una investigación parlamentaria, un match de box, un concurso de belleza en Florida y el aterrizaje de un helicóptero sobre un portaaviones. Volví a la estación. Caminé lentamente hasta el mostrador del depósito.

Pasé de largo y me metí en un bar donde pedí un *ice-cream-soda*. Una vez que hube terminado el *ice-cream-soda*, salí y compré unas revistas que me puse bajo el brazo como lo hacen quienes viajan habitualmente. Luego me acerqué al depósito.

Había allí un empleado mascando goma, fuerte como un toro, con un lápiz sobre la oreja; la camisa arremangada mostraba unos brazos peludos y tatuados.

—¿...?

—Oiga, estoy en un lío terrible. Tengo que tomar un tren dentro de diez minutos y perdí mi talón. ¿Sería posible que entrara a buscar mi valija yo mismo? Está cerrada con llave, pero podría identificar todo lo que hay en ella.

—¿Dónde lo perdió? —preguntó, sin comprometerse a nada.

Me encogí de hombros.

—No sé.

—Eh, Pete —gritó por encima de su hombro—, aquí hay un tipo que perdió su talón. ¿Lo dejamos entrar a que busque su valija?

Pete apareció entre dos hileras de equipajes y se acercó al mostrador. Me miró de arriba abajo.

—¿Cuándo entregó su valija?

—Hace tres o cuatro días. Puse el talón en mi billetera. No sé qué se hizo de él.

—No estamos autorizados a dejar que la gente pase de este lado del mostrador. ¿Qué aspecto tenía su valija?

—Ese es el problema: es difícil de describir. Por eso pensé que sería más fácil que la encontrara yo mismo —eché una ojeada al gran reloj que estaba sobre la arcada—. Tengo unos ocho minutos hasta que salga el tren. No los voy a molestar mucho. Y puedo identificar el contenido de la valija —me puse la mano en el bolsillo y les mostré la llave. Aquí está la llave. Cuando la encuentre, ustedes podrán abrirla y verificar la descripción.

Pete miró su reloj.

—Si el jefe me llega a descubrir haciendo esto, me echa. Está bien. Venga.

Levantó una sección del mostrador y entré. Me llevó a unos estantes, al fondo a la derecha.

—La mayor parte de lo entregado hace tres días, está por aquí.

—Gracias —dije, y comencé a examinar superficialmente las valijas, fijándome en el número del talón que cada una llevaba consigo, en busca de alguna cuyo talón terminara en 6459, las cuatro últimas cifras del talón que le había quitado a Watson.

Pete me observó durante treinta segundos y luego desapareció para continuar lo que había estado haciendo. Busqué con frenesí. Cuando estaba por abandonar, la encontré.

El talón correspondía a una caja de sombreros. Apenas la vi, me di cuenta de lo ciego que había estado. No era Dawson quién había sacado el dinero del banco en su cartera. Tampoco Struthers. Había sido la chica, y había usado una caja de sombreros. Allí es donde habían sacado la bolsa de lona del banco. Una bolsa de dinero cabía perfectamente dentro de una sombrerera.

Mi corazón vibraba como un reloj despertador cuando deshice el nudo que ataba el talón a la sombrerera.

Eché un vistazo a mi alrededor. Pete no estaba a la vista. Miré hacia el mostrador. El otro tipo marcaba dos bultos pertenecientes a una señora de edad, y ya los llevaba a los estantes que quedaban a mi espalda.

—¿No la encontró todavía? —preguntó.

—No.

—Perderá el tren.

—Espero que no.

En cuanto volvió al mostrador miré los estantes donde acababa de ubicar los dos bultos. Mi valija estaba pocos metros de ellos. Velozmente quité el talón a mi valija y le puse en cambio el que acababa de quitar de la sombrerera. En seguida puse el talón de mi valija en la sombrerera e intercambié la valija por la caja de sombreros, de modo que una ocupaba ahora el lugar de la otra.

Grité.

—¡La encontré!

Pete se acercó adonde yo me hallaba. Puse mi mano en la valija.

—Muy bien —dijo— vamos al mostrador. Ahí nos dirá qué hay adentro.

Llevó la valija al mostrador. Metió la llave en la cerradura. Dije:

—Tengo unos doce libros ahí adentro. La mayoría bastante viejos.

—¿Eso es todo? —preguntó Pete.

—Sí.

Abrió la valija y vio los libros. Se rascó la cabeza.

—Bueno, es suya.

—¡Qué suerte haberla encontrado!

—Una cosa más —dijo—, necesitamos algún documento suyo y tendrá que firmar un recibo. De otro modo, el tipo que encuentre el talón, vendrá a reclamarnos la pérdida de su valija.

—Sí —dije—, comprendo, metí la mano en el bolsillo y extraje el trozo de talón que le había quitado a Watson.

—¡Un minuto! —exclamé—. ¡Aquí encontré un trozo de mi talón! —Se lo entregué a Pete—. ¿Ve? Las cuatro últimas cifras coinciden con las del talón de la valija.

Pete las comparó.

—No sé qué ha pasado —dije—. Debo haberlo roto sin querer, y he extraviado el resto.

—Sí —comentó Pete—, supongo que así debe haber sido.

Miré el reloj sobre la arcada.

—Tendré que apurarme para alcanzar el tren. Supongo que si tiene las últimas cuatro cifras del talón no necesitará el resto, ¿no? Si alguien encuentra el otro trozo, con sólo las primeras cifras no podrá identificar un bulto determinado, ¿no?

—Bueno, sí, está bien. —Pete se inclinó sobre el mostrador y miró el reloj—. No quiero hacerle perder el tren. Qué diablos, así está bien. Al fin y al cabo usted tenía la llave, supo identificar el contenido, y tenía parte del cupón. Eso basta.

—Gracias, dije. Tomé la valija y mis revistas y corrí en dirección a un andén. Me abrí camino por entre el gentío y bajé unos escalones hacia los andenes. Subí al primer vagón. Fui hasta la mitad y puse la valija en uno de los portaequipajes. Dejé las revistas en el asiento. Luego di media vuelta y descendí del tren. Me dirigí hasta otra escalera y volví a la estación.

Vi un cartel que decía *Teléfonos*. Fui hasta allí y busqué la dirección de la Gibraltar Fidelity. Llamé a un changador. Le di el cupón que me habían dado cuando entregara la valija con los libros.

—¿Quiere ir a traerme la sombrerera de mi mujer, por favor?

Esperé.

Las manos me sudaban. Comencé a pensar en las cosas que aún podrían fallar. La gente del mostrador de equipajes podía haberme reconocido. Alguno podía recordar haber aceptado la valija unos minutos antes de que yo la reclamara, y no tres días atrás, como yo había dicho. Podían haberme visto subir a un andén del que no saldría inmediatamente ningún tren. Y el changador podía dejar caer la sombrerera al suelo, desparramando un cuarto de millón de dólares en el depósito...

Quise correr. Esperaba que la policía me rodeara en cualquier momento. La gente me miraba. Miré el reloj y vi que el minutero se movía bruscamente. A menos de tres metros de distancia un hombre de gris leía un diario que aún hablaba del robo y del asesinato en la primera página.

Me moví nerviosamente y traté de ubicar a mi changador entre la muchedumbre. Ni siquiera podía recordar su aspecto, si era alto o bajo, gordo o flaco.

Por fin lo vi, con la sombrerera en la mano, acercándose lentamente entre la gente. Otro changador lo llamó. Conversaron. El hombre del traje gris me miró con curiosidad. Llegó el changador. Depositó la caja en el suelo y le di una propina.

Me quedé mirando la sombrerera un rato, pensando en todo lo que había sucedido por su culpa, y en todo lo que todavía debía suceder. Un cuarto de millón de dólares. Pensé en lo que podía hacer con ese dinero si compraba un pasaje de avión a Méjico. Podía vivir de lo que había en esa caja por el resto de mis días.

Pensé la vida que haríamos si llevaba a Misty conmigo. Pensé en las posibilidades que tenía de aclarar mi situación, aún si devolvía el dinero.

Finalmente levanté la caja y salí al andén de taxis, fuera de la estación. Encontré uno y di la dirección de la Gibraltar Fidelity. Una vez en camino, quité el talón y lo arrojé por la ventana.

Las oficinas de la Gibraltar ocupaban todo el duodécimo piso de un rascacielos céntrico. A la salida del ascensor, una empleada aerodinámica me preguntó a quién deseaba ver y yo dije que a míster Fisk.

—¿Su nombre, por favor? —dijo.

—Adams.

—¿Está citado?

—No.

—¿Podría saber para qué quiere verlo?

—No.

—¿Cómo dice?

—Digo que le diga a Fisk que tengo prisa. Si no quiere oír mi propuesta, la presentaré en otra parte.

Oprimió un botón en el conmutador e inclinó la cabeza de tal modo que no alcancé a oír lo que decía. Luego se volvió y me miró como si me apuntara un dardo venenoso al corazón.

—Puede pasar, míster Adams. Habitación 1220. Por esa puerta, a mitad del pasillo, a la derecha.

Seguí las indicaciones y hallé a Fisk sentado en una oficinita, la tercera parte del tamaño de la de la empleada. Tenía más o menos mi edad, y era un tipo delgado y anémico, con anteojos con marco de hueso y un vivaracho moñito rojo con lunares.

Terminó de firmar unos papeles antes de mirarme. Al verme, una leve sonrisa le surcó la cara.

—Bueno, Westfall —dijo—, justamente estaba pensando en usted.

Di un portazo y extraje el revólver de Laura Struthers. Arrimé una silla.

—Siga pensando, Fisk. No intente hacer otra cosa.

Sonó el teléfono. Preguntó:

—¿Puedo contestar?

—Adelante.

Tomó el auricular y dijo:

—Fisk —hubo una pausa. Fisk asintió de vez en cuando a lo que la otra persona decía. Finalmente Fisk habló:

—Es muy raro que la valija se pierda justamente ahora.

La voz del otro lado respondió algo. Fisk dijo:

—Sí, hay que tratarlo con diplomacia pues es un hombre importante. Pero por lo menos debería hacer aparecer la valija.

Fisk continuó escuchando algo más, y luego explicó:

—Tengo un cliente en mi oficina. Volveré a llamar —me miró a la cara y agregó—: Si no llamo antes de quince minutos, llámeme usted.

Colgó el tubo y comenzó a abrir el cajón del escritorio. Apunté el revólver a su frente:

—Las manos sobre la mesa, Fisk.

—Quería fumar.

Le tiré un atado de cigarrillos. Lo tomó en el aire. Dije:

—Yo no robé el dinero.

Fisk dijo:

—Dio en la tecla. Usted no lo robó. Me alegro de que me lo diga, porque ya hemos perdido mucho tiempo. Cometimos la locura de suponer que había sido usted.

—Nunca trabajé en el Securities Exchange Bank. Pero había un tipo llamado Watson, a quien mataron ayer en una vieja casa de Forest Road, que se hizo pasar por mí. Fue él quien robó el dinero.

—¿Come sabe que el tipo que mataron ayer se llama Watson? Su nombre no apareció aún en los diarios.

—Yo estuve allí ayer.

—¿Por qué lo mató?

—No lo maté.

—Seguro, lo mató... ese pícaro ladrón...

—Infantil —dije.

—¿Exactamente qué hacía usted en Forest Road?

—Pensaba comprar esa propiedad y convertirla en hostería. El agente me dio la llave. Entré y me encontré con Watson. Dijo que él era el propietario y que jugaríamos a los naipes para ver si me quedaba con el sitio por nada y si se duplicaba el precio pedido. Jugamos. Watson me dijo que yo hacía trampa. Sacó un revólver. Me enojé; le di un golpe y lo conecté a la instalación eléctrica.

—Se puede instalar una linda hostería con un cuarto de millón de dólares.

—Sí. Por eso me duele tanto tener que devolver el dinero.

—¿Lo piensa devolver?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El dinero está en esta sombrerera.

Trató de alcanzarla. Agité el revólver delante de su cara.

—Tranquilo —dije. Patee la caja al centro de la pieza—. ¿Hay una recompensa por devolver el dinero?

—Cinco por ciento.

—Creía que sería el diez. De todos modos el cinco es un lindo número.

Dijo:

—Olvidándonos del hecho de que será juzgado por doble asesinato y por el robo del dinero destinado a los salarios de una fábrica militar, ¿qué piensa hacer con el dinero de la recompensa? Le pregunto porque estoy escribiendo una tesis sobre la mentalidad criminal.

—Quizá me tomo vacaciones. ¿Bermuda?

—Estamos en plena temporada. Precios altísimos.

—Se vive sólo una vez.

—Eso es lo malo para usted.

—Mire. Traje el dinero. ¿Lo habría hecho si lo hubiera robado?

—Si las cosas se ponían serias...

—¡Por favor! ¡Use un poco la cabeza, por Dios!

—¿Cuándo abrimos la caja? ¿Para Navidad?

—¿Podría contarle mi historia primero?

Miró el revólver y dijo:

—Me sentiré ofendido si no lo hiciera.

Guardé el revólver en el bolsillo.

—Soy escritor. Hace un mes me ausenté para cumplir una misión encargada por la revista *Saturday Evening Post*. La misión implicaba muchos viajes y mantenerme fuera de foco; y significaba que necesitaría dinero. Así es que me dirigí al Securities Exchange Bank. Allí hablé con un hombre llamado Struthers y con otro hombre llamado Dawson. Dawson me dio trescientos dólares, y le conté cómo iba a desaparecer de la circulación durante un mes.

—¿Según usted, entonces, Dawson tenía un cómplice que asumió su identidad dentro del banco?

—Eso es. Dawson llegó a escribir una carta a un ex patrón mío para que la cosa pareciera correcta, y apenas dejé la ciudad entró a mi departamento y se llevó mi revólver. Una hermosa trampa, sin duda.

—Sí, de la cual sale usted oliendo a rosas.

Tomé la caja.

—¿Para qué perder el tiempo con un comediante? —dije.

—Tranquilo —contestó—, termine su historia.

Dejé la caja.

—Volví de mi viaje y encontré una nota de retención de fondos del Securities Exchange Bank. Fui a investigar de qué se trataba y hablé con Dawson. Me explicó que era un error, que tenía un empleado de mi mismo nombre y que debía haber sido dirigida a él. En lo cual había sólo dos

deslices: primero, que mi número de seguro social figuraba en la nota, y segundo, que Dawson tenía mi foto sobre su escritorio. ¿Sigo?

—Siga.

—Verifiqué el domicilio que figuraba en la nota, y resultó ser falso. Eso me preocupó. Lo llamé a Dawson después de horas de oficina, y no estaba en su casa. Estaba matando a Struthers. Llamé a Struthers y la persona que atendió el teléfono me dijo que fuera allí en seguida. Y así caí otra vez en la trampa.

—Hay sólo unas veinte cosas que aún no ha explicado. Una de ellas es por qué se escapó usted de la policía cuando Laura Struthers lo encontró junto al cadáver.

—Porque todo olía a podrido. Y además, ¿qué? gracias a eso recupera usted el dinero robado, cosa imposible si me hubieran encerrado. Comencé a vigilar a Dawson y muy pronto se puso en contacto con la otra persona que yo sabía que debía ver tarde o temprano. Mi doble. Fue la noche siguiente al asesinato. Estaba en el corredor frente al departamento de Dawson y Watson vino a verlo. Sólo que yo no sabía que era Watson, en ese momento. Lo que noté fue la valija que llevaba.

—¡La valija!

—Sí.

—Prosiga.

—Estaba escondido en el corredor y Watson pasó al lado mío. Llevaba la valija bajo el brazo, y eso fue lo que me dio la pauta. La llevaba como un objeto precioso, pero tenía las iniciales de Dawson. Watson entró al departamento de Dawson y escuché por la cerradura. Discutieron. Sobre el dinero. Dawson quería la valija. No sé por qué. De pronto, antes de que me diera cuenta, abrieron la puerta y ahí estaba yo agachado, espiando como una mucama. Dawson extrajo un revólver y me metieron adentro de la habitación. Decidieron llamar a la policía y en seguida matarme y decir que yo había tratado de huir. Pero después de llamar a la policía, cambiaron de idea. Watson me llevó a Forest Road. Me tuvo encerrado allí toda la noche, en una pieza de arriba; al día siguiente conecté el cordón de una lámpara para que la corriente pasara por el picaporte. La primera vez que subió Watson, recibió el golpe. La corriente lo desmayó. Esperé a que volviera en

sí. Le amenacé con su propio revólver y le hice decir dónde estaba el dinero.

Tomé la caja y la puse sobre el escritorio.

—Ábrala —dije—, ahí está.

Desabrochó la correa de cuero que rodeaba la sombrerera. Abrió la tapa. Ambos nos inclinamos para mirar. Asentada en el fondo estaba la bolsa de dinero. Fisk la sacó y la puso sobre la mesa. Comenté:

—¡Poner todo ese dinero en una caja que seguramente no cuesta más de un dólar y medio!

—Muy bien, aquí está el dinero —dijo Fisk—. Ahora yo le haré un favor. Le diré la verdad: no creo ni una sola palabra de todo lo que me ha contado.

Tomé el teléfono y se lo alcancé.

—Muy bien, llame usted mismo al Securities Exchange Bank y pida hablar con la secretaria de Dawson. Finja estar enterado de que Dawson estuvo en Forest Road y pregúntele a qué hora salió del banco Dawson.

—¿Cómo sabe usted que Dawson estuvo en Forest Road?

—Porque oí que Watson le telefoneaba desde allí pidiéndole que fuera, mientras yo estaba encerrado en la pieza.

—¿Por qué ha de saber la secretaria de Dawson qué es lo que él habló por teléfono ayer? ¿Escucha acaso todas las conversaciones?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Fisk disco. Traté de ponerme cómodo y parecer tranquilo mientras rogaba al cielo que Misty recordara la conversación que habíamos tenido después de almorzar, cuando le dije que usaría el nombre de *Fisk* si volvía a telefonar.

Fisk dijo por el teléfono:

—Deme con la secretaria de míster Dawson —hubo una pausa. Luego agregó—: Habla Fisk de la Gibraltar Fidelity. Te acuerdas de mí, ¿nena?

Misty debe haber respondido automáticamente que sí, porque Fisk dijo:

—¿A qué hora salió tu patrón para encontrarse con esa persona en Forest Road 7820, ayer por la tarde?

No pude oír la respuesta, pero Fisk dijo:

—Gracias —y colgó. Se volvió hacia mí.

—No sé qué pretende usted, pero parecía que ella supiera de qué se trataba. Dijo que a las cuatro. Vendría a ser después que estuve yo allí a raíz de un llamado hecho por algún bromista telefónico.

—No pretendo nada. Sólo quiero ayudarlos.

—Todavía no creo en su historia.

—Entonces, ¿por qué no averigua algo sobre la valija de Dawson? Por ejemplo, si todavía la tiene. Apuesto a que no. Porque cuando Watson me llevó a esa casa de Forest Road, la tenía él.

—La policía ya se encargó de eso.

—¡La policía! ¿Cómo sabían lo de la valija?

—No creerá que se están rascando... Cuando usted llegó me llamó el capitán Brocha. La viuda de Watson contó a dos de sus hombres una historia absurda sobre el plan que tenía su marido para extorsionar a Dawson con la valija. Brocha no creyó gran cosa, pero, por las dudas, preguntó a Dawson dónde estaba su valija, y Dawson dijo que la había perdido ese mismo día.

—Bueno, eso es un alivio para mí —dije—. Quiere decir que mi historia está de acuerdo con lo que descubrieron por otro lado.

—Tendrá que explicar mucho aún más antes de zafarse de ésta.

—No se preocupe por mí —miré la bolsa de lona—. ¿Por qué no la abre? Me gustaría ver cómo es un cuarto millón de dólares.

Acercó la bolsa y tiró del cierre relámpago.

Lo único que había adentro era una muñeca de yeso.

OceanofPDF.com

IX

Miré largo rato la muñeca, la sonrisa traviesa pintada en la cara sin vida, los cequíes azules de su vestido reflejando la luz que entraba por la ventana.

La miré y pensé en cómo cada uno de los participantes en el robo se había quedado con una tercera o una cuarta parte del talón creyendo que ése era su seguro de vida. Finalmente tuve que reírme, seca y brevemente.

Fisk dijo:

—Muy bien, ¿quién es el comediante ahora? ¿Dónde está el chiste, Westfall?

—No hay chiste. Creí que el dinero estaba en la bolsa.

—Sí, creyó que estaba aquí. Engaña pichanga. ¿Dónde encontró la bolsa?

—En la sombrerera.

Sonrió con dulzura.

—¿Y la sombrerera?

—En la habitación de una mujer.

—¿Quién?

Meneé la cabeza.

—No viejo, ese dato no se lo doy. Sobre todo, después de lo sucedido —dije—. Si le doy su nombre, dentro de cinco minutos usted y Brocha estarán golpeando en su puerta y todas las posibilidades que tengo de ubicar a los responsables se habrán esfumado.

—¿No tiene una historia mejor que ésta?

—Usted me preguntó en dónde hallé la sombrerera, y yo le he contestado todo lo que puedo. Ya le dije que supe dónde estaba el dinero por Watson. Él me informó que lo tenía esta niña, y yo me metí en su departamento y lo revisé íntegro. Encontré la bolsa dentro de la caja y no

me preocupé de asegurarme si el dinero estaba adentro. Muy bien, fue un error. Debía haberme asegurado. Ya lo sé para la próxima vez.

La voz de Fisk me interrumpió:

—Bueno, ya hemos jugado bastante, Westfall. ¡Entréguese detenido!

Extraje el revólver nuevamente.

—Oiga, pedazo de boy-scout retardado —le dije—, vamos a salir de aquí juntos. Ahora mismo. Un pío a la empleada o a cualquier otro y se irá a vender seguros entre los ángeles.

Salimos al corredor y caminamos hasta la empleada y los ascensores.

—¿A qué hora estará de regreso, míster Fisk? —preguntó la chica.

—¿A qué hora estaré de regreso? —me preguntó Fisk.

Sonreí a la chica:

—Puede ser que nunca.

—Diga que hoy ya no vuelvo —indicó Fisk.

Llegó un ascensor y entramos.

—Segundo piso —dije.

Cuando desembarcamos en el segundo piso, ordené a Fisk que me llevase al lavabo de hombres. En cuanto entramos y una vez que me hube asegurado de que no había nadie más adentro, cerré la puerta con llave.

—Desvístase —le dije.

—¿Cómo?

—Desvístase.

Fisk comenzó a quitarse las ropas. Cuando quedó en calzoncillos, medias y zapatos, insistí.

—Los zapatos.

Se quitó los zapatos.

—Ahora entre a una cabina y cierre la puerta con llave —continué.

—Tomé sus ropas, hice unos nudos en los pantalones y en la camisa, y metí todo dentro del gran canasto de basura junto a las piletas. Abrí la puerta que daba al corredor y me eché a correr.

Al llegar nuevamente a la calle, anduve dos cuadras y entré a una farmacia. Llamé a Misty por teléfono y le dije que nos encontraríamos en su departamento, luego, y que no abriera a nadie, salvo a mí. Después me dirigí a lo de Dee. Tenía unas cuantas preguntas que hacerle.

Entré por la puerta de servicio y traté de oír a través de la puerta de su departamento antes de golpear. Parecía que no tenía visitas. Llamé.

—¡Hola, Vance! —exclamó al abrir la puerta.

La empujé hacia la sala.

—Pasé frente al Securities Exchange Bank después de almorzar —dije—. Te vi salir. ¿Qué hacías?

—He vuelto a pensar en tu propuesta. Te prestaré los quinientos. Fui al banco a buscar el dinero.

—¿Sabes que podría usar el dinero para irme de aquí?

—Lo sé.

—Hablaste con Dawson cuando estuviste en el banco, ¿no?

—No, no estaba —se acercó a una mesa y tomó su cartera. Me entregó el dinero. Dijo—: Se me debe estar ablandando el corazón, o algo por el estilo. No creo que vuelva a ver estos quinientos.

—¿No será que *quieres* que me vaya de la ciudad? —pregunté.

Cambió de tema.

—¿Avanzaste algo? —preguntó.

Yo me había sentado en el sofá junto a un osito de juguete. Lo tomé y lo puse sobre mi rodilla. Hablándole a él, dije:

—Ya tengo todo resuelto. Esta noche pondré punto final. Mañana estaré libre.

Dee encendió un cigarrillo y echó una bocanada de humo.

—¿Quieres decir que podrás probar que fue Dawson?

—Mejor que eso: podré probar quiénes fueron sus cómplices.

—Entonces, ¿para qué quieres los quinientos?

—Porque las cosas pueden fallar. Y si fallan, deberé salir muy de prisa.

—¿Estás más cerca del dinero robado que esta mañana?

—Ahora sé exactamente dónde está.

Se puso de pie y fue hasta la ventana. Miró a un edificio vecino.

—¿Dónde está?

—Dee —dije—, primero me dirás para qué fuiste al banco esta tarde.

—Ya te dije.

—No —dije—, no me lo has dicho.

—¿Qué quieres decir?

—Recuerda lo que te pregunté hace un rato. Te pregunté si habías hablado con Dawson.

—No hablé con él. Había salido.

—Eso es. Pero, *¿cómo puedes saber que había salido salvo que hayas preguntado primero por él?* ¿Y para qué preguntar por él, salvo que hubiera algo concreto que quisieras conversar con él? ¿Qué era, Dee?

—Tienes un cerebro maligno y suspicaz —contestó—. Esperé a que se hiciera la hora de almorzar para Dawson antes de ir al banco, porque no quería encontrarme con él. Y para asegurarme de que había salido llamé al banco desde la esquina. Así supe que no estaba. Tú me hiciste creer que él estaba complicado en el robo, de modo que no quería mezclarme con él más de lo que ya estaba. Además de eso... y aun suponiendo que te equivoques con respecto a él..., no quería encontrarme con él antes de la cita de esta noche con Laura Struthers, porque tenía miedo de que me presentara un ultimátum con respecto a la Sundown. Y como no sé cuál es la propuesta de Laura, podía haberme atemorizado obligándome a tomar partido con él.

—Tú sabes qué es lo que se propone Laura, ¿no?

—No.

—Quiere subvertir el convenio que algunos de ustedes han firmado dando a la corporación prioridad en la compra de las acciones de su hermano.

—No irá a ninguna parte. Son muy buenos abogados los que redactaron el convenio.

—Eso no lo sé —dije—, pero sé qué es lo que se propone Dawson. Durante mucho tiempo estuve tratando de adivinar qué era lo que le llevó a robar el dinero. Dawson no es un ratero común. Vive a todo lujo, pero no creo que haya robado un cuarto de millón sólo para mejorar su nivel de vida. Tiene la mujer en un sanatorio, pero no creo que robe para pagar su asistencia médica. Todo lo cual significa que lo que está en juego es mucho más importante que el monto del robo. Lo que quiere Dawson es invertir su parte del botín para controlar por completo la Sundown. Es una lástima que uno de sus cómplices lo esté traicionando.

—Tienes el mal hábito de hacer afirmaciones misteriosas que no me impresionan —dijo Dee— y, por lo que a mí respecta, te las puedes guardar.

Primero me dices que tienes todo resuelto y que mañana estarás libre. Luego murmuras algo sobre una traición. Si hay algo que quieras decirme o preguntarme, dilo. Si no, ¿por qué no te callas?

—La señora se está enojando —le dije al osito.

—Ya lo creo que me estoy enojando. Te doy quinientos dólares y me sometes a un interrogatorio...

—No te aflijas. Me voy —dejé el osito y le dije—: Dale saludos a Laura cuando la veas, y puedes anunciarle que el caso estará resuelto antes de que salga el sol.

Salí y me encaminé al hotel más cercano, donde pedí por la dactilógrafa pública. Me enviaron a un rincón de la galería en donde había una mujer alta y estirada sentada frente a una máquina de escribir.

—¿Podría alquilar su máquina por cinco minutos? —pregunté.

—No alquilamos la máquina. Pero puede dictarme lo que quiera y yo lo escribiré —contestó.

—Es un asunto privado.

—Así es el reglamento.

—Le pagaré lo mismo que si se la hubiera dictado.

—¿Cuánto tiempo le llevará?

—Menos de cinco minutos.

—Muy bien.

Terminó de escribir la página en que se hallaba y me prestó la máquina. Escribí una carta a la casilla A-462, de la Sección de Avisos Clasificados del *Daily Sentinel*. La carta decía:

Estaré frente el *Daily Sentinel* con su cartera hoy a las seis. Traiga el dinero.

Puse la carta en un sobre y escribí en él el número de la casilla. Pagué a la dactilógrafa y me encaminé al *Daily Sentinel*. Dejé la carta en la oficina de Avisos Clasificados y subí al archivo, en el tercer piso. Le pregunté a la empleada si podía hojear los números atrasados del diario, a partir de cuatro años atrás.

Me los alcanzó, me senté, y comencé la tediosa labor de verificar mi pálpito. Laura Struthers me había dicho qué Dawson había hecho dinero hacía unos tres años; que trabajaba en el National Commerce en esa época,

no en el Securities Exchange. Podía ser que Laura hubiera inventado toda la historia, pero aún así quería averiguar si el National Commerce había perdido dinero en esa época..., tres años atrás.

Tuve suerte. Encontré lo que buscaba en los primeros quince minutos. El National Commerce Bank había perdido treinta mil dólares hacía cuatro años. Un empleado del banco llamado Mastera había sido arrestado y enjuiciado por estafa; se lo había declarado culpable, aunque había sostenido consistentemente ser inocente. La policía no había hallado nunca el dinero. Eso quería decir que quizá Dawson lo hubiera tomado a modo de ensayo para el gran golpe de tres años después. Pero aunque Dawson no lo hubiera tomado, el asunto encajaba a la perfección dentro de mi teoría.

Miré a la chica encargada de la biblioteca. Estaba ocupada clasificando algo. Arranqué el primer artículo sobre la estafa del National Commerce y me lo guardé en un bolsillo. Luego le llevé los diarios de vuelta:

—No pude encontrar lo que buscaba. ¿Pongo esto en su sitio?

Me agradeció y llevé los diarios a la estantería. Después descendí a la oficina de avisos. Pregunté si había algo para la casilla A-462. La chica me dio la carta que yo había depositado un momento antes. Salí a la calle y tomé un taxi hasta el *Wellington*. Recogí la cartera de Dawson que la había dejado en el guardarropa cuando había subido al departamento de Laura antes esa misma tarde, y tomé otro taxi a lo de Misty. En el camino abrí la carta que había recogido de la sección de avisos del *Sentinel*, limpié las impresiones digitales, y volví a guardar carta y sobre en el bolsillo.

Misty me esperaba cuando llegué. Se arrojó a mis brazos. Su cuerpo temblaba. Me tomó la cara con las manos y levantó su cabeza.

—Bésame, mi amor. He tenido tanto miedo.

La besé y sentí que el calor y el perfume de su cuerpo me vencían.

—He tenido tanto miedo —volvió a decir—. Por un momento pensé que no volverías. Y hoy a la tarde... el tiroteo... —tembló—. Vance, no puedo soportar la tensión de estar en el banco mientras se desarrolla todo esto. Cuando Dawson regresó al caer la tarde le dije que necesitaba tomarme mis vacaciones. Me contestó que estaba bien.

Asentí y dejé la cartera en la silla. Me quité el saco y lo arrojé junto a la cartera. Misty prosiguió:

—Vance, poco después de que regresara Dawson llegó la policía. Querían ver su cartera.

—¿Qué dijo Dawson?

—Que debía haberla dejado olvidada en casa. Que trataría de encontrarla —miró hacia donde estaba la cartera—. Tendré que devolverla.

—No, la llevaré yo a su casa esta noche.

—No irás a su departamento de nuevo...

—Sí, si sale, iré.

—Sale —dijo—. A cenar. A las siete. Tiene una cita de negocios. Estaba en su agenda.

—Muy bien, entonces llevaré la cartera.

—Pero si la devuelves..., ¿para qué quisiste que yo la sacara?

—Como te dije a la hora del almuerzo, quería que la policía comenzara a husmear alrededor de Dawson. Muy bien, ya están husmeando a su alrededor. Entonces puedo devolver la cartera.

—¿Pero qué fue lo que hizo que la policía le preguntara por su cartera?

—¿De veras quieres saberlo?

—Sí.

—Falsifiqué pruebas que relacionan la cartera con el robo. Mira la carta que tengo en el bolsillo.

Misty fue hasta la silla, tomó la carta y la leyó.

—No entiendo.

—No importa. Mira. Suponte que eres Dawson y que robaste el dinero. La policía comienza a preguntarte algo acerca de una cartera perdida. La cartera nada tiene que ver con el robo; así es que, naturalmente, tratas de mostrársela. Pero no puedes, porque desapareció. Y te encuentras en un aprieto, porque cuando digas que se te perdió, la policía sospechará más aún. Tienes que encontrarla. ¿Qué haces? Pones un aviso en el diario y ofreces una recompensa a quien te la devuelva. Lo que es más, ofreces una recompensa tan grande, que cualquiera que tenga la valija se pondrá en contacto contigo de inmediato.

Ella miró nuevamente la carta.

—¿Dawson puso un aviso?

—No, lo puse yo. Pero quiero que parezca que Dawson lo puso. Misty, quiero que vayas al departamento de Dawson con alguna excusa, antes de que salga a cenar; y quiero que lleves la carta contigo. Quiero que se la introduzcas en el bolsillo del saco. Es un gran riesgo mandarte sola, pero creo que se sorprenderá tanto que nada intentará. Por otra parte, no le conviene intentar nada en su propio departamento. Por lo menos contigo. ¿Lo harás?

Miró la carta. Me miró a mí. Se mordía nerviosamente el labio. Finalmente dijo:

—Lo haré —y se la guardó en su cartera.

—Gracias, Misty —dije.

—Quisiera que pudiéramos olvidarnos de todo este asunto y que la policía se ocupara de él.

—Ahora no es posible —dije, porque si encuentro lo que busco en el departamento de Dawson, hoy estoy dispuesto a hacer accionar la trampa.

—¿Y qué buscas? ¿El dinero?

—No, el dinero, no.

—¿Entonces qué?

—No quiero que te hagas ilusiones, Misty. Todo puede fracasar. Si fracasa, no estaremos mejor que ahora y probablemente deba irme de aquí, y quizá del país. Te diré esto, sin embargo..., si lo encuentro, iré directamente a la policía. Lo que busco alcanza para que ahorquen a Dawson. Y a cualquiera que esté complicado con él.

—Laura Struthers llamó esta tarde —dijo Misty—. Parece que él le mandó unas flores.

—Sí, ya sé. Hay toda una historia tras eso. Yo estaba en su cuarto cuando llamó.

—¡En su cuarto! —exclamó.

—Sí, sonsacándola. Tal como veo las cosas, Dawson no sólo está loco por ella, sino que además prepara con ella algo para apoderarse de la Sundown Oil —miré mi reloj—. Mi Dios, se hace tarde. Tendrás que apresurarte para dar con Dawson antes de que se vaya.

—Me cambiaré. E iré directamente a su casa.

—Dame la llave del departamento de Dawson.

Me la dio. Tomó la cartera, me puse el saco, y comencé a irme. Me echó los brazos al cuello.

—Vance —rogó—, ten cuidado.

—Ten cuidado tú también, querida —me iba nuevamente cuando recordé algo—. ¿Sabes usar revólver?

—Nunca usé ninguno.

—No hay más que apretar el gatillo —palpé el bolsillo de mi saco y saqué el revólver de Laura Struthers. En sesenta segundos le di una lección, y al concluir le dije:

—No puedo dejarte éste. Tal vez lo necesite yo mismo. Pero se me ocurre conveniente que antes de ir a lo de Dawson, entres a una casa de empeños y adquieras uno para ti.

Le di unos billetes de los que me había prestado Dee Francis y agregué:

—Toma. Si hay lío con Dawson, procede como si supieras como se maneja una de estas cerbatanas. Eso debería bastar para desanimarlo.

Asintió y me fui.

Al llegar a la calle doblé a la derecha y seguí caminando hasta llegar a un bar a dos cuadras de allí. Eran las seis. Tenía una hora de espera. Después la suerte estaría echada. La escena que había preparado quedaría lista y sólo debería esperar a que salieran los actores. Sentí un poco de pánico, como cuando uno se hunde en el agua por tercera vez.

Me quedé ahí sentado mirando cómo los minutos pasaban lentamente en el gran reloj cuadrado del bar.

Tomé tres copas. Las necesitaba. Tenía que adormecer esa pequeña porción de miedo que crecía en mi estómago como un cáncer. Cuando todo terminara, a la mañana, podría pensar de nuevo, pero mientras actuaba, esa noche, no quería hacerlo. No me podía dar ese lujo.

En el reloj eran las siete menos diez. Salí, compré un ejemplar del *Sentinel* me lo metí en el bolsillo interior y tomé un taxi hasta una cuadra del departamento de Dawson. Llamé a su cuarto desde una farmacia. No hubo respuesta. Esperé en la entrada hasta que se aproximó un grupo de gente. Cuando penetraron en el edificio, me escurrí tras ellos. Entraron en un ascensor; yo fui hasta la escalera y subí al piso de Dawson. Una vez arriba, esperé hasta recobrar el aliento. Me dirigí por el pasillo hasta el

departamento y abrí la puerta con la llave. La habitación estaba oscura. Entré rápidamente y cerré.

Permanecí en la oscuridad, tenso, escuchando, temiendo que alguien me apoyara un revólver en la espalda. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y pude ver el brillo de la pileta en el centro de la sala. Busqué una llave de luz y la accioné. Los pesados cortinajes marrones que se extendían desde el techo hasta el suelo, habían sido corridos de modo que tapaban el gran ventanal. Puse la cartera en una silla. Entré en el dormitorio, encendí la luz y comencé a registrar los cajones y roperos.

Mis músculos estaban tensos; tenía la garganta seca. Quizá, pensé, estaba yendo demasiado lejos y las cosas no saldrían de acuerdo a lo planeado. Tragué saliva. Era demasiado tarde echarse atrás, ahora.

Y de pronto oí un ruido en la sala. Sabía qué era. La puerta de entrada. Quedé helado. Pude oír mi corazón latiendo salvajemente; las piernas me temblaron. Aguanté la respiración, sin moverme.

Una fría voz metálica me azotó desde la puerta del dormitorio:

—¡Arriba esas manos! ¡Bien alto!

Levanté las manos y me di vuelta lentamente. Dawson estaba en la puerta, con una automática en la mano. Se acercó, me palpó los bolsillos y las axilas, buscando un revólver. Lo halló y lo guardó en uno de sus bolsillos. Me dio un empujón:

—A la sala. Vamos.

Entré primero. Él me siguió, a pocos pasos. Pregunté:

—¿Puedo sentarme?

—¡No!

Decidí enfrentarlo.

—Bueno —dijo—. Lo había menospreciado. El asunto del Securities Exchange no era el primero. Bueno. Así que también robó los treinta mil del National Commerce. Pero para tratarse de un tipo con tanta experiencia, esta vez sí que te has metido en un lío. Créame viejo: yo sé lo que le digo.

Sus ojos brillaron. Levantó el revólver un poco más alto. Retrocedió y sintonizó la radio lo más fuerte posible.

—No quiero molestar a los vecinos con un tiro —dijo.

—Ni siquiera es original ya, Dawson: también usó la radio para cubrir el ruido del disparo cuando asesinó a Struthers —grité por encima de la música—. Yo sé por qué Laura Struthers estaba en su departamento aquella noche, Dawson. Hablé con ella hace un rato. Creyó que entre los dos se apoderarían de la Sundown con el dinero del robo. Está loco por ella.

No contestó; su expresión era imperturbable.

—Nada arreglaré matándome. Hay demasiados hilos sueltos ahora. La policía está sobre su pista. Y Laura, Laura, a quien tanto quiso, Laura por quien robó y mató, ni siquiera es suya ahora.

—¡Cállese! —gritó, y se acercó. Este era el momento. Dije una plegaria en silencio. Me había jugado mi carta y había perdido.

Esperé sin poder hacer nada, hipnotizado por el brillo acerado del caño de la pistola y paralizado por mi propio miedo.

Cerré los ojos.

El arma rugió.

Lancé un grito.

OceanofPDF.com

X

Me agarré el estómago, esperando que mi cuerpo cayera a tierra.

Pero no sentí ningún dolor. Abrí los ojos. Dawson estaba en el suelo, en medio de un charco de su propia sangre. Me di vuelta. En el vano de la puerta del baño estaba Misty, y el humo azul del pequeño revólver que tenía en la mano subía aún en lentas espirales.

—Lo maté —susurró en un atemorizado sollozo.

—Sí —dije—, lo mataste, sin duda. Fue en defensa propia, pero la policía jamás lo creería estando yo presente. —Di un paso hacia ella.

—¿Qué haremos, Vance?

—¿Cómo entraste?

—Tenía dos llaves del departamento de Dawson. Sólo te di una. Cuando vine hoy con el sobre, no pude acercarme lo suficiente a él y tuve que esperar en el corredor hasta que saliera. Cuando salió, me metí yo. Estaba escondida en el baño cuando entraste. Lo oí todo.

—¿Oíste lo que dije sobre Laura Struthers?

Asintió.

—Bueno, eran ellos, sin duda —le dije—. Pero no podremos probarlo jamás, ahora que Dawson es cadáver —miré el cuerpo sin vida enfundado en el pulcro traje espigado, la sangre que salía por un pequeño orificio en la espalda. Me senté en el sofá y me tomé la cabeza con las manos.

—Misty, estoy vencido. Ha ganado él. No podemos probar nada. Y, Misty, siento que deba ser así, pero *tú* estás complicada también. Te tomarán por mi cómplice. A ti te adjudicarán esta muerte, y las de Struthers y Watson a mí.

Sus ojos denotaban terror.

—¡Pero, podremos explicar lo sucedido!

Apagué la radio y reí amargamente.

—¿Tú crees que me creerían si trato de librarte de culpa? ¿Un tipo que ha estado escapando de la policía, que está atado como un paquete de Navidad, con pulcros moños azules, a todo lo que ha estado pasando desde el robo? Querida, piensa otra vez.

—Pero tú dijiste que venías aquí en busca de algo que lo aclararía todo, y probaría que Dawson era el culpable...

—Sí, pero no lo hallé.

—¿Qué era lo que buscabas?

—Guantes. Calculé que cuando Dawson usó mi revólver para matar a Struthers, había tenido que usar guantes para evitar que quedaran impresiones digitales. Pensé que los guantes aún tendrían manchas de pólvora. Pensé que si los encontraba y los entregaba a la policía, Dawson tendría que darse por vencido. Pero no había guantes en el dormitorio. Debe haberse deshecho de ellos.

Misty había conseguido dominarse. Su voz era precisa y grave.

—Entonces, ¿dónde estamos ahora?

—¡Cristo, no sé! —miré el revólver, en su mano aún, y dije—: Ese es el que te dije que compraras, ¿no?

—Sí.

—¿Dónde lo compraste?

—En Solly's, en la calle Tres.

—¿Alguna dificultad?

—Tuve que llenar un formulario bastante complicado.

—¡Por Dios! ¿Y pusiste tu nombre?

—No el verdadero. Iba a hacerlo, pero me asusté. Puse Ella Brown.

—Eso es mejor —dije—, porque si el tipo cumple con la ley, el número de ese revólver eventualmente irá a parar a los archivos de la policía. Y si hubieras dado tu verdadero nombre y alguna vez aparece el revólver vinculado a esto... —y señalé el cuerpo de Dawson— te ubicarían en seguida.

Miré pensativamente al suelo. Luego lancé un juramento.

—Estaba tan cerca de terminar con este asunto... y ahora estoy más metido que nunca, y lo que es peor, te he arrastrado a ti también —la rodeé con mis brazos—. ¿Misty, te das cuenta de que si no aclaramos esto deberás

enfrentar una acusación de asesinato? ¿Y que no podremos aclarar nada ahora que Dawson está muerto?

Asintió, sobria.

La separé de mí y miré en esos ojos suyos que podían reflejar tanta pasión.

—Podríamos hacer una cosa, Misty.

Ella temblaba.

—¿Qué?

—¿Dijiste que habías quedado en tomarte vacaciones?

—Sí.

—¿A partir de hoy?

—Sí.

—¿Lo comentaste con algún otro además de Dawson?

—Sí, con el tenedor de libros.

—Muy bien, eso sería la confirmación. Lo que se me ocurre es que podrías desaparecer durante dos semanas y la policía no tendrá sospechas.

—Pero, ¿y tú?

—Esta tarde ya decidí qué es lo que haría si las cosas no salían bien. No soy el superhombre. No puedo luchar contra esto día tras día. Ya gasté toda mi buena suerte, Misty. Trataré de irme a Méjico y comenzar una nueva vida con otro nombre.

Hubo un terrible silencio de agonía. Parecía que la estaba abandonando y que no sabía cómo lo tomaría ella. Finalmente dijo, quietamente:

—Vance, ¿me llevarías contigo?

La miré.

—Misty, te llevaría a cualquier parte. Pero tú no querrás huir para siempre.

—¿Y tú?

—Mi caso es distinto.

Me asió del brazo, ansiosa.

—Vance, en serio. Nada me ata aquí. Al final de las dos semanas podría enviar una carta al banco diciendo que no pienso regresar —levantó la vista y me miró, implorante—. Además, tú mismo dijiste que no podría zafarme de..., de lo que pasó.

—¿Segura?

Se acercó y apretujó su cuerpo contra el mío:

—Oh, Vance, querido, segura.

Señalé el teléfono.

—Llama a la compañía de aviación. Reserva dos pasajes en el próximo avión.

La vi dirigirse al teléfono. Miré su andar, su hermoso cuerpo que era como ninguno, y pensé en todas las promesas que encerraba.

Y la vi levantar el teléfono y oí que decía a la telefonista de abajo:

—Comuníqueme con United Air Lines —hubo una pausa y luego Misty preguntó—: ¿Cuándo sale el próximo avión para Méjico? —El empleado, en el otro extremo del aparato, dijo algo—. Bien. Pasaré a buscar los dos pasajes dentro de una hora —hubo otra pausa; luego la voz de Misty—: Míster y mistress Edwards.

Colgó.

—Vuelo 110, dos asientos. Sale hoy a medianoche —me anunció.

—Muy bien —dije—, mejor que salgamos de aquí. Creo que la radio ahogó el disparo, pero no nos tomemos más libertades de las necesarias. ¿Dónde está el revólver?

Lo extrajo de un bolsillo del tapado que tenía puesto.

—Ponlo en la cartera —le dije—. No trates de deshacerte de él en la ciudad. Alguien lo hallaría. Retenlo hasta que lleguemos a Méjico. Ahí lo haremos desaparecer.

Asintió.

—Bueno, Vance.

—Ahora vámonos. ¿Subiste por el ascensor?

—Sí.

—Bueno, ya es tarde, pero debiste haber subido por las escaleras. Bajaremos por las escaleras. Por separado. Tú primero. No me esperes. Ve a tu departamento y prepara tus valijas. Si te encuentras con alguien le dices que te vas de vacaciones. Luego, al salir, dejas la puerta sin llave. Puede ser que necesite usar el departamento antes de verte —le di el resto del dinero que Dee me había prestado—. Toma, úsalo para pagar los pasajes. Una vez

que tengas los pasajes te metes en un cine hasta que sea hora de tomar el avión. Allí te veré. ¿Cuál era el número de vuelo?

—110. A medianoche.

—Bueno. ¿Entendiste bien?

—Sí.

—Vete del departamento en cuanto las valijas estén hechas. Y no olvides de no echarle llave al irte.

—Entendido.

—Muy bien —dije—, vamos.

Abrí la puerta y miré a ambos lados. No había nadie a la vista. Nadie había oído el tiro. Le di la señal a Misty y corrió hacia las escaleras.

Tres minutos más tarde me dirigí hacia la puerta de Dawson y la abrí con la llave. Saqué del bolsillo el recorte sobre la estafa del National Commerce y lo puse en la cartera. Revisé los bolsillos de Dawson y encontré un sobre viejo. Al dorso escribí: “United Air Lines, Vuelo 110, míster y mistress Edwards, medianoche”. Volví el sobre a su sitio. Tomé el *Daily Sentinel* que había traído y lo doblé de modo que la columna de avisos clasificados quedara hacia afuera. Marqué con lápiz mi aviso y dejé el diario sobre el sofá. Me incliné sobre el cadáver y quité el revólver que Dawson aún aferraba en su mano derecha. Volví sobre mis pasos y traté de borrar mis huellas digitales de donde pudiera haberlas dejado. Luego recordé el revólver de Laura y me lo metí en el bolsillo.

Bajé al *hall* sin encontrarme con nadie. Nadie notó mi presencia cuando lo crucé. En la calle, la luna y las estrellas iluminaban la noche con duro y frío brillo. Los reflectores del aeródromo, hacia el este, barrían el horizonte detrás de la línea quebrada de los fantasmagóricos rascacielos.

Encontré un taxi estacionado y pedí al conductor que me llevara a la Biblioteca Pública. Relajé los músculos en la oscuridad del asiento trasero y encendí mi pipa. Fumé lentamente, mirando por la ventanilla lateral la belleza distante de las heladas estrellas; y pensé en Misty. Pensé en Misty como debió haber sido cuando niña, sólo una niña con sueños e ilusiones y planes y miedos, antes de que esa loca belleza la transformara a ella y a sus sueños en lo que eran ahora.

Pensé en ella la primera vez que la vi, cuando entré al banco con la nota de retención. Pensé en su sorpresa. Pude comprender ahora, con la sabiduría de la retrospectión, que su sorpresa no era resultado de haber visto mi foto sobre la mesa de Dawson. Estaba sorprendida porque ella *sabía* lo de mi doble y porque yo había vuelto un día antes de lo programado. Para ella debió haber sido como encontrarse con un fantasma.

Y cuando la rapté en el taxi a la mañana siguiente y le pedí que vigilara a Dawson y que me encontrara esa noche, ella y Dawson debieron reírse en grande, juntos. Ella no se proponía ir —ahora me daba cuenta de ello—; pero Dawson debió haberle telefoneado después que me escurrí de entre sus manos, esa tarde. Dawson quería que ella consiguiera las fotos de las huellas digitales. Por eso ella había ido a encontrarse conmigo. Y cuando entró a esa farmacia, después de media hora de espera frente al Edificio de Comercio, era para decirle a Dawson que yo no había aparecido.

Casi había firmado mi propia sentencia de muerte, unos minutos después, cuando le conté que la historia de las impresiones digitales era sólo un *bluff*. Pero me había salvado hablándole de Laura Struthers. Ahí era donde Dawson se había pasado de vivo. Él había dicho que Laura Struthers me había visto frente a su departamento y que le había telefoneado desde el *hall*. Yo tragué la píldora y me pareció lo más lógico del mundo contárselo a Misty. Y por suerte que lo hice. Porque eso la asustó. No hay honor entre ladrones, y la mente ágil de Misty ya lo veía a Dawson planeando traicionarla con Laura. Recordé que Misty me había preguntado si Laura era hermosa. Ahora sabía en qué pensaba: en Dawson cegado por Laura, en Dawson dividiendo el dinero con ella. Fue entonces que Misty decidió usarme como un peón de ajedrez, un peón para jugar contra Dawson si hacía falta..., un peón para sacrificarme cuando fuera necesario.

Al día siguiente, cuando me llamó desde el banco y me envió a Forest Road 7820, debí haberme dado cuenta de todo, porque ningún hombre con la inteligencia de Dawson iba a permitir que Watson lo llamara por teléfono durante horas de oficina. Había demasiadas formas de interceptar una llamada así. Pero yo estaba demasiado absorto en tramar una manera de demorar la llegada de Dawson a Forest Road para pensar que Dawson y

Misty preparaban una celada. Ese día, por lo menos, Misty estaba lista a entregarme como pieza comida.

Y Misty debió haberse reído, también, cuando le dije que el dinero debía estar en una estación de ómnibus o de tren, porque ya por entonces ella había traicionado a Dawson y a Watson quitando el dinero de la bolsa donde los otros suponían que estaba. Eso explicaba por qué ella nunca había demostrado curiosidad por el trozo de talón que yo encontrara en las ropas de Watson. Sabía que el talón de nada le serviría a nadie. Y sin embargo, era explicable que temiera tanto por lo que sucedía entre Laura Struthers y Dawson. Probablemente creía que Dawson había descubierto su traición y no sabía qué tramaría él como represalia.

Al día siguiente, el día después del incidente de Forest Road, estábamos en plena comedia de las equivocaciones. Misty tenía que continuar la farsa conmigo, porque ella y Dawson necesitaban saber qué tramaba yo. No podían estar seguros de que ya no le hubiera contado a alguien lo que yo sospechaba y lo que yo sabía.

Lo realmente espantoso era... que nunca habría sabido yo el papel que jugaba Misty en todo esto si no hubiera sido por un descuido suyo. Misty había cometido el error fatal de hablar demasiado cuando la llamé desde lo de mistress Watson. Cuando le pedí que repitiera la dirección de la casa de Forest Road, no podía negarse por mucho que quisiera saber qué me proponía hacer. Estaba segura de que le ocasionaría disgustos a Dawson, lo cual no la preocupaba porque de todos modos ella buscaba el medio de deshacerse de él. A Misty no le importaba ayudarme a enredar a Dawson, puesto que eso lo haría desaparecer a él antes que él pudiera enredarla a ella.

Pero dar esa dirección cuando yo la llamé de lo de mistress Watson fue su error fatal. Porque ella nos dijo a mistress Watson y a mí que Dawson debía encontrarse con un tal Watson en Forest Road 7820. Y sin embargo yo nunca le había dado el nombre de la persona de Forest Road 7820, ni había aparecido en los diarios. Y ella me había dicho el día anterior que el individuo no había dado su nombre cuando habló con Dawson. Bajo todas esas circunstancias, ella no podía conocer el nombre de Watson, salvo que estuviera en combinación con él.

De ahí en adelante no podían caber dudas sobre la culpabilidad de Misty.

El único problema era probarla.

Misty debió haber tenido un aparte con Dawson después de mi llamado y ambos debieron estar tan preocupados por mis actividades que decidieron dar el paso más peligroso: tratar de matarme en la calle, a plena luz del día. Hasta inventó la historia de que un desconocido la había seguido hasta el *Brown Jug*, por si Dawson erraba el tiro.

No sé si Dawson realmente apuntó a Misty entonces, o no; pero traté de convencerla de que sí, porque todo mi plan consistía en forzarla a tomar una actitud decisiva contra él. Y continué aguijoneando a Misty con el hecho de que Laura era el nuevo objeto de las atenciones de Dawson. Hasta un pequeño detalle como enviar flores a Laura con la firma de Dawson y persuadirla de telefonar para agradecerle, había contribuido con su granito de arena para precipitar a Misty al desenlace de esta noche.

Sin embargo, después, cuando Fisk y yo abrimos la bolsa del dinero y hallamos la muñeca de yeso adentro, volví a sentirme confundido. Encontraba en esto algo familiar... y finalmente me di cuenta de qué era: había estado jugando con una muñeca así en el departamento de Dee. Eso derivó mi atención hacia Dee por el momento... hasta que recordé la muñeca que viera en lo de Laura. Laura me había dicho que era regalo de Dawson, así que probablemente era un hábito suyo el de regalar muñecas a sus amigas. También Misty debía haber recibido la suya de él.

La visita que hiciera la policía a Dawson esta tarde era cosa demasiado seria como para que Misty se sintiera tranquila. Sabía que si lo detenían, él la acusaría. Así es que tomó su decisión: matarlo. Si le quedaban dudas, se disiparon cuando volví a acicatearla con Laura, agregando que registraría el departamento de Dawson en busca de algo que probaría su culpa. Tenía que asegurarme de que ella estaría a mano cuando hiciera su inspección.

En ese momento creí que la conocía lo suficiente como para prever sus reacciones. Pensé que le diría a Dawson lo que yo iba a hacer y dejaría que Dawson me sorprendiera con la guardia baja. Sabía que Dawson trataría de matarme y yo sabía que ella mataría a Dawson. Lo que no podía saber era si ella lo mataría antes o después de que él me matara a mí. Cuando Dawson

me apuntó con el revólver, hice lo posible para azuzar a Misty, estuviera donde estuviera, apelando de nuevo a la rivalidad de Laura: y eso probablemente me salvó la vida. Aunque es posible que Misty, mientras estaba escondida en la oscuridad oyendo mi conversación con Dawson, haya visto lo conveniente de matarlo antes que él me matara a mí.

De este modo liquidaba a Dawson, y aparecería salvándome la vida. Lo cual hacía de mí una persona útil para ella en caso de que alguien la acusara de haber matado a Dawson. Ningún jurado la condenaría conmigo como testigo.

Por eso tuve que hablar rápido y convencerla de que mi testimonio sólo le sería perjudicial. Cuando la asusté lo suficiente como para que reservara los pasajes del avión, seguramente su ágil cerebro ya había planeado cómo se daría la noticia, una vez que estuviéramos fuera del país, de que ella había robado el dinero. Creía que podía dominarme con la magia de su cuerpo, y quizás así fuera. Viviríamos durante un tiempo en una nube, hasta que un día yo despertaría helado en una morgue, con el calor de sus besos aún en mis labios y un puñal en la espalda.

Apenas supe que Misty estaba en combinación con Dawson, quedé convencido de que Laura y Dee nada tenían que ver en este asunto. Pero todavía tenía una leve duda, que se disipó cuando Misty aceptó huir del país conmigo. Sabía que Misty no se iría si no tenía todo el dinero consigo, y sabía que no lo tendría todo si otras dos mujeres, o una de ellas, estaban en combinación con ella.

Finalmente, y nuevamente gracias a la ventaja de la retrospectiva, sabía que el trozo de talón que le había quitado a Watson era un tercio o un cuarto de un cupón entero. Y como sabía también que Watson, Dawson, Struthers y Misty eran cómplices del robo, podía suponer que cada uno tenía una parte igual. Lo cual quería decir que si Laura o Dee estaban complicadas, no tenían ningún trozo de talón; y era lógico que ningún conspirador aceptara jamás arreglos de esa clase.

Así es que todo recaía sobre Misty, como única sobreviviente; es decir, como ella había planeado desde un principio.

Pues ella lo había previsto realmente todo, tal como con Dawson preparara la trampa para complicarme en el robo del dinero y en el

asesinato de Struthers. Era una trampa maravillosa, sin duda..., pero sin punto de comparación con la que yo preparaba ahora para ella.

OceanofPDF.com

XI

En la Biblioteca Pública me dirigí a la Sala de Consultas y busqué en la Guía de la Ciudad hasta dar con el domicilio particular de un Fisk que trabajaba para la Gibraltar Fidelity. Entonces le telefoneé.

Cuando hubo contestado, le dije:

—Habla Westfall. No trate de localizar esta llamada. Colgaré antes de que intente nada.

—¿Qué quiere?

—¿Me puede ver dentro de una hora?

—¿Por qué?

—Encontré el dinero.

—¿En dónde?

—Se lo diré si me encuentra en el bar de la calle Veinticinco y Martí.

—Tengo el palpito que no irá.

—Tengo el palpito de que es mejor que *usted* vaya.

Hubo una pausa. Por fin, dijo:

—¿Una hora?

—Sí, pero no traiga a ninguno de sus amigos de la Policía. Porque si lo hace no hay apuesta que valga.

Colgué y llamé a mi amigo Harry, el que había hurtado las cartas sobre mi falsa solicitud de empleo. Harry y yo habíamos sido buenos amigos hacía tiempo. Tenía que confiar en que lo fuese mejor ahora. Contestó al teléfono. Dije:

—Harry, habla Vance.

Su voz pareció titubear.

—Ah...

—Te daré la mitad del cuarto millón si me haces un favor.

—¿Dónde estás? —preguntó—. ¿En la cárcel?

—Harry —dije—, gracias por no decirle a la policía que yo te pedí que quitaras esas cartas de los archivos.

—¿Y crees que iba a decirles que los anduve revolviendo? ¡Soy padre de familia!

—Harry, si me ayudas una vez más, podré probar que soy inocente.

—¿Y a mí qué me importa lo que puedas probar? Déjame en paz, ¿quieres?

—Tú sabes que soy inocente, Harry.

—Yo no sé nada. Tengo una tara mental.

—Harry, si me pescan les diré que tú quitaste esas cartas del archivo.

—Ya veremos si se lo dices.

—Ya verás que se lo digo. Esto no es juguete.

Maldijo y preguntó:

—¿Qué quieres?

—Una coartada. Quiero que digas que he dormido en tu casa las dos noches pasadas.

—¡Estás loco!

—¡Maldito seas —le dije—, buen amigo resultaste! Ya te he dicho que nada tuve que ver con todo este asunto. Si puedes proveerme de una coartada para las dos últimas noches, podré probar precisamente quién fue el culpable.

—Si lo digo iré a la cárcel.

—Sí —dije—, tal vez. Y tal vez perdieras tu empleo si yo le digo a la policía que anduviste revolviendo ese archivo. ¿Qué es peor?

—Está bien. Estuviste con Betty y conmigo las dos últimas noches. Y espero no verte nunca más —colgó.

Crucé la calle y entré en una papelería, donde compré una caja de papel para cartas y sobres, que hice empaquetar. De regreso a la biblioteca, me dirigí al fondo de la Sala de Consultas, tiré el papel a un canasto, y puse en su lugar el revólver que le había quitado a Dawson y la llave de su departamento. Empaqueté la caja y la até. Escribí con letras de imprenta. “Para Mr. A. K. Marmon, Poste Restante. Reténgase hasta que se reclame”. Por lo menos me libraba de un arma. Ahora me quedaba la que le quitara a Laura Struthers.

Compré estampillas, puse el paquete en un buzón, y llamé a la policía. Al hombre que me atendió, le dije:

—Quiero denunciar que mientras caminaba por un corredor oí algo que pareció un tiro.

—Un minuto —respondió su voz inmovible—, más despacio. Entendámonos. ¿De qué corredor se trata?

—Hace unos minutos. Departamento Fortier. Cuarto piso. Habitación 432 —era el cuarto de Dawson—. Quizá alguien haya disparado contra otro.

—Sí —dijo la voz—, quizá. ¿Su nombre?

—Ah, eso no. No señor. No quiero mezclarme en nada. Sólo he querido cumplir con mi deber de ciudadano. Y eso es todo —colgué.

Salí y tomé un taxi hasta Solly's, la casa de empeños donde Misty dijera haber comprado su revólver.

Solly era uno de los decanos de la gente que vive en ese angosto callejón que corre entre lo legal y lo ilegal; y sin duda era de los más hábiles cuando se trataba de cruzar de una vereda a la otra. Comprador de efectos robados un día, delator al día siguiente, había dedicado su vida al estudio de “la mejor oportunidad”.

Muchas veces había oído hablar de él, pero ésta era la primera vez que lo veía; un hombre corpulento, bien por encima de los ciento cincuenta kilos, que se movía a través del roñoso piso de su negocio, sobre un par de deformes pantuflas marrones y me miraba ahora con esos ojos casi escondidos tras unos enormes párpados blancuzcos.

Su voz era aguda, casi afeminada.

—¿Qué desea, caballero?

—Vi un revólver aquí, hace unos días —dije.

Le describí el revólver con que Misty había matado a Dawson.

—Quisiera comprarlo.

—Imposible —contestó—. Está vendido.

—¡Caramba! —dije—. Ese revólver me gustaba.

Se quedó inmóvil, con los brazos cruzados, sin decir nada.

—¿Quién lo compró? —pregunté.

Sonrió.

—Más bien entrometido, ¿eh?

—Supongo que así le parecerá, discúlpeme. Lo que pasa es que me hubiera gustado ese revólver. Eso es todo. Pienso que si conociera al tipo que lo compró podría dar con él y ofrecerle mucho más de lo que él pagó. Lo siento. Debí haberme decidido hace algunos días, cuando todavía estaba a tiempo —hice una pausa—. Mire, si por casualidad tiene el nombre del tipo que lo compró y me lo puede dar, gustoso daría a usted cinco dólares. Hasta eso haría por conseguirlo.

—No era un hombre. Era una dama —Solly se humedeció los labios ávidamente—. Una rubia preciosa. Debería cobrar cien dólares por dar el nombre de una nena como ésa, ¿me entiende?

—Sí —y me reí—, pero lo que me interesa es el revólver —saqué un billete de cinco—. Ahí tiene el dinero.

Consultó unas carpetas, detrás del mostrador.

—Se llama Ella Brown. El domicilio es Palmer Street 2560. A un par de cuadras de aquí.

—Bueno —dije— gracias. —Comenzaba a irme cuando Solly me gritó:

—Después cuénteme cómo le fue. Me refiero a la chica.

Salí del negocio y a un par de cuadras me metí en un pequeño restaurante. Pedí una albóndiga, la comí y volví a lo de Solly.

—¿Qué pasa? —preguntó Solly.

—Vea —dije—, le diré. Seguramente no debiera meterme, pero como usted me hizo un favor, recién, y yo tenía que pasar de vuelta por aquí, se me ocurrió que podía hacerle yo uno a usted. Usted se dejó engañar por esa rubia. No existe esa dirección. El nombre también era falso, seguramente —me encogí de hombros—. ¡Qué diablos! A mí no me importa que una dama salga a comprar un revólver y dé un nombre falso, pero pensé que a usted le gustaría saberlo.

—Muy bien —dijo—, ahora ya lo sé.

—No se enoje conmigo. Se me ocurrió que podría quedar bien con la policía llamándolos por teléfono e informándoles sobre esta mujer. Me parece que usted anda en la buena, que el negocio florece, y que ésta sería una buena nota a su favor en el Departamento. Pero si quiere no me haga

caso, a mí no me importa. Como le dije, yo no tengo nada que ver, sólo que me daría pena perder ese revólver.

—Bueno, bueno —dijo—, no arme escándalo. ¿Y si le ofrezco otro revólver? Tengo muchos.

—Si tiene otro como aquél, me interesaría. Si no, seguiré buscando.

—Podría conseguirle uno igual. ¿Por qué no pasa mañana?

—¿A qué hora?

—Alrededor del mediodía.

—Está bien. Aquí estaré —miré a mi alrededor—. ¿Tiene Leicas? También busco una. Con objetivo f2.

—Puedo conseguirle una de esas.

—Muy bien. Se ganó un cliente.

Le dije buenas noches y salí del negocio. En realidad no creía poder convencer a un hombre como Solly que engañara a la policía, pero por otra parte, Misty no era precisamente su amiga y quizá fuera ésta una de esas semanas en que necesitaba unas cuantas buenas notas en el Departamento. Todo cuanto podía hacer ahora era esperar a ver qué sucedía.

Aguardé en la esquina y tomé un taxi que me llevó hasta el *drugstore* en donde debía encontrarme con Fisk. A media cuadra y cruzando la calle, encontré un restaurante desde el cual podía ver la entrada del *drugstore*. Me detuve frente al restaurante le hice señas a un taxi vacío. Le dije al conductor:

—¿Quiere ganarse cinco dólares?

—Quizá.

—Dentro de cinco minutos, un tipo llamado Fisk estará frente a ese *drugstore*. Cuando yo le haga una señal (yo estaré dentro del restaurante) usted pasa y lo levanta.

—¿Y después? ¿Lo rapto?

—Él lo estará esperando.

—¿Y adónde lo llevo?

—A la esquina de la 20 a Irving Place.

—¿Y los cinco?

Le entregué el dinero. Se estacionó junto al cordón. Entré al restaurante y miré a través de la vidriera hasta que apareció Fisk. Aguardé aún unos

minutos... luego usé el teléfono público del restaurante para llamar al *drugstore*. Le dije al empleado que me atendió:

—Hay un hombre llamado Fisk frente a su negocio. Debía encontrarme con él pero no podré. ¿Le sería posible llamarlo al teléfono? Quisiera darle un mensaje. El empleado dijo que estaba bien y se alejó. Unos minutos después, Fisk me hablaba:

—Hola.

Dije:

—Dentro de unos minutos un taxi pasará frente al *drugstore*. Del otro lado de la calle. Suba a él. El conductor sabe adonde llevarlo. Ahí estaré yo esperándolo.

—No sé por qué me presto a estos juegos.

—Sí que sabe. Porque quiere recuperar ese dinero.

—Hasta luego —dijo.

Le hice la señal al conductor. Puso el coche en marcha y se alejó lentamente hacia el *drugstore*. Fisk reapareció en la entrada del *drugstore* y miró a su alrededor. Vio el taxi y cruzó la calle. Subió. Cambió la luz de tránsito y el taxi tomó velocidad.

Lo seguí con la mirada durante una cuadra. Nadie iba detrás de él. Tal vez Fisk no hubiera avisado a la policía. Tomé otro taxi y le dije al conductor que siguiera al primero. Miré repetidamente por la ventanilla trasera. Nadie. El primer taxi dobló a la izquierda. Lo seguimos. Derecho cinco cuadras, y otra vez a la izquierda. Cuando por fin se detuvo, nos pusimos a su lado y le dije a Fisk que subiera. Di al conductor la dirección del departamento de Misty y partimos.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Fisk—. ¿En el cementerio?

—En el departamento de la secretaria de Dawson. Su nombre es Thompson. Hacia allí nos dirigimos.

—Muy bien —dijo—, ya fui lo bastante tonto como para venir. De modo que también puedo escuchar su historia. ¿Qué papel juega ella aquí?

—Es la cabecilla. Dawson está loco por ella. ¡Qué mujer!

—Sí, la he visto.

—Esta tarde le dije que había escuchado una conversación entre Watson y Dawson, pero no le dije todo lo que sabía. Watson estaba enojado porque

Dawson había confiado el dinero a la Thompson.

—Me parece que esta tarde usted dijo que lo había forzado a Dawson a contarle dónde estaba escondido el dinero, cuando se encontraron en la casa de Forest Road.

—Eso es. Lo obligué a que me diera el nombre de la chica. Porque cuando escuché esta primera conversación, no oí el nombre, sino sólo el hecho de que una mujer tenía el dinero. Cuando me zafé de Watson inspeccioné la habitación de la Thompson. Allí es dónde encontré la sombrerera que le llevé esta tarde. Cometí el error, sin embargo, de no revisar la bolsa de lona antes de llevársela a usted.

—Un minuto. ¿Es la chica a quien usted me hizo telefonear esta tarde y que me dijo que Dawson tenía ayer una cita con alguien en Forest Road 7820?

—Eso es.

—Muy bien. Supongamos por un segundo que su historia acerca de Dawson sea cierta. Pero si esta chica estuviera en combinación con él, seguramente no me diría por el teléfono que Dawson está ligado de algún modo con Forest Road.

—Seguramente que sí se lo diría. Y le explicaré por qué. ¿Recuerda usted que le pedí que le hablara como si usted ya supiera que Dawson había ido a Forest Road? Bueno. Yo hablé con esta Thompson antes del almuerzo y le dije que pertenecía a la compañía de seguros y que quería almorzar con ella para hablar de algo relacionado con el robo. Nos pusimos de acuerdo en encontrarnos en el *Brown Jug*. Pues bien, nos encontramos y a pesar de que me reconoció no hizo el menor ademán de llamar a la policía. Eso, de por sí, es una prueba bastante perjudicial. Si era inocente, ¿por qué diablos iba a almorzar con alguien de quien los diarios decían que era un asesino y un ladrón? Puede llamar al restaurante para confirmar si estuvimos o no. Sea como fuere, le dije que le había dicho a usted que Watson había llamado a Dawson desde Forest Road cuando yo estaba allí.

—¿Cómo hizo para que le creyera que yo lo creería? Al fin y al cabo, era su palabra contra la de Dawson.

—La arrinconé. Le dije que usted no me había creído pero que también usted me había dicho que sería fácil verificarlo porque todos los teléfonos

del banco están intervenidos.

—Y ella naturalmente se tragó eso..., aunque está prohibido intervenir un teléfono sin orden judicial.

—Lo tragó —dije— porque estaba asustada y no pensaba en esos detalles. Y de todos modos, a lo mejor usted tenía una orden judicial. Le dije que usted podía llamar más tarde para preguntarle algo acerca de la cita de Dawson en Forest Road, y que si negaba saber nada acerca de la cita, sólo conseguiría despertar sospechas en usted, porque usted ya sabía, estando los teléfonos intervenidos, que tal cita había sido convenida.

—¿Así que usted pretendía que yo crea eso sencillamente en base a que su almuerzo con ella la asustó y la decidió a admitir la cita en Forest Road, cuando yo llamé esta tarde?

—Mire, aunque ella no me creyera, no podía correr el albur de si era o no cierta. Probablemente se figuró que si ustedes ponían en apuros a Dawson, convenía que ella simulara no tener nada que ver con él. Un modo de hacerlo sería proveer voluntariamente la información sobre la cita en Forest Road.

—¿De qué le serviría? Si deteníamos a Dawson, él la acusaría. Ella debía imaginarlo.

—Quizá piense deshacerse de él antes de que eso suceda. Diablos, no puedo saber todo lo que ella piensa. Usted me pidió que le explicara por qué ella le dio los datos de lo de Forest Road, y yo le expongo mi teoría. Quizá hubiera alguna otra razón. No lo sé. Le diré una cosa, sin embargo. Lo que le dije en el almuerzo la asustó. En un punto dado se puso de pie, y dijo que iba al *toilette*. Lo que en realidad hizo fue telefonear a su ala derecha, Dawson, y decirle que fuera a esperarnos al restaurante. Así lo hizo. Cuando salimos, me dispararon un tiro. Eso lo puede verificar con la policía. Verá que tienen un tiroteo pendiente en sus archivos, frente al *Brown Jug*, hoy.

El taxi se detuvo. Estábamos frente al departamento de Misty. Pagué y entramos.

—¿Usted halló la sombrerera aquí? —me preguntó Fisk.

—Sí.

—¿Cómo hizo para entrar?

—Rehusó contestarle, y alego que podría incriminarme.

—¿Cómo entramos ahora?

—Supongo que estará en casa —llegamos a la puerta del departamento y golpeé. Aguardamos. No hubo respuesta.

—¿Ustedes tienen llaves especiales para estas circunstancias? —le pregunté.

—Sí, pero hay alguien que se encarga de esas cosas, y está de vacaciones descansando en una isla en la Bahía de San Francisco.

—Usted ya llegó hasta aquí —le dije—. ¿Por qué no sigue hasta el final?

—Maldito sea —estalló—, a usted lo busca la policía por dos asesinatos y el robo de un cuarto de millón de dólares. Me encierra en un baño y se lleva mis ropas. Me arrastra en mitad de la noche a cazar patos silvestres y ahora quiere que viole el departamento de una chica sin una orden del juez.

—Le he dado algunas pruebas de bastante peso.

—No me ha dado hasta ahora absolutamente nada.

—Usted no vino sólo por el viaje. Me creyó cuando le dije que había encontrado el dinero.

—Yo no le creo nada. Pero sucede que estoy al servicio de una compañía que me paga un buen salario y pienso que lo menos que puedo hacer es verificar cada nueva pista, aunque provenga de usted.

—No sabía que todavía hubiera gente a la que le gustara su trabajo.

—Con lo que usted ignora podría hacerse una enciclopedia.

—Sólo sé una cosa: el dinero está en este departamento —extraje el revólver de Laura Struthers y apunté a Fisk—. Y usted nos hará entrar a este departamento, o ya podemos ir buscando algún baño desocupado para que comience a quitarse las ropas.

—Guarde ese revólver. Pierde el tiempo —bostezó y comenzó a alejarse—. Voy a casa a dormir —me miró y me dijo—: ¿Cómo entró a su departamento la otra vez si ahora le cuesta tanto?

—Seguramente usted no me creería —dije—, pero la puerta estaba sin llave.

—Seguro —comentó escépticamente—, y a lo mejor ahora también.

—A lo mejor —dije, y probé, rogando que Misty hubiera recordado mis instrucciones. La puerta se abrió fácilmente—. ¡Eh! ¡Mire! —le grité.

Se dio vuelta y vio lo que había pasado.

Entré y encendí la luz. Esperé. En seguida apareció Fisk al lado mío. Le hice señas de que me siguiera. Me dirigí al dormitorio.

Había ropas desparramadas al azar sobre la cama, y varios pares de zapatos por la pieza. Los cajones del escritorio estaban abiertos. Fisk dijo:

—Parece que se ha ido muy apurada.

—Sí.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Fisk.

—Es obvio, ¿no? Se lo llevó consigo. Está decidida a fugarse.

Se echó el sombrero hacia atrás y me miró con curiosidad.

—Precisamente, ¿cuál es el bien que usted cree que se hace a sí mismo llevándome a la caza de “pruebas” que no prueban nada?

—Pensé que ahora sí se daría usted cuenta. Me estoy haciendo el loco para alegar demencia ante la corte —fui al teléfono—. Le demostraré lo loco que en realidad estoy. Lo llamaré a Dawson —busqué en la guía y marqué el número de Dawson. El teléfono llamó tres veces. Luego alguien atendió. Supuse que era la policía. Dije:

—¿Dawson?

—Sí.

—Habla Vance Westfall. Hablé con Laura Struthers esta tarde. Sobre la nota que ella encontró en su puerta la tarde que mataron a su hermano. Sabe que su hermano no la escribió. Y yo también lo sé. Y usted también, Dawson, *porque la escribió usted*.

Hubo una larga pausa del otro lado. Continué.

—Lo cual lo deja desorientado, ¿eh?

La voz dijo:

—¿Por qué no se viene para aquí? Aquí podremos charlar mejor.

—Sí, y así le doy otra oportunidad para probar llenarme de plomo, como hace un par de noches. No gracias, amigo. La próxima vez que nos veamos será en el Departamento de Policía.

—Realmente me gustaría que viniera aquí, Westfall. Quizá lleguemos a un acuerdo.

—¿Por ejemplo?

—Venga. Ya hablaremos.

Hice una pausa. Luego dije:

—Muy bien, iré. Pero le advierto: llamaré a un amigo mío y le diré a dónde me dirijo. Si no doy señales de vida dentro de una hora, llamaré a la policía.

—Lo esperaré —dijo la voz.

Colgué y le dije a Fisk:

—Ahí tiene más pruebas. No negó nada —meneé la cabeza—. Tiene algo pensado, sin embargo. Quiere que vaya. Bueno, usted ha venido hasta aquí. ¿Quiere acompañarme a su casa?

—Sí —dijo—, de acuerdo.

—Muy bien. Quiero hacer otra llamada —llamé a Harry. Cuando atendió le dije—: Harry, voy a lo de Fred Dawson. Es uno de los del banco. Si no te llamo antes de una hora, avisa a la policía, porque eso significaría que me ha matado. Hasta luego —colgué y le dije a Fisk:

—Vamos.

Fuimos hasta lo de Dawson. No había coches de la policía a la vista. Entramos y tomamos el ascensor. El piso estaba vacío. Le dije a Fisk:

—Usted escóndase en el nicho, cerca de la puerta. Golpearé. En cuanto entre, escuche por la cerradura y oiga lo que pasa. ¿Está bien?

—Está bien —convino cansado.

Golpeé a la puerta. Una voz dijo:

—¿Quién es?

—Westfall —dije.

La puerta se abrió. Un policía me enfrentaba apuntándome con el revólver. Detrás de él vi tres hombres muy serios de labios apretados, con ropas civiles.

—¡Eh! ¿Qué diablos pasa? —exclamé.

El agente dijo:

—Entre, Westfall. Está detenido.

Entonces se adelantó Ed Brocha. Ed era alto y pesado, un hombrachón de rudo andar; las orejas y la barba azulada que le había crecido en las mejillas, decían a las claras el tipo de vida que había hecho últimamente;

demasiadas traspasadas en edificios policiales, en salas de billar y night-clubs baratos, el único aire fresco, respirado en el intervalo entre una portería y el coche policial que lo esperaba siempre junto al cordón. El cigarro que llevaba enchufado como un corcho en la boca, brillaba al rojo mientras él daba cortas y orgullosas pitadas mirando a su prisionero.

—Pálpenlo —carraspeó.

El policía metió sus manos en mis bolsillos.

—Tiene un revólver, capitán —y sacó el revólver de Laura Struthers y se lo entregó a Brocha. Brocha lo olió y dijo con evidente desengaño:

—No ha sido disparado.

Luego dio varias vueltas a mi alrededor como si fuera un comprador de ganado examinando un toro.

—Bueno, Westfall, aquí estamos de nuevo, luego de unos cuantos asesinatos y un cuarto de millón de dólares. Sólo que esta vez los artículos que usted escriba serán un poquito distintos —se detuvo frente a mí—. Por ejemplo, ¿ha escrito usted alguna vez una confesión?

—Brocha —dije—, usted es demasiado buen policía para hacer de mí un chivo emisario. Soy inocente y lo voy a probar y usted lo aceptará por más que le duela:

Brocha soltó una carcajada.

—¡Ah —dijo—, pico de oro! Escápate de ésta con tu charla y dejo de fumar por un año. ¡Lo juro por Dios!

Ahora ya aparecía Fisk, diciendo:

—Brocha, ¿qué diablos hace usted aquí?

—Alguien ha liquidado a Dawson —explicó Brocha—. Un tipo que oyó el tiro nos pasó el dato. Estábamos recogiendo impresiones digitales cuando llamó Westfall. Creyó que hablaba con Dawson. Lo engatusamos para que viniera.

—¡Dawson muerto! —exclamó Fisk.

Brocha asintió. Fisk dijo:

—¿Recuerda que lo llamé esta tarde para contarle la maniobra que Westfall había realizado en mi oficina con esa caja vacía? Bueno. Esta noche volvió a llamarme. Dijo que tenía el dinero. Así es que nos encontramos y fuimos al departamento de la secretaria de Dawson. Él

sostenía que ella tenía el dinero, pero ella no estaba ni tampoco el dinero. Yo estaba a su lado cuando le telefoneó a usted —se volvió hacia mí—. Ahora, mi amigo, ¿qué le parece si nos entrega el dinero?

—Yo no lo tengo. Lo que le dije es la verdad.

Brocha mordisqueó su cigarro. No quería más charla.

—¿Por qué mataste a Dawson? —dijo.

—¿Por qué lo maté? ¡Yo no lo maté, por los clavos de Cristo! ¿Para qué iba a matarlo? Era el único tipo que podía probar que yo soy inocente.

Brocha se agarró el cuello.

—¡Mentiroso de porquería! ¡Esta vez estás listo! Pero si firmas una confesión reconociendo esos asesinatos y devuelves el dinero, quizá salgas con vida.

—¿Qué clase de policía eres? —le pregunté—. ¿Crees que mataría a un hombre y luego lo llamaría por teléfono para caer en una trampa policial sabiendo que se me busca por todos los crímenes anotados en tus libros?

—Sí, soy lo bastante estúpido como para creerlo. Podría ser una buena coartada tuya. ¿Sabes qué es lo que resuelve los crímenes, Westfall? La estupidez.

La estupidez, tal como ahora me hago el estúpido. Siendo estúpido, uno no se traga tan fácilmente el primer bolazo que le ponen ante las narices.

—¡Al diablo! —dije disgustado.

—Puede que haya algo de cierto en su historia, Ed —intervino Fisk—. Me refiero a la que ya te dije que contó esta tarde. Sobre Dawson.

—¡Ya lo creo que lo hay! —dije. Me volví hacia Brocha—. ¿No te llamó la atención la nota que Struthers dejó en la puerta de su hermana la noche en que lo mataron? ¿O no sabías que estaba escrita a máquina? Un hombre apurado, como debía estar Struthers, si tenía miedo, no se hubiera tomado el tiempo de escribir una nota a máquina. La hubiera escrito a mano. Pero Dawson no, porque resultaría más difícil identificar la caligrafía de una nota tipeada...

De pronto Fisk señaló hacia la silla y exclamó:

—¿Es ésa la cartera?

Brocha dijo:

—Sí —se rascó la cabeza—. Es un lío. Dawson puso un aviso en el diario ofreciendo trescientos dólares de recompensa a quien devolviera la cartera. Hallamos un ejemplar del diario junto al cadáver, con el aviso marcado. Para asegurarnos, consultamos al *Daily Sentinel*. Conseguimos la dirección de la chica que tomó el aviso. En efecto, fue Dawson quien se lo había dado. Dijo que estaba nervioso cuando se lo dictó por teléfono. Después, en lugar de pagarlo él mismo, le dio a alguien un dólar para que fuera a las oficinas del *Sentinel* y se ocupara de hacerlo, de modo de que la chica no pudiera identificarlo más tarde. La empleada lo recuerda porque la persona que le pagó comentó algo sobre el tipo de aspecto nervioso que le había dado el dólar. La descripción concuerda con la de Dawson.

—No tiene nada de raro eso —dije—. Como le dije a Fisk esta tarde, Watson tenía la cartera con la que pensaba extorsionarlo a Dawson. Dawson tenía que recuperarla. Es por eso que, muerto Watson y no pudiendo Dawson encontrar la cartera, ofreció una recompensa por ella.

—¿Qué había en la cartera? —preguntó Fisk.

—Nada —dijo Brocha—. Sólo un recorte de diario sobre una vieja estafa en el National Commerce Bank.

—¡National Commerce! —dijo Fisk—. Lo recuerdo. Éramos la compañía aseguradora. Nunca recuperaron el dinero. El tipo que lo había robado sostuvo hasta el final ser inocente. El juez le echó todo el fardo encima.

—¿Trabajó alguna vez Dawson en el National Commerce Bank? —pregunté.

—¡Tú, cállate! —ladró Brocha.

—Pensaba —continué— que podría haber sido culpable de eso también. Watson estaba enterado y lo extorsionó. Tenía el recorte en la cartera de Dawson y lo amenazaba con ello la noche en que los oí conversar. Por supuesto, creí que discutían sobre la cartera, pero me doy cuenta ahora de que en realidad se trataba del recorte que había adentro. Así es que, muerto Watson, Dawson tenía que recuperar la cartera. De otro modo, el recorte estaría aún en circulación y si la policía encontraba la cartera y el recorte, hubiera atado cabos y reabierto el caso del National Commerce. Por eso puso el aviso en el diario.

—¿Las pensaste todas, no es cierto? —dijo Brocha.

—Todas, no —dije—. Casi todas.

—Veremos si el jurado te cree.

—A mí no me importa.

—¿Averiguó si Dawson recibió visitas esta noche? —preguntó Fisk a Brocha.

—Sí, una. Una mujer. Verificamos con la telefonista las llamadas telefónicas. Un poco después de las siete, una chica llamó desde el cuarto de Dawson y pidió que la comunicaran con United Air Lines. Fue unos treinta minutos antes de que se oyera el tiro y nos lo comunicaran.

—¿Hablaron a la United? —preguntó Fisk.

—Sí, pero no hacía falta; porque Dawson tenía en el bolsillo una nota escrita con lápiz acerca de dos asientos reservados en el avión de medianoche. Alguien recogió los pasajes en la United hace una hora. No recuerdan quién. Tenemos gente en el aeródromo que detendrá a quienquiera que se presente a ocupar esos asientos.

—Parece que Westfall no anda errado —comentó Fisk.

—Vigilen ese avión —dije— y se encontrarán con que la secretaria de Dawson sube a bordo. Cuando Fisk y yo estuvimos en su departamento parecía que acababa de pasar un ciclón. Salió muy de prisa. ¿Por qué? El cadáver de Dawson es una buena explicación. Otra explicación es el hecho de que esta tarde, charlando con ella con mucha franqueza en el *Brown Jug*, le infundí un miedo espantoso. Y ella y Dawson trataron de liquidarme cuando salí del restaurante. Ustedes pueden confrontar sus propias anotaciones y encontrarán el informe de un disparo hecho en esa vecindad desde un automóvil no identificado. El blanco era yo.

Brocha sonrió.

—Es una pena que hayan errado. No te ofendes si de todos modos te arresto, ¿no es cierto?

—Puede proceder. Después podré tomarme una larga vacación con el dinero que obtenga demandándote por detención injustificada.

—Me aterrorizas —dijo Brocha—. Llévenlo, muchachos.

XII

Me pusieron en la celda de los borrachos y los vagabundos.

Me senté en el suelo, me apoyé contra la pared de ladrillos y me dediqué a escuchar los ronquidos. Cerré los ojos y traté de dormir yo también, pero el sueño no venía.

De pronto sentí que alguien me sacudía.

—Viejo, te buscan en el salón de baile.

Miré a mi alrededor. Había un guardián en la puerta de la celda.

Me puse de pie y salí al corredor. El guardián cerró la puerta de un golpe. Comenzamos a caminar.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—La una de la mañana.

—Le dije al tipo del escritorio que no me molestaran.

El guardián gruñó indiferente, y me hizo descender un tramo de escaleras, al final del edificio. Llegamos a una puerta sobre la que se leía el nombre de Brocha. El guardián la abrió. Entré.

Vi a Brocha detrás de su maltrecho escritorio de madera. Junto a él, de pie, un policía uniformado.

Fisk ocupaba una silla al lado de éste.

—Westfall, nada me gustaría más que mandarlo al cielo —dijo Brocha—. Quizá todavía me dé el gusto. Pero vamos a darle la oportunidad que pide. Haremos entrar a la chica.

—Usted es un buen policía, Brocha —le dije—. Me he equivocado en muchas cosas.

Se oyó un golpe en la puerta y un policía que arrastraba una valija marrón hizo entrar a Misty. Misty vestía un traje sastre azul marino; el largo cabello rubio flameó un instante cuando se detuvo, con aire de desafío, frente al escritorio de Brocha. Aún no me había visto.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó.

—¿Quiere tener la amabilidad de explicarnos qué estaba haciendo en el aeropuerto? —preguntó Brocha.

—Me iba de vacaciones.

—Comprendo. ¿Cuándo sacó su boleto?

—Esta noche.

—¿Lo compró en la oficina?

—Lo reservé por teléfono.

—¿Dónde estaba cuando telefoneó?

—En mi departamento.

—¿Por qué sacó dos boletos?

—Porque me iba con alguien.

—Comprendo. ¿Eso es todo lo que tiene que decir?

Misty recobraba su autodomínio.

—Creo que sí.

Brocha hizo una señal al policía que estaba junto a su escritorio. El policía abrió otra puerta e hizo entrar a un joven atemorizado, con la cara llena de granos y un traje marrón ajado. Dirigiéndose a él, dijo Brocha:

—¿Y...?

El muchacho miró a Misty.

—Ajá, es ella. Bajó en el cuarto piso, esta tarde a eso de las seis y media.

—Este tipo maneja el ascensor en la casa de departamentos de Mr. Dawson —explicó Brocha a Misty—. Acaba de hacer una identificación positiva. ¿Desea contarnos otra historia?

Misty vaciló un instante, luego sacudió la cabeza.

Brocha hizo salir al ascensorista con un ademán. Cuando habló, su voz era tensa, precisa:

—Miss Thompson, usted estuvo esta tarde en el departamento de Dawson. Estando allí, usted reservó dos boletos en el avión de México. La operadora del conmutador ya ha confirmado que una mujer llamó a la United Air Lines desde el departamento de Dawson.

Brocha se puso de pie y caminó displicentemente hasta Misty. De pronto una de sus manos se movió velozmente arrebatándole la bolsa de

cocodrilo que ella apretaba contra su pecho.

El comisario abrió el cierre automático y miró adentro. Sacó el revólver que comprara Misty y el sobre que le diera yo con la respuesta al aviso del diario.

—¿Es suyo este revólver? —preguntó.

—Sí.

—¿Cuánto hace que lo tiene?

—Hace... hace bastante tiempo.

—¿Tiene permiso?

—No estoy segura.

—¿No está segura? O tiene permiso o no tiene. ¿Cómo es que no sabe?

Brocha se acercó el revólver a la nariz y lo olió. Después se lo pasó al policía uniformado.

—A ver, fíjese —le dijo—. Ha sido usado recientemente, y tiene el mismo calibre que la bala.

La mirada de Misty recorrió la habitación desesperadamente. Y me vio. Aun entonces su rostro tenía tal aura de belleza inocente que aparté la mirada antes que nuestros ojos se encontraran. Cristo, pensé, si me hubiera equivocado...

Corrió hacia mí, y me rodeó con sus brazos antes que nadie pudiera impedírselo. Comenzó a sollozar.

—Vance, Vance —gimió—. ¡Cuéntales, cuéntales lo que pasó! —estaba al borde de la histeria—. ¡Vance, creen que yo lo asesiné!

La voz de Brocha estalló entre nosotros dos como un disparo.

—¿A *quién* creemos nosotros que usted asesinó, miss Thompson?

Desaté sus brazos de mi cuello y la aparté. Me sacudí las solapas. En todas partes olía su perfume.

—Lo mismo creo yo, hermana —le dije.

Misty me miró horrorizada. Giró en dirección a Brocha.

—Está bien: yo maté a Dawson —me señaló a mí; hablaba a gritos—. Pero lo hice para salvarle la vida. Pregúntenle.

Miré a Misty, esta vez largamente, en plena cara. Pensé en la noche que habíamos pasado juntos, pensé en su cuerpo cálido, vibrando entre mis brazos. Después pensé en cómo ella y Dawson habían tratado de hacerme

caer en la trampa, en cómo me había enviado a la casa de Forest Road, en el episodio a la salida del restaurante. Dije:

—¿De qué está hablando?

Misty aulló una maldición. Señaló el sobre que tenía Brocha y dijo:

—Él me lo dio. Quería que lo pusiera en el departamento de Dawson.

Reí amargamente.

—Mírenla. Tratando de hacerme caer en la trampa hasta el final. Aparte de mis visitas al banco, la única vez que la he visto es esta tarde, en el *Brown Jug*.

—¡Miente! —gritó Misty—. ¡Hemos pasado las dos últimas noches juntos, en mi departamento!

Hice un ademán despectivo con una mano. Por ese lado, contaba con la coartada de Harry.

—Telefonee a Harry Fitzpatrick, Riverside 2-1045. Las dos últimas noches las pasé en su casa —dije a Brocha.

—¿Es el mismo tipo con quien habló por teléfono antes de ir a lo de Dawson esta noche? —preguntó Brocha.

—Ajá.

—Nos llamó hace rato —dijo Brocha—. Lo tranquilizamos. Le dijimos que ya lo teníamos a usted a buen recaudo —se volvió hacia Misty y dijo—: Creo que ha llegado el momento de abrir esa valija.

—Me niego.

—Entonces la abriremos nosotros.

—No pueden. Hace falta una orden del juez.

—No hace falta, mi querida señora, cuando hay razones para sospechar que se ha cometido un crimen —hizo una seña al policía—. O. K., ábrela, Bill.

El hombre se acercó a la valija. En ese preciso momento regresaba el otro a quien Brocha encargara del revólver.

—Aquí tengo el informe de Balística, capitán —dijo a Brocha—. Es el arma del asesino. Otra cosa, capitán. Esta misma noche Solly nos hizo llegar un informe sobre este revólver. Se lo vendió esta tarde, temprano, a una mujer que por algún motivo le despertó sospechas. Por eso llamó para avisar. La mujer a quien se lo vendió era una rubia —el policía miró a

Misty—, más o menos de su estatura..., toda una belleza. Le dio una dirección y un teléfono falsos, además.

—Está bien Phill —dijo Brocha—. Gracias.

El policía que se ocupaba de la valija dijo:

—Está cerrada.

—Rompe la cerradura —ordenó Brocha.

Observamos mientras el policía trabajaba. Saltó la cerradura y abrió la valija. A la vista quedaron enaguas y camisones. El hombre los levantó con cierta torpeza. Debajo, cuidadosamente acondicionado en pilas, estaba el dinero.

Nadie habló hasta que Brocha dijo, casi con reverencia:

—Un cuarto de millón de dólares.

Misty lanzó un grito y me señaló:

—¡Él los robó conmigo! ¡Él está complicado! —y echó a correr hacia una de las puertas.

Todo sucedió con demasiada rapidez. Uno de los hombres de Brocha se interpuso ante la puerta. Misty, reaccionando instintivamente, como un animal acorralado, giró bruscamente, buscando otra salida; en ese momento uno de los policías le tiró una zancadilla; Misty tropezó, y el impulso que llevaba la lanzó torpemente hacia una gran ventana que había al lado de la puerta por donde pretendiera escapar. Se oyó un espantoso estrépito de vidrios rotos y su cuerpo cayó hacia la intensa negrura de la noche. De ella, pues, ya, no quedaba ahora nada, salvo el desgarrón que su cuerpo había hecho en los vidrios de la ventana, por donde ya se colaba el aire frío de la noche; y su perfume. Desde donde estábamos ya se alcanzaba a oír el murmullo de la gente que abajo, en la calle, comenzaba a apiñarse alrededor de aquel cuerpo caído desde lo alto.

—Las mujeres... —dijo Brocha filosóficamente—. Nunca llego a entenderlas. ¿Por qué quiso escapar? Con un buen abogado y un jurado masculino se hubiera arreglado todo con cinco años de cárcel. —Volvió a acercarse a la valija y observó los billetes. Después me dijo—: Como observó usted, trató de arrastrarlo hasta el final. Tiene que haberlo odiado con toda el alma...

—Sí —dije—. Creo que sí. Sobre todo al final.

FIN

OceanofPDF.com

JACOBO MUCHNIK EDITOR
BUENOS AIRES



*Terminóse de imprimir el
25 de marzo de 1955,
en los Talleres Gráficos
de la Compañía General
Fabril Financiera S. A.,
Iriarte 2035, Buenos Aires.*

OceanofPDF.com



COLECCIÓN
«CLUB DEL MISTERIO»

1. Una hermosa trampa (*William Pearson*)
2. Paraíso en peligro (*Octavus Roy Cohen*)
3. Este hombre es peligroso (*Peter Cheyney*)
4. El círculo de papel (*Bruno Fischer*)
5. Callejón sin salida (*H. C. Branson*)
6. Las damas no esperan (*Peter Cheyney*)
7. El diario (*William Ard*)
8. Los peones del miedo (*Janson Manor*)
9. Antes de despertar (*Brett Halliday*)
10. Hotel de lujo (*William Ard*)
11. El Ángel de la Luz (*William M'Cutcheon*)
12. Los crímenes del gato y el violín (*H. B. Ronald*)
13. Una mosca muerta (*Raymond Chandler*)
14. Un puñado de crímenes (*Fegurson Findley*)
15. Las paredes oyen (*The Gordons*)
16. La muerte soborna a Pandora (*María Angélica Bosco*)
17. El largo adiós (*Raymond Chandler*)
18. ¿Dónde está la víctima? (*John Ross MacDonald*)

19. La ventana siniestra (*Raymond Chandler*)
20. Diversión macabra (*Aylwin Lee Martin*)
21. Tensión en el juzgado (*Lawrence Treat*)
22. La visita del miedo (*Aylwin Lee Martin*)
23. La hija del hampa (*John McPartlan*)
24. La mujer que bajó del tren (*Day Keene*)
25. Pagado con sangre (*Hug Clevely*)
26. Las muertes paralelas (*D. B. Olsen*)
27. Un grosero crimen (*Bruno Fischer*)
28. Asesinato por poder (*E. B. Ronald*)
29. Llanto por una rubia (*Brett Halliday*)
30. Al sur del sol (*Wade Miller*)
31. La rubia de negro (*Ben Benson*)
32. Marea trágica (*John D. MacDonald*)
33. Silencio morgue (*David Alexander*)
34. Un balazo para el novio (*David Dodge*)
35. Una pista en las tinieblas (*Baynard Kendrick*)
36. El boxeador y su sombra (*John Roeburt*)
37. La muerte pasa a cobrar (*Hank Hobson*)
38. Las raíces del mal (*William Ard*)
39. Los malditos (*John D. MacDonald*)
40. La bella y la muerte (*Richard S. Prather*)
41. Un solo estrangulador (*Hampton Stone*)
42. Los verdugos (*John Ross MacDonald*)
43. El sabueso y la dama (*Richard S. Prather*)
44. Sendero de perdición (*Richard S. Prather*)
45. Su muerta imagen (*William Herber*)
46. Lloro a mis muertos (*James Alistair*)
47. Capaz de matar (*Brett Halliday*)
48. Fieras de la ciudad (*Jason Ridgway*)
49. Costa trágica (*Ross MacDonald*)
50. ¿Usted mató a Mona Leeds? (*John Roeburt*)



WILLIAM PEARSON. (Denver, Colorado, USA). Escritor norteamericano que se graduó en Yale, sirvió en la Fuerza Aérea durante la II GM y fue derribado sobre Alemania. Tras la guerra estudió Derecho, pero renunció a su práctica, cuando comenzó a escribir novelas de suspense y misterio.

Entre sus obras más importantes citar: «Chessplayer, A Fever in the Blood, Hunt the Man Down, The Beautiful Frame» y «The Muses of Ruin».

OceanofPDF.com